PILAR GONZÁLEZ ÁLVAREZ

DEL REVÉS

PILAR GONZÁLEZ ÁLVAREZ

DEL REVÉS

DEL

REVÉS

PILAR GONZÁLEZ ÁLVAREZ

Derechos de autor © marzo 2024 Pilar Gónzalez Álvarez

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Derechos de autor
Dedicado a mi querida hermana
1 - EL REVÉS
2 - LA NOTICIA
3 - LA BÚSQUEDA
4 - LA AUTOPSIA
5 - LA FILTRACIÓN
6 - LA CONFIRMACIÓN
7 - INDICIOS DE AMENAZA
8 - SEGUNDA PARTE DEL ARTÍCULO
9 - LA DESGRACIA
10 - LA LLAMADA
11 - LA BECARIA
12 - LA CACERÍA
13 - LAS DUDAS DE MÓNICA
14 - EL GUADAIRA
15 - EL TESTIGO
16 - EL FOTÓGRAFO
17 - EL ANHELO
18 - EL PLAZO
19 - EL FLECHAZO
20 - NUEVA CITA CON HUNTER
21 - LA DISCUSIÓN
22 - LA TABERNA
23 - EL SUEÑO DE MÓNICA
24 - LA PARTIDA DE MARTÍN
25 - LA RESPUESTA
26 - EL OFRECIMIENTO
27 - HUMBERTO NEGRO
28 - EL PERMISO
29 - EL VELATORIO
30 - TERCERA PARTE DEL ARTÍCULO
31 - LA PROPUESTA
32 - PREPARANDO LA EXPEDICIÓN
33 - LA DISCULPA
34 - RUMBO A KINSALE
35 - LA TRAICIÓN
36 - EL PÁNICO DE MÓNICA
37 - LA BATALLA DE KINSALE

38 - INVESTIGACIÓN POLICIAL
39 - LA CURANDERA
40 - LA CONFESIÓN DE PABLO
41 - NUEVO ARTÍCULO
42 - EL PACTO
43 - EL SUICIDIO DE SAMUEL
44 - LO INEVITABLE
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS
Acerca del autor
POR ÚLTIMO
Libros de este autor

Dedicado a mi querida hermana

1 - EL REVÉS

El rəvés es el opuesto del que vemos, lo que muchas veces tapan las personas que se ocultan. En la oscuridad habitan sus seres más despreciables. Bajo los focos rəlucen sus caras menos sombrías.

Fragmento de la segunda parte de un artículo de Mónica Smith publicado en *SeviDiario* el 14 de febrero de 2019.

Sevilla, miércoles, 13 de febrero de 2019

A Mónica Smith la define el enfoque único de sus noticias. Toma notas en las entrevistas, omite lo demasiado evidente y añade aquello que el interlocutor no ha dicho, rellenando los silencios como si poseyese unas antenas imperceptibles que captan deseos y pensamientos, verdades y mentiras encubiertas o emociones profundas. Siempre introduce, cada cuatro o cinco frases, una letra escrita del revés, en concreto la vocal «e». En ocasiones, antepone el verbo al pronombre átono y, con menor frecuencia, escribe alguna palabra de derecha a izquierda. Además, hace entregas por partes o capítulos, despertando en la audiencia curiosidad y avidez. Ella sabe cómo generar morbo sin faltar a la verdad. Tiene una mente muy lúcida y una gran habilidad para crear misterio.

Con solo veintinueve años, se ha hecho un hueco entre los periodistas mejor valorados del país. Lo ha conseguido por méritos propios, pero, como suele ocurrir en estos casos, de igual modo que unos la admiran y la aman, otros la odian y la envidian. Es lo que provoca el éxito, sobre todo siendo mujer.

Ya ha tenido diversos altercados con famosillos que la acusaban de tergiversar sus palabras y de poner en sus labios frases que no habían dicho. En más de una ocasión, ha necesitado solventar alguna que otra denuncia, de la que por arte de magia ha salido bien parada. Todo ello podría haber afectado a su reputación, sin embargo, por las cosas inexplicables de la vida, en vez de caer en desgracia, sus publicaciones son devoradas por numerosos *fans*, que aumentan a pasos agigantados.

Cualquiera de sus tuits recibe más *likes* y comentarios que los del presidente de Estados Unidos; algunos son muy polémicos, escritos por los que la ensalzan y los que la insultan, muestra inequívoca de su popularidad.

Desde hace tres años, ha dado un giro a su trayectoria y publica

reportajes truculentos, entre ellos, el de los Asesinos de las Rosas o el del Crimen de los Malditos, ambos casos muy peculiares y famosos, que han conmocionado al país.

Ama el riesgo. Vivir al filo del precipicio le proporciona la adrenalina que necesita para sentirse colmada y, a la vez, estar cerca de la muerte la atrae con misticismo. Defiende la teoría de que es un nacimiento del revés. Un nacimiento en un universo paralelo, en el que todo transcurre en sentido contrario: primero se es anciano, luego adulto y se acaba siendo un bebé. Donde las noches son luminosas y los días, oscuros. En el que los relojes no marcan las horas, sino las diferentes experiencias: las felices, arriba; las superadas, a la izquierda; las tristes, abajo; las inconclusas, a la derecha. Y las últimas se reproducen *ad infinitum* en busca de una resolución, vida tras vida, como la asignatura que se repite hasta que se aprueba. A fin de cuentas, ¿no es la existencia una escuela, un lugar de aprendizaje obligatorio en el que obtener el permiso para viajar a otro espacio?

En el fondo, necesita que la quieran, como cualquier ser humano, pero se esconde detrás de esa fachada de mujer ambiciosa y un tanto frívola. Quien la conoce bien sabe que es sensible; demasiado.

Suele ocurrir, los que sufren en silencio buscan escudos con los que protegerse y muestran la armadura en vez del corazón. Es fácil lastimarlos, pero jamás lo confiesan. No todos poseen la valentía de exponerse al riesgo de ser heridos.

El último artículo, que ha ocupado la portada del periódico *SeviDiario*, le está dando muchos quebraderos de cabeza, y eso que acaba de ver la luz. Tal vez porque versa sobre el suicidio del hijo de uno de los mayores banqueros españoles o, quizá, porque introduce ciertos elementos paranormales e insiste en que se debe a la intervención de fuerzas de otros mundos. Aunque no alude a la marca que apareció de modo inexplicable en la frente del cadáver ni a la palabra que encontraron escrita en la baranda del puente de Triana, no tarda en ser tachada de mentirosa por medios poderosos y en recibir amenazas indirectas, con la intención de que se retracte y abandone la idea de seguir dando alas al asunto. Son motivos más que suficientes para que se empeñe en indagar y mantener su versión. Nada le gusta menos que las imposiciones. Su carácter rebelde y temerario supera a sus miedos.

Ella siempre hace caso de su intuición. Hasta ahora no le ha fallado. Piensa que se trata de una brújula certera e inmaterial, que no marca los puntos cardinales, sino el mejor camino. Una guía interna de índole espiritual que muestra mapas invisibles, sin señaladas carreteras, sin itinerarios establecidos ni resaltes orográficos. Y, en esta ocasión, esa brújula imaginaria le indica que, por mucho que los demás lo nieguen, la muerte de Samuel no ha sido un accidente ni ha

ocurrido en el lugar que aseguran.

Así, su noticia dispara las ventas del día y forma tal revuelo que todo se le va de las manos y siente que un secreto fabuloso está próximo a estallarle en la cara.

2 - LA NOTICIA

Sevilla, miércoles, 13 de febrero de 2019

Suicidio encubiərto
(Primera parte)

A las cuatro y media de la madrugada del viernes 8 de febrero, una Səvilla de sombras dormía mientras Samuel Arrubal, el rico banquero, se ahogó en las aguas frías del Guadalquivir. Ajeno al suceso, el río se deslizaba hacia su desembocadura, manso, majestuoso, fecundo.

Al llegar al puente de Isabel II, más conocido como puente de Triana, Samuel Arrubal pasó una pierna por encima de la baranda de hierro, luego la otra, con dificultad debido a que llevaba la chaqueta del rəvés y eso menguaba el movimiento de sus brazos. Agarrado a la baranda, se inclinó hacia delante.

Desde el filo de la cornisa, contempló el fluir de la corriente y el reflejo de las luces en el agua. Una llamada susurrante lo cautivó como un canto de sirenas que lo hipnotizara, al igual que a Ulises en su viaje por el mar Tirreno cuando regresaba a Ítaca, pero a diferencia de él, Samuel sucumbió. Una sonrisa hueca apareció en sus labios en el mismo instante en que aflojó las manos y se lanzó al abismo. Ese salto al vacío, desde doce metros de altura, con el que cualquiera habría temblado, a él ni siquiera lo inmutó. ¿Pensó que allí encontraría una existencia más plena o que le aguardaban los sueños no cumplidos, seres de otros planetas o universos paralelos? ¿Quién puede averiguar lo que imaginó, lo que anheló o lo que recordó en el último minuto? Sería solo elucubrar sobre hipotéticos motivos.

Con los brazos extəndidos en horizontal, su vuelo terminó al momento de iniciarse. ¿Fantaseó con ser un pájaro? ¿Se creyó Ícaro huyendo del laberinto de Creta? Pero no se convirtió en un ave de fuego, sino de espuma, pues las alas empapadas le impidieron elevarse y planearon hasta el fondo.

Su silueta surcó el abismo y el impacto rasgole el cráneo, de igual modo que si hubiera colisionado con una mole de hormigón. Perdió la consciencia y se hundió rápido, como una bala disparada a quemarropa. Sus ojos permanecieron abiertos con un brillo de indolencia.

Nació a otra vida. ¿Quién sabe si en esə otro lugar el final es el principio? Quizá un comienzo diferente en un mundo desconocido, tal vez en la segunda dimensión o en la tercera o en la quinta o en la

novena.

Ignoramos si había razones para el suicidio, pero sí para ocultarlo. El presidente del BankCity, padre del suicida, desplegó sus influencias para que la versión oficial fuese que había muerto por accidente al ahogarse en la piscina de la vivienda en la que se alojaba cuando venía a Sevilla. Es obvio que pensaba más en el valor de las acciones de la entidad que en el fallecimiento de su descəndiente. Y las manos negras de este país han logrado lo imposible, como siempre, en connivencia con las autoridades corruptas que forman parte de las cloacas del Estado. En estos tiempos, no se comprende que prevalezcan ciertas actitudes hipócritas e interesadas ni que el sentir religioso se anteponga al laicismo.

Həchos sobrenaturales aún por descubrir envuelven el suceso. ¿Lograremos desvelar este misterio? ¿Se trata realmente de un suicidio o alguien lo ha inducido? ¿Intervino la magia negra o solo es un caso de locura repentina? ¿Qué significa que llevase puesta la chaqueta del rəvés? ¿Qué pensó en el último minuto? ¿Y en los anteriores? ¿Y en los posteriores? ¿Era su vida tan dəsgraciada que necesitó desprenderse de ella? ¿Por qué se empeñan en argumentar que fue una muerte accidental?

Miles de preguntas sin respuesta nos inquietan; he aquí unas cuantas. No os quepa duda de que persistiremos en la investigación para tratar de resolverlas.

Seguidnos de cerca porque continuará…

Al pie de la noticia, Mónica Smith.

3 - LA BÚSQUEDA

Varios días antes del artículo
Sevilla, del 8 al 10 de febrero de 2019

El frío barre las calles de una Sevilla amodorrada. El silencio se yergue cómplice del letargo y esconde el murmullo de las fiestas que a esas horas todavía se celebran en locales de alterne. En ellos, el ruido es soberano junto a los vasos que brindan y al alcohol que se consume a espuertas.

Hunter Black se halla en el paseo de Colón, a unos cien metros del puente de Triana, y avista a un hombre que salta la baranda y se tira al río. Cruza la avenida con porte distinguido, es uno de sus signos de identidad, y se asoma a la orilla. Solo puede ver las ondas formadas por la corriente y el reflejo de las luces en el agua. Inalterable, saca el móvil del bolsillo de su abrigo negro y busca el número de emergencias. Informa de lo sucedido a la telefonista, con el marcado acento inglés que lo determina. Ella le pide sus datos y le insiste en que no abandone el escenario hasta que llegue la policía; pero, debido a lo que se demoran en hacer acto de presencia, Hunter resuelve marcharse unos veinte minutos más tarde.

El agente que recibe el aviso tarda dos horas en contactar con el inspector Suárez, el superior que debe dar la orden de la búsqueda del cadáver. Este no se atreve a emitirla hasta que no hable con el testigo. Si finalmente se tratara de un bromista desaprensivo, quedaría en ridículo. Así que lo cita en comisaría. Necesita fijarse en su cara mientras le relata lo que ha visto y advertirle que una mentira de esas características es un delito grave. Durante la espera, recibe información de que otras dos personas, que no han querido identificarse, han llamado a emergencias para dar cuenta del mismo hecho.

—Ante todo, le agradezco que venga a estas horas intempestivas, es muy amable —dice el inspector, de pie en la puerta del despacho.

Observa el aspecto de Hunter Black. Su rostro tiene un aire aniñado y una edad difícil de calcular. La piel morena y los ojos negros hacen juego con el color del abrigo, que lleva desabrochado y contrasta con el blanco luminoso del jersey que asoma por debajo, de alpaca como sus pantalones, también negros. Su bastón, con puño de acero en forma de águila, le confiere un porte singular. Y su intenso aroma a nardos casi marea al policía.

—¡Oh! Es mi deber, inspector. No ha de agradecerme nada. Aunque todavía no he logrado dormir, me he tenido que levantar al

poco de acostarme —responde el hombre, con adustez—. Ha sido una noche terrible en todos los sentidos, empezando por la desgracia que he presenciado. Muy desagradable, la verdad sea dicha.

—Entre y siéntese. —A pesar del frío, el inspector abre la ventana para que se disipe la fragancia empalagosa que se ha concentrado en la oficina en apenas unos segundos. El aire le resulta irrespirable.

El británico apoya el bastón delante de la mesa, se quita con parsimonia el largo abrigo y lo dobla en el respaldo de la silla. Luego se sienta con una dignidad propia de reyes. Su espalda parece un mástil de recta que está. No debe de superar los cuarenta años, lo que hace aún más impropia esa actitud, aunque en realidad podría tener un siglo, o un milenio, o una eternidad, es imposible conjeturarlo.

—¿Qué vio con exactitud? —El agente, que también se ha sentado, apoya los codos en la mesa y se inclina hacia delante para observar los gestos del testigo.

—Lo que le he explicado a la telefonista de emergencias. Desde la distancia, he presenciado como un hombre saltaba al río. Serían las cinco de la mañana o un poco antes. No puedo concretar más porque no miré la hora; a veces las confundo con los años y otras… Me sobran los relojes. El tiempo es un concepto que escapa a mi juicio.

—¿Está seguro de lo que vio? —Extrañado por sus últimas frases, el inspector lo mira con fijeza a los ojos, en busca de un rastro de verdad. Pero tiene que apartar la vista al cabo de pocos segundos porque se extravía en ellos, como si se lo tragaran y lo colocasen frente a un abismo oscuro e infinito, incierto, donde pierde la noción de sí mismo e incluso las capacidades racionales. Un estremecimiento anómalo le recorre la espalda. Incomodado, se apoya en el respaldo. Prefiere mantener la distancia con este hombre insólito.

—*Indeed*[1]. Segurísimo. Si hubiese tenido dudas, no habría llamado. Y no he bebido, por si piensa que me lo he imaginado o que se debe al efecto de una borrachera. El alcohol lo dejo para el resto de la humanidad, que lo usa de aliado para justificar sus actos. Pero no seré yo quien se pronuncie en contra, mi misión no consiste en juzgar.

—¿Había alguien más en el puente? —El policía continúa el interrogatorio evitando la mirada directa y sin tener en cuenta esa verborrea accesoria que nada le interesa.

—No, yo no avisté a nadie más. Pero eso no significa que desde otra situación no hubiese más ojos presenciándolo.

—¿Usted iba solo?

—Ya me hubiese gustado tener compañía, en especial femenina. —Sonríe con malicia.

—¿Podría describir al suicida?

—Me hallaba bastante lejos, no pude ver su cara —miente Hunter, que no quiere implicarse más de lo necesario—. Creo que era

alto, casi de mi estatura. Aunque la distancia distorsiona esos detalles, ya sabe, es relativa, como todo. Además estaba oscuro. Las luminarias del puente alumbraban lo justo, la tiniebla envolvía la zona. —Hunter Black habla despacio, vocalizando con rigor, pero sin expresar el más mínimo sentimiento, con la misma seguridad de un líder.

—¿Y la ropa que vestía? ¿La distinguió?

—Creo que… una chaqueta, gris o tal vez azul oscura. Me dio la impresión de que la llevaba puesta del revés.

—Es curioso que se percatara de eso desde tan lejos como dice que se encontraba y con poca luz.

—¿Duda de mí? Le aseguro que no tengo ningún interés en mentir —se defiende Hunter, molesto por la insinuación.

—Solo hago mi trabajo, no se lo tome a mal. ¿Sabe desde qué dirección llegó?

—No. Ya estaba allí.

—¿Recuerda algún otro detalle?

—Durante un momento, se inclinó hacia delante agarrado a la baranda, cuestión de segundos. Luego, igual que un atleta de élite, se tiró de cabeza. La gravedad surtió efecto, como siempre. Hay leyes inquebrantables.

—¿Y qué hizo usted? ¿No intentó impedirlo?

—No tuve tiempo. Me acerqué lo más rápido posible y solo pude ver las ondas en el agua. Llamé de inmediato a emergencias, pues era lo único que estaba en mis manos. No soy buen nadador ni tengo madera de héroe. Comprenda que lanzarme a buscarlo ni se me pasó por la cabeza.

—¿Y qué hacía por allí a esas horas?

—Quería descubrir cómo es la Sevilla nocturna. Visité algunos *pubs* y ya iba de regreso a mi hotel. Me hospedo en el Barceló Renacimiento. Me gusta mucho pasear y, en especial, por la noche. Confieso que en ella estoy en mi salsa, ¿no se dice así?

—Un poco lejos para ir andando y a unas horas demasiado intempestivas, ¿no cree?

—A cuarenta minutos exactos desde mi ubicación. Me lo chivó Google Maps, una maravilla del progreso. Ya le he comentado que no llevo reloj y en mi móvil desapareció. Pronto lo cambiaré, muestra síntomas de obsolescencia programada. Pero, volviendo al tema que nos ocupa, no es la primera vez que doy un largo paseo. En ocasiones, camino dos horas e incluso más. Para mí es muy importante mantenerme en forma. Aunque no se me note, tengo mis años. Y, como le digo, me encanta hacerlo de madrugada. La noche siempre me ha atraído y las hogueras también. La magia de ambas me subyuga.

—Veo que usted no es español.

—No. Soy británico. Estoy de vacaciones. Tenía muchas ganas de visitar este país y, la verdad, ha cumplido con creces mis expectativas. Su ciudad es maravillosa.

—Habla muy bien mi idioma.

—No todo lo que quisiera, también aprovecho este viaje para perfeccionarlo.

—¿Hasta cuándo piensa quedarse?

—Todavía permaneceré más de una semana en Sevilla. Llevo aquí casi un mes y estoy encantado. Luego creo que visitaré Portugal, aunque no lo he decidido. Me he tomado un año sabático para dedicarme a lo que más me gusta: conocer diferentes culturas.

—Bueno, de momento no salga de la ciudad, puede que volvamos a necesitarlo.

—*Indeed*. Lo llamaré antes de marcharme.

El inspector Suárez queda satisfecho con la versión de Hunter. Se ha convencido de la veracidad de sus palabras. Si bien es cierto que su presencia lo incomoda, no sabría decir si por esa mirada enigmática y estremecedora o porque le extraña que alguien tan joven se comporte como si tuviese más de sesenta años y manifieste teorías tan extravagantes, le parece un hombre serio, incapaz de inventarse algo así. Además, otras dos personas han dado parte del mismo hecho, aunque haya sido de forma anónima. De modo que, a pesar de no constar denuncia de desaparición, activa el protocolo para iniciar la búsqueda del suicida.

A las ocho de la mañana, cuatro efectivos llegan en lancha al río. Dos de ellos, buzos, se enfundan el traje impermeable para introducirse en las lóbregas aguas. Todavía está oscuro y deciden esperar a que claree. Otros dos policías inspeccionan el puente.

En cuanto se abre un poco de luz en el cielo, los buzos, sentados en el filo de la embarcación, se colocan las gafas y el tubo de oxígeno. Ambos se dejan caer de espalda a la vez. Mientras bajan, uno enciende una linterna. El potente rayo atraviesa el agua e impacta en el fondo del cauce, permitiendo ver con mayor nitidez. Al cabo de una hora de ineficaz búsqueda, suben de nuevo a la lancha.

—Hemos peinado unos cincuenta metros. No hay señales del cuerpo, solo encontramos algún que otro cacharro viejo y varios zapatos rotos —informa un buceador—. Es mejor que nos desplacemos con la embarcación y volvamos a sumergirnos más adelante.

El compañero a cargo del timón obedece. Pulsa uno de los botones de los mandos y la lancha se desliza río abajo, hasta donde han llegado en la anterior inmersión. Repiten el procedimiento y tampoco esta vez hay suerte. Las horas van pasando entre paradas y avances. A las siete de la tarde, el inspector da orden de descansar. Proseguirán al día siguiente. Otra jornada que será infructuosa.

El domingo 10 de febrero a las diez de la mañana, en las cercanías del puente de San Telmo, hallan el cuerpo del suicida enganchado en unos matorrales. Lo reconocen de inmediato. Se trata del famoso banquero Samuel Arrubal, identidad que confirma el DNI que hay en su cartera.

4 - LA AUTOPSIA

Tres días antes del artículo
Sevilla, domingo, 10 de febrero de 2019

En el Instituto de Medicina Legal de Sevilla, el forense descorre la cremallera de la bolsa del cadáver después de que dos ayudantes lo coloquen en el carro de disección. Aunque el doctor ha inspeccionado el cuerpo a orillas del río, lo observa ahora con mayor minuciosidad. Le ha llamado la atención no hallar el típico hongo de espuma que presentan los fallecidos por ahogamiento ni en la boca ni en los orificios nasales, pero no encuentra explicación a este hecho. También lo ha desconcertado la marca inusual que luce en el centro de la frente.

Saca una grabadora y narra todo aquello que cree de relevancia, tanto en relación con la ropa y los efectos personales como en lo relativo al cuerpo: el peso, la talla, el sexo, el color del cabello y de los ojos, la existencia de señales en la piel de un intenso tono azul amoratado, el cutis ansarino, las rozaduras en las manos y las rodillas —con seguridad, provocadas por el agua al arrastrarlo por las irregularidades del fondo y de la margen—, la hinchazón del rostro, el musgo y las fibras de hierba y barro adheridos a algunas zonas… De igual modo, detalla la marca de la ropa, el tipo de botones, la hechura y otros datos similares.

—¿Por qué se pondría la chaqueta del revés? —quiere saber uno de los ayudantes—. Es de lo más extraño que he visto hasta ahora.

—Hay demasiado loco suelto. Cuando lleves aquí el mismo tiempo que yo, nada te sorprenderá —contesta el forense, sin detener su labor.

Hace una radiografía completa para obtener una placa digitalizada de última generación. La estudia a conciencia, en busca de algún signo de daño. Solo descubre una cicatriz ósea en el fémur, debida a una rotura antigua, y la brecha en el cráneo que ya se intuía por la herida exterior. Al ser reciente, deduce que se golpeó antes de ahogarse.

Le desembolsa las manos y las analiza. A pesar de no encontrar en ellas señales de lucha, introduce un hisopo esterilizado entre las uñas y lo guarda en un pequeño tubo de cristal. Lo cierra y le adhiere una etiqueta con un código. Luego le toma las huellas dactilares. Mientras, el fotógrafo forense realiza la secuencia fotográfica y el vídeo de la autopsia. Se mueve con destreza por la sala, captando los mejores ángulos. En vez de un sanitario, parece un reportero.

El forense posee una gran experiencia. Lleva más de veinte años prestando servicio en el Instituto de Medicina Legal de Sevilla y está considerado el mejor en su especialidad. A lo largo de su carrera profesional, se ha encontrado con todo tipo de casos. En algunos, solo pudo analizar esqueletos; en otros, ciertas partes de los cuerpos, porque los sujetos habían sido descuartizados y no se hallaron completos. Siempre sigue el protocolo a rajatabla.

Tras el examen externo, pide a uno de los ayudantes que lave el cadáver con una manguera a presión para quitar las impurezas adheridas. Una vez limpio, comienza el análisis del interior. Usa el bisturí para dibujar una «Y» desde el tórax hasta el abdomen. Aparta los músculos con unos separadores para sacar y pesar las vísceras. Las vías respiratorias están impregnadas de la materia espumosa que no ha hallado en la boca. Los pulmones aparecen con un extraordinario volumen y su tejido presenta rotura en las paredes alveolares y en los capilares, lesiones típicas de la muerte por ahogamiento. El contenido estomacal lo deposita en un recipiente esterilizado, con tapa de rosca, para el posterior análisis en el laboratorio.

Apoya el cuello del suicida en un reposacabezas y efectúa la incisión coronal. Pone al descubierto el cráneo y, con una sierra circular, lo corta. Desprende la bóveda con un escoplo y abre el seno para acceder al cerebro.

—Por los signos de putrefacción, la presencia del líquido espumoso en las vías respiratorias, los escasos sedimentos de la sumersión, la temperatura del agua del Guadalquivir, que en febrero oscila entre los diez y los doce grados, y la temperatura del hígado, que tomé en el momento que se rescató el cadáver, yo diría que la muerte se produjo… el viernes, con mucha probabilidad, de madrugada. Hace dos días —afirma con convicción.

—¿No prefiere esperar al resultado de las mediciones de potasio y de cloro en el humor vítreo? —interviene el ayudante que lo ha lavado.

—Esa fórmula se presta a errores, no suelo utilizarla. El propio creador indica sus limitaciones y advierte de los posibles fallos —aclara el doctor.

—La verdad, lo que más me llama la atención es ese símbolo del infinito en la frente. Si llego a nacer con algo así, me lo habría borrado. Con él se asemeja a un alienígena —apunta el otro ayudante.

—No es de nacimiento.

—¿Cómo lo sabe? Yo diría que es congénita —insiste el joven médico.

—Vi su carnet de identidad y antes no la tenía. Es cierto que no puede ser más extraña. —El galeno se acerca y vuelve a mirarla. La palpa con los dedos, pero al llevarlos enfundados en unos guantes de

látex no percibe la textura—. Quizá el efecto del agua le haya dado este aspecto. Tal vez ha sido hecha con un láser o algo similar, aunque tampoco lo afirmo.

Mientras la observa, tiene la sensación de que el ocho horizontal se mueve, como si una corriente eléctrica surcase la línea que lo dibuja o danzara siguiendo las onduladas formas. Incluso advierte destellos. Un leve escalofrío le recorre la espalda y, a pesar de ser un hombre de ciencia, retrocede de inmediato. El susto no es imaginado, más real, imposible.

—¿Lo habéis visto? —pregunta a los ayudantes. La cara del médico muestra sorpresa, o más bien turbación.

—¿Ver qué? —responden los dos al unísono, como si se hubiesen puesto de acuerdo.

—Ese insólito movimiento de la marca.

—Yo no veo que se mueva —dice uno.

—Y la luz que desprende… Son fogonazos intermitentes.

El otro se fija en la señal, esperando hallar algo anómalo. Con expresión de asombro, dirige la mirada a su jefe.

—Si se moviera o diese fogonazos, saldría corriendo y no pararía hasta llegar a mi casa y meterme debajo de la cama —dice con una sonrisa, de modo que no se sabe si habla en broma o en serio.

—Pues yo no me lo he imaginado. Y no me faltan ganas de huir. Ahora está inmóvil y ya no brilla, pero como empiece otra vez…

5 - LA FILTRACIÓN

Dos días antes del artículo
Sevilla, lunes, 11 de febrero de 2019

Una amiga de Mónica Smith, que trabaja de enfermera en el Servicio de Patología del tanatorio de San Jerónimo, la llama desde el móvil para comunicarle que ayer ingresó el cadáver de Samuel Arrubal, el hijo del presidente del BankCity. Está segura de que le interesará dar una noticia como esa.

—¿Sabes cómo ha fallecido? —pregunta la periodista con curiosidad, sentada en su mesa de trabajo, al lado de uno de los ventanales que iluminan la oficina del periódico y le proporcionan un aspecto alegre. En el poyete lucen tres macetas con plantas crasas pequeñitas, propiedad de Mónica, que necesita ver vida alrededor.

—Hay mucho secretismo, la policía custodia el cuerpo. Eso no es nada frecuente, ¿sabes? De momento no te puedo dar más detalles —explica la amiga casi en un susurro.

—Muchas gracias, guapa. No te preocupes, yo indagaré.

—Oye, ni una palabra de que te lo he contado yo. No quiero problemas, ¿eh?

—Tranquila, mis fuentes son sagradas. Me enorgullezco de mis firmes ideales.

—Espero que así sea.

La periodista cuelga y piensa de inmediato en el agente Ramiro López, un tipo poco atlético de tez blanquecina, pelo rizado y un bigote tan fino que parece que se lo dibuja con un lápiz. Bastante granuja y sin muchos principios, es un buen contacto que le filtra información a cambio de un poco de dinero. Marca su número de teléfono y, tras sonar repetidas veces el riiing, riiing, el policía descuelga.

—¿A qué se debe el honor? —pregunta con retintín y tono de sorpresa.

—Necesito saber las circunstancias de la muerte de Samuel Arrubal.

—¿Cómo te has enterado? ¡Es alto secreto!

—Una tiene sus recursos.

—Ya veo, ya. Pues yo soy una tumba.

—Vamos, Ramiro, no te hagas de rogar.

—De verdad, en esta ocasión no puedo abrir la boca, se trata de un asunto delicado.

—Estoy dispuesta a pagarte lo que quieras —ofrece, dando

golpecitos en la mesa con un bolígrafo.

—Me juego mi puesto de trabajo.

—Sabes que nadie se enterará de que has sido tú. Me conoces de sobra.

—Eso no puedes garantizarlo.

—Dime cuánto vale la información. —Toca una tecla que, intuye, puede funcionar.

El agente guarda silencio unos instantes. Piensa en los pros y los contras; es un acto temerario, pero también una oportunidad para sacar provecho, y le gana la avaricia.

—Dos mil euros.

—¿Estás de broma? ¿Crees que soy rica? ¡Eso es una barbaridad! ¡Un atraco en toda regla!

—Lo tomas o lo dejas.

—¡Te has vuelto loco!

—El riesgo es muy alto.

—*Sere* un extorsionador. Abusas de mí, y de lo lindo. Espero que la noticia tenga ese valor. Tómolo.

—¿*Sere*? ¿Tómolo? Mira, a mí no me vengas con palabras del revés. Los jueguecitos los dejas para tus estúpidos seguidores, esos que engordan tu vanidad y tu ego. Ahora tengo que colgar. Nos vemos mañana a las ocho de la tarde en la iglesia de La Hiniesta, como siempre.

—¿No puede ser antes? A mediodía me vendría de perlas, y si es hoy mismo, mejor.

—Nunca te cansas de pedir. He dicho que mañana a las ocho.

—Las noticias son como el pescado: hay que comprarlas frescas y transmitirlas vivitas y coleando, si no apestan.

—No te apures, mujer, que tendrás la exclusiva, así que no importará que los peces sean congelados.

—De acuerdo. Allí estaré sin falta. —Resopla, consciente de que el policía no dará el brazo a torcer.

En cuanto cuelga, Mónica Smith se acerca al tanatorio. Antes de entrar, piensa que le conviene ir acompañada de algún sanitario, así que marca en el móvil el número de la amiga que trabaja ahí y le pide que salga a la puerta.

—¡Qué alegría verte! ¡Estás guapísima! Tengo unos veinte minutos libres. Vamos a tomar un café —propone después de dar dos besos a Mónica, que lleva unos vaqueros grises, unas botitas negras acordonadas y una cazadora de cuero roja, a juego con su boina y su tono de carmín. Se maquilla con tal habilidad que a veces da la impresión de no usar cosméticos.

—Esperaba que me enseñaras el cadáver.

—Eso no es posible. La policía sigue dentro y un agente custodia

la sala de autopsias —alega la enfermera, un tanto decepcionada.

—Tiene que haber algún modo.

—Te aseguro que no. También hay más personal trabajando.

—Podrías facilitarme una bata blanca —ha pensado con rapidez—, así no llamaré la atención.

—¡Me pones en un compromiso muy gordo! ¡Me juego el puesto! ¿Sabes lo que eso significa? —protesta la amiga con expresión muy seria.

—Solo préstame un uniforme y dime dónde está el fiambre, luego yo entraré sola. Nadie va a enterarse de que tienes algo que ver, en las batas no pone nombre —trata de convencerla Mónica, que apoya una mano en el hombro de la sanitaria, y le planta cara de «perdóname la vida».

—Estás loca de remate. Todos llevamos una identificación. No te dejarán entrar.

—Sí, ya veo el carnet que te cuelga del cuello, pero el mío de periodista es verde como el tuyo. —Mónica lo saca de un bolsillo de su mochila—. Mira, son similares. Dame tu cinta mientras tomas café. No creo que lo miren de cerca.

—Mujer, es un poco diferente. Y ahí pone «periodista». ¿Qué harás si te pillan? No podrás salir indemne.

—Tampoco es para tanto. No voy a cometer ningún delito. Si se dan cuenta, me echarán. No creo que monten un escándalo, sobre todo porque no les interesa. Pero será una pena, ya que me quedaré con las ganas de ver al muerto.

—¿Para qué quieres verlo?

—Necesito una imagen real que impacte en mis pupilas, que me inspire, que me sacuda. ¿Cómo voy a dar la noticia sin contacto con el fallecido? Sonaría falsa, hueca. Escribo del revés, pero me baso en la autenticidad. Me gusta hacer las cosas bien, con rigor, con fundamento. Soy una profesional a pesar de que algunos me critiquen.

—De verdad que no te entiendo. Toma mi bata y mi cinta. Dentro de diez minutos te quiero en la puerta del bar que hay detrás del edificio, ni un minuto después. Si sale mal, dirás que las cogiste de la sala de taquillas. No me conoces de nada. Aunque entonces me tocará ir a mi casa a por otra bata, no puedo volver sin ella. Y, si consigues entrar, ni se te ocurra hacer fotos y publicarlas, o perderás mi amistad para siempre.

—Descuida. Las usaré solo para acreditar la noticia ante mi jefe, te aseguro que nunca verán la luz. Quédate tranquila, soy una tumba con mis fuentes. Así me torturasen, no abriría la boca, y menos tratándose de ti, que eres mi amiga.

Y es cierto. A Mónica Smith se le puede tachar de exceso de ambición o vanidad y de otros muchos defectos, pero no de desleal ni

de desagradecida.

Mónica se pone la bata y se cuelga el carnet. Entra con paso firme en el tanatorio y se encamina hacia la sala de autopsias. Un policía permanece de pie en la puerta. Al pasar por su lado, ella de da los buenos días y abre con soltura, como si llevase ahí toda la vida. Tiene suerte. El hombre la mira y le devuelve el saludo. Nada le hace sospechar que es una intrusa. La fortuna sonríe a la periodista. Dentro no hay nadie.

Con rapidez, se dirige al cajón frigorífico número cuatro, tal como le ha indicado la amiga, y tira de él. Pesa más de lo que esperaba. Aunque es corredero, le cuesta sacarlo. Está nerviosa, no solo porque puedan descubrirla, sino también porque el lugar no le resulta agradable. A pesar de sus teorías estrambóticas sobre la muerte, teme afrontarla. Aun así, el miedo no la amilana.

Baja la cremallera y contempla el rostro del joven. Se lleva la mano a la boca para contener el grito que está a punto de lanzar. Un escalofrío le recorre la espalda como un escuadrón de hormigas. Siente un temblor inquietante. Ella es decidida, incluso a veces temeraria, pero eso no impide que la visión la conmueva en extremo, como a cualquiera que no esté acostumbrado a lidiar con cadáveres.

Los ojos de Samuel Arrubal, abiertos, blancos, vueltos del revés, le clavan una mirada imposible, y esa marca que parece satánica la atrae de un modo inusual. Le da la impresión de que se mueve y de que una corriente de electricidad se desliza por ella. Es hipnótica y ejerce un influjo contradictorio: la fascina a la vez que la aterra. Teme que salte de la frente del muerto y se le introduzca en el cerebro, que la domine o la convierta en un zombi.

A pesar de ello, saca el móvil y le hace un par de fotos. «No hay que perder de vista el objetivo», se dice a sí misma. Ha ido para eso. Luego, devuelve el cadáver a su sitio, pero sabe que ya nunca olvidará esa imagen macabra.

Camina hacia la puerta con premura y justo en ese momento se abre. El forense se para en el umbral, sorprendido al ver ahí a una desconocida. Ella se detiene en seco, y exclama a modo de reflejo:

—¡Qué susto me ha dado!

Ambos se miran, estupefactos. Hay un instante de tensión, apenas unos segundos, quizá menos, mientras Mónica piensa en cómo escapar de ese atolladero. Su mente es rápida, resolutiva, pero la situación, muy muy complicada.

6 - LA CONFIRMACIÓN

Un día antes del artículo
Sevilla, martes, 12 de febrero de 2019

Hasta el momento de la cita con Ramiro López, la periodista se dedica a buscar en internet cualquier noticia que esté relacionada con Samuel Arrubal o su familia. Por supuesto, su muerte no aparece en las primeras planas de los periódicos digitales.

Baja a la calle y compra la prensa en papel. Tampoco hay nada que sea llamativo. Solo se menciona el hecho en una esquela de la sección de necrológicas, en la que, además de los datos ordinarios, consta «muerte accidental».

Mónica está expectante por saber qué tiene que contarle el policía. Ante la posibilidad de ser la primera en airear el suceso, se le llenan los ojos de ambición y entusiasmo, pero una cargante molestia en la boca del estómago le anuncia que se va a meter en un asunto peligroso. Esta vez prefiere ignorar a su intuición.

Media hora antes de la cita, sale de casa. Se apresura por las calles de la ciudad con su abrigo gris de lana y una boina del mismo tono; se ha vestido a conciencia para pasar desapercibida. Imposible. El caminar ágil, facilitado por sus botitas negras acordonadas, que le cubren hasta los tobillos, y el aspecto estiloso que despliega, junto a su belleza singular, no pasan inadvertidos. Aunque llamar la atención es usual en ella, pues la mayoría de las veces utiliza colores vistosos, en especial el gualdo y el granate, y ropa muy personal y sugestiva, en esta circunstancia ha elegido la mesura. Acudir a una reunión secreta es motivo suficiente para intentar ser invisible.

A las ocho en punto, entra en la basílica de La Hiniesta y se sienta en la última bancada, la más cercana a la puerta. Se quita la boina en señal de respeto; aunque no es religiosa, la buena educación la precede. Un denso silencio la invade y una paz, que pesa como una pirámide, la posee.

Todavía no sabe por qué Ramiro siempre propone esta iglesia como testigo de sus confesiones. Solo hay dos feligreses orando, uno en la primera fila y otro en la tercera. La periodista mira el reloj en repetidas ocasiones. No es frecuente que el policía se retrase y lleva más de quince minutos esperándolo. ¿Se habrá arrepentido?

La paciencia no es una de sus virtudes. Le resulta insoportable estar mano sobre mano. Prefiere el dinamismo, sentir que ella propicia los acontecimientos. Está a punto de levantarse para ir a fumar un cigarro cuando Ramiro López entra vestido de paisano y se sienta a su

lado.

—Lamento llegar tarde, hemos tenido una reunión de última hora y he salido después de lo previsto —se disculpa con un tono de voz muy bajo, adecuado al espacio en el que están.

—No pasa nada. Dispara —responde Mónica con la misma entonación apagada. Es obvio que el lugar sagrado invita a conversar así.

—Antes dame el sobre —pide él y extiende la mano derecha.

—Esto es un atraco —se queja ella mientras saca un sobre blanco del bolso y se lo entrega.

Ramiro comprueba que el dinero es el acordado. Luego se lo guarda en uno de los bolsillos interiores del gabán.

—¿Satisfecho?

—La versión oficial es muerte por accidente, pero todo apunta a un suicidio. Lo encontraron el domingo en la margen izquierda del río. Han conseguido retrasar la noticia, pero sé de buena tinta que la darán mañana en los términos que te digo.

—Hoy he visto una esquela con su nombre. Claro que solo informa del lugar del velatorio y de la ceremonia de despedida.

—Ya es mucho.

—¿Por qué se sospecha que ha sido un suicidio?

—Hay un testigo. Vio saltar a alguien desde el puente de Triana y llamó a emergencias.

—Entonces dudo de que la versión oficial pueda mantenerse.

—El hombre dice que, desde tanta distancia, no distinguió su rostro. Se van a agarrar a eso, obviando que llevaba el DNI encima. Hoy han notificado a la Agencia EFE que un indigente se ha ahogado en el río. Buena estrategia, ¿no te parece? Mañana, como te digo, publicarán la noticia de la muerte de Samuel Arrubal, y asegurarán que se ahogó accidentalmente en la piscina de su casa de campo, en Espartinas. Se alojaba allí cada vez que venía a Sevilla.

—Pero… ¿por qué tanto misterio? ¿Qué interés hay en ocultar la causa?

—Eso no lo sé. Imagino que será cosa del padre, un hombre poderoso y muy católico. Un suicidio está mal visto en algunos ámbitos. O puede que se deba a razones económicas. Temerá que afecte a la imagen de su empresa y al valor de las acciones. Vete a saber. Hay otra cuestión que… nos llamó la atención, aunque lo descartamos de inmediato. Supusimos que sería una casualidad, pero…

—Desembucha de una vez, por Dios, que me tienes en ascuas —exige la periodista, expectante, mientras lo mira con sus ojos claros, de un azul grisáceo peculiar.

—Se ha encontrado una extraña palabra escrita con pintura roja

en la baranda del puente, justo en el lugar donde dice el testigo que Samuel Arrubal se tiró. No es lógico que un joven como él llevase encima el espray típico para pintar grafitis ni que escribiese algo sin sentido y se deshiciera del bote antes de tirarse al río. Quizá esa palabreja ya estuviese allí con anterioridad. Pero, de todos modos, no sé por qué no se me quita de la cabeza.

—Será una intuición. Yo, en el noventa y nueve por ciento de los casos, las tengo en cuenta. ¿Cuál es la palabra?

—Muy rara para recordarla. Espera, la anoté.

Ramiro saca una libreta de bolsillo y lee: «Odalortolanev».

—Igual la dejó un turista. Suena a eslavo o algo similar, tal vez un dialecto —sugiere Mónica.

—Lo más probable es que la relación con el caso sea nula, pero…

—No hay que descartarla por el momento, por si acaso. Dime el nombre del testigo.

—Toma, también lo traigo apuntado, junto a su dirección y teléfono. Es extranjero, está de visita en el país y pronto se irá de Sevilla, así que date prisa en localizarlo. —El policía rasga un trozo de hoja y se lo da—. Y he traído una copia de la declaración. —También se la entrega—. Destruye los documentos lo antes posible.

—En cuanto registre la información en mi ordenador especial, lo haré. —Se refiere a su memoria, porque se señala la cabeza con el dedo índice.

—Y no me llames bajo ningún concepto. Yo me pondré en contacto contigo cuando lo considere prudencial. Ya me he expuesto demasiado.

—Descuida. Aunque deberías deshacerte de tu móvil: si rastrean las llamadas, encontrarán las mías. Y eso no nos conviene ni a ti ni a mí.

—¿Crees que soy tonto? Nunca te he dado mi número personal. Este teléfono lo mangué del depósito de objetos perdidos, donde llevaba más de un año. Y un amigo que es un manitas, experto en tecnología, consiguió que funcionara sin introducir mis datos. Jamás lo utilizo para otra cosa que no sea hablar contigo. Aun así, mantengamos la distancia. Ya ves que, cuando tengo alguna noticia sabrosa, te aviso yo. Sé guardarme muy bien las espaldas y espero que hagas lo mismo.

—Bueno, bueno, eso de que me avisas tú no se cumple siempre. En esta ocasión, he sido yo la que te he llamado. Está claro que no pensabas informarme. Pero puedes estar seguro de que protejo mis fuentes como una madre a sus hijos.

—Más te vale, o de lo contrario, a mí se me caerá el pelo y tú tendrás que exiliarte; eso en el mejor de los casos, porque en el peor prefiero no pensar. Este asunto es peliagudo, ya te lo avisé —termina

de decir, ya de pie.

—Oye —se levanta ella también—, ¿se sabe algo de dónde estuvo antes y con quién?

—En una discoteca, divirtiéndose con dos amigos.

—¿Y sus nombres?

—Eso no lo sé.

—¿Cómo no vas a saberlo, Ramiro? Seguro que han declarado, así que debéis de tener sus datos.

—Pero qué listilla eres. Cierto, han prestado declaración, solo que no se la tomé yo y el expediente está bajo llave.

—¿Para qué me mientes? Dime que no quieres darme esa información y acabamos antes.

—Lo que tú digas. No voy a discutir contigo.

Ramiro López sale de la basílica y la periodista vuelve a sentarse un buen rato. Los feligreses que oraban se dirigen a la salida y en la puerta se cruzan con otros tres que entran.

El olor a cera inunda la atmósfera y la media luz de la velas le confiere al templo un aspecto espectral. Las luminarias se balancean de un modo magnético al consumir las mechas y proyectan sombras que se mueven al unísono. No es usual que la electricidad no funcione, pero han tenido problemas y llevan un par de días en penumbra.

El sosiego, típico de los templos, de nuevo la invade y le provoca desagrado. No es un buen detonador de adrenalina y ella necesita grandes dosis para sentirse viva.

Memoriza la nota y el resto de la información. Tiene una mente privilegiada. Se aparta el pelo de la cara; lo lleva peinado hacia atrás, pero de vez en cuando algunos de sus mechones castaños se rebelan. Se pasean con descaro por su frente e incluso se atreven a introducirse en sus ojos, y no hay nada que más le moleste.

Pasados unos veinte minutos, en los que no para de darle vueltas a la cabeza para tratar de responder a todos los interrogantes que la asaltan, camina hacia la puerta. Una vez en la calle, se coloca la boina, enciende un pitillo y con el mechero prende los papeles. Los mantiene en la mano, contemplando las llamas como hipnotizada. Cuando está a punto de quemarse, los suelta. Observa el rastro de cenizas, que permanece en el suelo durante unos segundos y luego se dispersa, arrastrado por el viento. Saca el móvil y llama al testigo, pero no tiene el teléfono disponible.

De regreso a casa, no deja de preguntarse qué motivo lleva a alguien tan joven a matarse. Y, sobre todo, qué interés pueden tener en ocultar el suicidio.

7 - INDICIOS DE AMENAZA

Horas después de publicar el artículo
Sevilla, miércoles, 13 de febrero de 2019

SeviDiario informa de lunes a viernes de los acontecimientos acaecidos en Sevilla capital y la provincia. Veracidad, originalidad, compromiso social e independencia son los principios que antes y ahora lo mantienen en las listas de los más valorados. Comenzó su andadura siendo un periódico de difusión digital. Pronto tuvo gran éxito y miles de lectores. Hace tres años, Nacho Aguilar, el director, decidió ampliar horizontes y, además de noticias locales, añadió las nacionales de especial relevancia.

En la actualidad, la empresa ha crecido hasta cotas insospechadas por él. Cuenta con diez empleados en plantilla y otros tantos colaboradores que contrata de forma esporádica.

La redacción se ubica en el centro de Sevilla, en un local comercial cercano a la calle Sierpes. El espacio brilla por su carácter funcional. En la parte frontal, hay tres despachos independientes: el del director, el del editor digital y el del jefe de innovación y desarrollo. Un largo pasillo de entrada desemboca en una sala rectangular, en la que se distribuyen siete mesas de trabajo para el resto del personal, equipadas con ordenadores portátiles. Cinco muebles archivadores, una fotocopiadora, un dispensador de agua y otro de café decoran los tabiques, junto a varios cuadros con fotografías antiguas de la historia de la prensa. Las paredes blancas aportan luminosidad. Y los focos cuadrados con luz led alumbran en los días oscuros.

Pablo Luján, el fotógrafo que siempre acompaña a Mónica desde que lo contrataron hace poco más de un mes, sentado frente a ella en la mesa de trabajo, la mira sin atreverse a lanzar la pregunta que le ronda por la cabeza. Es un tipo alto y escuálido, de largo pelo dorado y gafas cuadradas. Desde el primer día se siente atraído por la periodista.

Mónica está muy cómoda a su lado, le transmite confianza y respeto. Ambos han congeniado muy bien a pesar de llevar poco tiempo juntos.

—El lunes casi me da un infarto. Me quedé patidifusa. No sabes qué mal rato pasé, compañero, cuando el forense del Anatómico me pilló con las manos en la masa —le explica con una media sonrisa—. «¿Quién es usted y qué hace aquí?» —dice con voz bronca y gesto de circunstancia casi cómico, imitando al doctor—. Menos mal que

reaccioné rápido y le respondí que era mi primer día y estaba familiarizándome con las instalaciones. Puso cara de sieso, pero se apartó de la puerta y me dejó salir sin más indagaciones. Supongo que después se daría cuenta de que había sido un iluso —ríe con ganas.

—¿Cómo lo haces? —pregunta por fin Pablo, ya que el comentario de Mónica le ha venido de perilla.

—¿El qué?

—Salir airosa de todo. ¿No has visto lo que dicen de ti en la revista *Nostis*? —Con la cabeza, señala la pantalla de su portátil.

—Seguro que será más interesante lo que no dicen —bromea Mónica, que está de muy buen humor.

—Mira. —Pablo gira el ordenador para enseñarle la noticia.

—Prefiero que lo *léasme*.

—¡Ja, ja, ja! Me hace mucha gracia que representes tu papel incluso cuando no es necesario. Conmigo no tienes que esforzarte. Te leo: «La periodista Mónica Smith saltó a la fama no solo por airear los escándalos a los que nos tiene acostumbrados, sino por su estilo mordaz e infalible y por haber puesto de moda las palabras "del revés". Asimismo, a sus noticias se les podría dar este calificativo. Miles de seguidores incondicionales la vitorean y aplauden por su lenguaje osado y por los muchos comentarios, fruto de su invención, que atribuye a las personas entrevistadas». —Pablo para un segundo y la mira para detectar en su rostro el efecto que provoca la lectura. Luego continúa—. «La defienden hasta las últimas consecuencias y esperan ávidos la siguiente publicación, como adictos ansiosos por conseguir una dosis de su droga preferida. Tal vez pronto tenga que lamentar que nadie quiera concederle una entrevista y no exista esa próxima columna en la que nos cuente las historias del revés, como le gusta llamarlas o, en el peor de los casos, alguien la quite de en medio. Aunque desde hace un tiempo dedica sus escritos a una nueva especialidad que no necesita de interviús: todos son cadáveres». —Pablo levanta la mirada—. ¿Qué opinas? Se han dado prisa, ¿no? Ha salido pocas horas después de tu artículo.

Mónica Smith guarda silencio unos instantes. Mira la pantalla, en busca del autor. En la mente le da vueltas a lo que acaba de escuchar y la asaltan multitud de preguntas: ¿qué se esconde detrás de esas frases?, ¿por qué intentan desprestigiarla?, ¿quién es el cobarde que lo ha escrito? Ni siquiera ha tenido la decencia de firmar con su nombre, utiliza un seudónimo. Sabe que *Nostis* es una revista digital de gran influencia en el país y está de moda. Si en este momento le escanearan el cerebro, se verían centenares de neuronas iluminadas y conectándose a otras en numerosas ramificaciones.

—Primero, no interpreto ningún papel ni me esfuerzo en representar nada, que conste. Segundo, alguien quiere acabar

conmigo. Debo de ser demasiado molesta. ¿Te das cuenta de la amenaza? Es más que obvia.

—Si tú lo dices… Yo me ciño a lo que relata. —El fotógrafo arrastra la silla giratoria para aproximarse un poco más.

—Voy a descubrir quién lo ha escrito. Y cuando lo tenga delante…

—Eres experta en eso de las investigaciones, pero, si te sirvo de ayuda, estoy a tu entera disposición para lo que necesites —ofrece con sinceridad.

—Gracias, Pablo. De momento no hace falta, aunque es buena noticia saber que puedo contar contigo.

—Claro, solo has de pedírmelo. Y, si quieres que te acompañe en esta aventura, yo lo estoy deseando. Me encantan los misterios por resolver. Limitarme a fotografiar el puente me ha sabido a poco —confiesa, pero calla que sobre todo le interesa permanecer a su lado el mayor tiempo posible y otras muchas cosas que prefiere ocultar.

—Me está ayudando Nuria. Fui bastante reticente cuando el dire me ordenó que la instruyera, pensaba que me haría perder el tiempo; pero, la verdad, me ha sorprendido su desenvoltura. Es una chica talentosa y diligente, no parece una becaria. Por primera vez me alegro de una imposición.

—Todos buscan un contrato en condiciones y creen que dando el doscientos por cien lo conseguirán. Pobres ilusos. De todos modos, cuatro manos vienen mejor que dos, y seis, mejor que cuatro. Aún no conoces mis dotes detectivescas y te aseguro que te asombrarían —insiste él.

—Ya, el motivo de su eficiencia me da igual, lo que me importa es que me sea útil. Ahora está indagando sobre los miembros del consejo de administración del banco. Quiero saberlo todo: quiénes lo componen, dónde viven, su relación con el suicida, a qué dedican el tiempo libre… Pero tendré en cuenta tu ofrecimiento, no lo dudes.

—¿Por qué no has mencionado nada de la palabra escrita en la baranda del puente? Hice una foto muy buena y no la has puesto. Le habría dado mayor halo de misterio a la noticia. Una palabreja como esa impacta y más si le añades tus ingeniosos comentarios. —Pablo la rebusca en la galería de su móvil y la contempla de nuevo, orgulloso. Aunque lo que más desea es que Mónica lo admire, lo necesite, lo ame.

—Sí, yo también pienso que causará impacto, por eso la he dejado para la segunda entrega. Pese a que mi fuente y yo nos olemos que no tiene relación con el caso, no está de más incluirla. También quiero obtener más información sobre ella. Estoy buscando en todos los idiomas que se me ocurren. En eso podrías ayudarme mientras yo entrevisto al testigo y a los allegados de Samuel Arrubal, si es que se

dejan. Así me descargas de esa tarea de monos.

—Vale, gracias por el piropo.

—Ja, ja, ja. Sabes que no he querido decir eso, no te ofendas.

—No me ofendes, no te preocupes, sé que lo has dicho sin mala intención. Tú eres toda bondad. Tienes un corazón enorme y, a pesar de que se rompe con facilidad, lo sigues entregando sin reservas.

—¡Me halagas! Nunca me habían dicho algo así, tan bonito, pero te has pasado. Me miras con muy buenos ojos y tu concepto de mí… Ni que me conocieras de toda la vida —sonríe a la vez que sus mejillas se sonrojan.

—Aunque no lo creas, parece que te conozco de siempre, desde antes incluso de que hubiera nacido —es lo máximo que se atreve a confesarle—. Espero que obtengas pistas importantes de alguno de esos tipos a los que vas a entrevistar. Si has visto los periódicos, sabrás que eres la única que desmiente lo que declaran todos. La radio y la televisión tampoco dejan de decir que el pobre Samuel sufrió un mareo y cayó a la piscina de su vivienda.

—Ya, lo he escuchado y leído. Y sí, yo también confío en encontrar alguna pista. Aunque no espero mucho del testigo, mi fuente me dijo que no reconoció al suicida. De todos modos, a ver si logro entrevistarlo y saco algo en claro.

—La verdad es que esa palabra extraña me parece chulísima: O-d-a-l-o-r-t-o-l-a-n-e-v —Pablo la deletrea con la foto en la mano.

Mónica la mira de soslayo y, como si una luz se encendiera de pronto en medio de una oscuridad absoluta, comprende lo que significa.

—¡Pero qué tonta! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Yo, que soy la reina de las palabras del revés.

—¿De qué hablas?

—¡Dios! ¡Es una llamada! ¿Lo ves?

8 - SEGUNDA PARTE DEL ARTÍCULO

Sevilla, jueves, 14 de febrero de 2019

Mónica está entusiasmada. Desea sacar el mayor provecho al caso que narra en capítulos. En esta segunda entrega, quiere darle una vuelta de tuerca para que el impacto sea aún más grande. Fantasea con que su popularidad aumente como la espuma, con convertirse en una verdadera celebridad y que todos los medios de comunicación se peleen por contratarla. Entrevistas, ruedas de prensa, conferencias, vallas publicitarias, viajes… Ella, el foco de todas las cámaras, el centro de atención, el ombligo del universo. Incluso visualiza su estrella en el Paseo de la Fama de Hollywood. Imaginación no le falta. Tal vez algún día se decida a escribir una novela; quizá un thriller o mejor una histórica.

Lee el nuevo artículo, continuación del anterior, con cara de complacencia. También aparece en portada, esta vez con la foto de la palabra escrita en el puente de Triana. El encuadre, la composición, el manejo de la luz… muestran la espléndida creatividad de su compañero. Lo considera un gran artista, un genio de la fotografía. Intuye que esa magnífica imagen aumentará la agitación. Es una maestra del sensacionalismo, aunque siempre basado en la franqueza. Tiene la firme convicción de que un buen periodista puede exagerar y elegir dónde pone el énfasis, pero nunca mentir. Jamás traspasará ese límite, sería ir contra sus principios.

Suicidio encubiərto

(Segunda parte)

El rəvés es el opuesto del que vemos, lo que muchas veces tapan las personas que se ocultan. En la oscuridad habitan sus seres más despreciables. Bajo los focos relucən sus caras menos sombrías.

La versión oficial de la muerte de Samuel Arrubal mantiene que fue algo fortuito. ¿Por qué niegan el suicidio? ¿Quién está detrás del infundio? ¿Qué intereses esconde?

Este diario cuenta con fuentes fidedignas que aseguran que a este caso lo rodea un halo de mistərio, o más bien varios. El más asombroso de ellos es que el cadáver apareció con un ocho horizontal, símbolo del infinito, en el centro de la frente. Se extəndía por su piel

como como una alteración congénita de la pigmentación. Sí, de forma inexplicable el suicida lucía el nevus, porque jamás lo había exhibido antəs. No era un tatuaje ni un grabado con ácido, ni un corte de arma blanca ni una cicatriz. Y, por si eso fuese poco, la marca se agitaba en movimientos convulsos e irradiaba ráfagas luminiscentes.

Además, en la baranda del puente de Triana, se encontró una palabreja: «Odalortolanev». Sospéchase que fue escrita con espray rojo, aunque no se puede aseverar que lo hiciera el fallecido ni se ha hallado el bote.

Todo en este caso es una incógnita, más biən multitud de ellas. Un gran puzle al que le faltan piezas y las que hay no encajan. Alguien está tratando de ocultarlas.

Se manejan varias hipótesis: que la escribiera el propio suicida antes de saltar al río; que ya estuviese allí y quizá habíala pintado algún turista en un dialecto que desconocemos; que alguien acompañaba al suicida en el momento fatídico y dəjó ese mensaje cifrado; que es una palabra sin sentido y sin relación con la muerte de Samuel… Podemos plantear un sinfín de conjeturas, cada cual es libre de añadir las que quiera.

Hoy revelamos el verdadero significado de odalortolanev. Basta con leerla o escribirla del rəvés: ven al otro lado. Eso nos induce a más preguntas que respuestas, y cada una nos presenta un nuevo misterio, como si fuese una matrioska: dentro de uno hay otro, y otro, y otro más, así hasta el infinito. Tiramos del hilo y aumenta el enredo en la madeja.

¿A qué se refiere esa llamada al «otro lado»? ¿La marca de la frente es la señal de un sacrificio? ¿Acaso surgió por arte de magia? ¿Han intervenido fuerzas de otros mundos o se trata de un caso de locura rəpentina? ¿Y si no estamos ante un suicidio, sino ante un asesinato? ¿Quién podría tener interés en matar al hijo del rico banquero y por qué? ¿Será un ajuste de cuentas?

Nuestro fiel compromiso con la información veraz nos guiará hasta resolver los enigmas. No tengáis dudas, pronto desvelaremos estas cuestiones. Estad seguros de que completaremos el rompecabezas.

Seguidnos de cerca porque continuará…

Al pie de la noticia, Mónica Smith.

9 - LA DESGRACIA

Un siglo antes

Madrid, domingo, 8 de diciembre de 1912

Jaime vivía en las afueras de Madrid, en una hacienda cercana al Manzanares. La familia se había trasladado desde Sevilla, ciudad natal de sus antecesores, obligada por el trabajo del padre en las Cortes. Este había sido la mano derecha de José Canalejas, presidente del Consejo de Ministros bajo el reinado de Alfonso XIII, asesinado el 12 de noviembre de 1912. La muerte de su jefe y amigo había supuesto un duro golpe para él, pero ese suceso no tendría comparación con la desgracia que lo acechaba.

El padre de Jaime se desplazaba al centro de la capital en un pequeño automóvil Le Zèbre tipo A. Contaba con una sola plaza y alcanzaba como máximo cincuenta kilómetros por hora, pero era más que suficiente para cubrir su necesidad de transporte. Pese a que tenía la opción de transformarlo en un biplaza, jamás la utilizó. Aunque era muy pragmático, poseer ese coche, símbolo de riqueza, satisfacía su vanidad.

La privilegiada situación de la familia permitía que los hijos, cuatro varones, recibieran clases privadas. Destacaba el segundo de ellos, Jaime, un precioso niño de doce años que alegraba los corazones de sus padres. Recitaba *El Quijote* de memoria, sus ansias de aprender no tenían límites. Su carácter obediente y su inteligencia llenaban de orgullo al diputado. Sentía predilección por él y era ciego al talante celoso que desplegaba en especial con sus hermanos, a los que chinchaba con frecuencia. Les ponía la zancadilla, les rompía los juguetes, los encerraba en los dormitorios o les escondía la ropa mientras se aseaban, pero se libraba de castigos y reprimendas por esa cara de inocente que sabía fingir.

El día de la Inmaculada Concepción, fiesta nacional, la familia, poco adepta a los principios religiosos, o más bien contraria, disfrutó de un almuerzo de lujo al que invitó a los amigos más cercanos. El buen vino se sirvió en abundancia y los manjares decoraron una larga mesa de madera noble. El olor a asado de jabalí, que navegaba por el aire desde la cocina, abría el apetito a los allí reunidos. Se percibía la alegría del encuentro. Las risas, las conversaciones desenfadadas y el portentoso torrente de voz de algunos comensales teñían el aire de una algarabía que ascendía en decibelios por momentos.

Una gran chimenea presidía la sala rectangular y la caldeaba con

profusión. Tres ventanales ofrecían admirables vistas cuando las cortinas, de tipo oriental, floreadas y de colores vivos, estaban descorridas. Las paredes acogían tapices con motivos campestres, y cada dos metros, lucía una lámpara de queroseno, que encendían por las noches y en los días nublados.

La criada entró al salón y sirvió la carne en cada uno de los platos, el aroma desprendido ya alimentaba. Tras la distendida comida, el anfitrión ofreció a los invitados una audición fonográfica. Hacía menos de tres meses que había comprado un gramófono y varios discos del sello Berliner, todo un alarde de modernidad y extravagancia. Mostrar signos de apertura mental le deleitaba de igual modo que escuchar música. Al terminar *Mattinata*, la canción del italiano Enrico Caruso, una gran ovación se produjo en la sala.

Los chiquillos querían salir a jugar, atraídos por el blanco manto que cubría el terreno. Tuvieron que insistir porque la excusa del frío danzó durante un buen rato en los labios de la madre de Jaime. Pero, cansada de negarse y no lograr el apoyo de su marido, se rindió a la tozudez y dio permiso a los muchachos, advirtiéndoles que se abrigaran y que debían volver antes de una hora.

Los niños corrieron por el campo mientras se lanzaban bolas de nieve unos a otros. Se divertían empujándose y revolcándose por la tierra. Estaban distraídos con el juego cuando Jaime se alejó y se escondió entre unos matorrales para escapar de las esferas heladas.

Ninguno vio a los dos hombres que se le acercaron, nadie habría podido verlos, ni siquiera Jaime, que solo escuchó un susurro incomprensible a su espalda. Se asemejaba a un eco remoto, un repetido murmullo que se introdujo en sus oídos por tres veces: «Odalortolanev, odalortolanev, odalortolanev». Sonó como un soplido suave, sigiloso, silabeado con extrema lentitud.

De inmediato, Jaime caminó hasta la orilla del Manzanares igual que un autómata. Solo lo separaban unos metros de los hermanos. El mayor lo llamó a voces al advertir que se había parado en la margen, se quitaba el abrigo y se lo enfundaba del revés. Los demás se giraron para ver qué ocurría. Ninguno tuvo tiempo de reaccionar. En menos de un segundo, el chiquillo se tiró de cabeza al agua. Corrieron hacia él, gritaron, pero nada pudieron hacer por socorrerlo. El cuerpo se deslizaba ya río abajo como una hoja arrastrada por el viento, imposible de alcanzar.

El mayor indicó a los pequeños que lo siguieran para no perderlo de vista mientras él avisaba a los padres. Avanzó hacia la casa a toda velocidad, como un enajenado, con lágrimas de impotencia. La imagen de Jaime arrastrado por la corriente se quedó grabada en sus retinas, le golpeaba el entendimiento y aprisionaba de angustia su corazón infantil.

Nada pudo hacer tampoco el padre, a pesar de que se lanzó al río y buscó al niño con desesperación.

Unos días después, lograron localizar el cadáver. El símbolo del infinito había aparecido en su frente. Nadie supo explicar cómo.

La familia lloró la desgracia de por vida, preguntándose qué había llevado a Jaime a cometer semejante locura.

10 - LA LLAMADA

Sevilla, viernes, 15 de febrero de 2019

Muy temprano, Nacho Aguilar, el director del periódico SeviDiario, recibe en su despacho una llamada un tanto tenebrosa de un desconocido.

—¿Quién es usted?

—Un amigo, de momento. Y procure que siga siendo así, mis enemigos no han podido contarlo.

—¿Está de broma? Sepa que no tengo tiempo para estupideces.

—Yo tampoco, me alegro de que al menos coincidamos en eso. Preste mucha atención: la noticia del suicidio de Samuel Arrubal es falsa, una absoluta patraña. Debe retirarla de inmediato.

—Pero… ¿Cómo se atreve a…? ¡Dígame con quién hablo!

—Mi nombre es lo de menos. Hágame caso o lo lamentará.

—¿Me está amenazando?

—Solo le advierto y, ya sabe, quien avisa no es traidor. No le conviene insistir en ese tema. La calumnia es un delito.

—Óigame bien, hemos comprobado la veracidad de la noticia. Nuestras fuentes son fidedignas. Jamás publico nada sin estar seguro por completo. Y no permito que nadie me intimide —rebate Nacho, muy molesto. Se tira del cuello del chaleco porque le aprieta, aunque en realidad lo que lo está presionando es ese tipo desafiante.

—Le informo del lío en el que se ha metido. Hay testigos que confirman la versión oficial y las autoridades tienen pruebas. No le vamos a consentir que ponga en tela de juicio la honorabilidad de Samuel. Siéntase afortunado, le estamos dando la oportunidad de rectificar, algo que no solemos hacer.

—Yo también tengo testigos.

—Pues han mentido. Si no se retracta, en el mejor de los casos se encontrará con una denuncia. ¿Sabe lo que eso significará para su periódico?

—No me lo imagino. Dígamelo usted.

—En primer lugar, el desprestigio y la ruina absoluta. En segundo lugar, hasta podría implicar pena de cárcel. Piénselo.

—Eso es lo que usted dice. Que yo sepa, nadie ha sido encarcelado por difundir noticias. Igual me hago famoso y se disparan las ventas.

—Le aseguro que no. Queda avisado.

En cuanto cuelga, Nacho Aguilar sale de su despacho y, con un humor bilioso, va en busca de la periodista. Por el camino, lo

intercepta uno de los reporteros para informarle de que la rueda de prensa que iba a cubrir se ha suspendido. Lo impacienta escucharlo. Ahora su prioridad es hablar con ella, que recoge unos papeles de su mesa y los mete en la mochila. Se dispone a marcharse.

—Mónica, a mi despacho, ¡de inmediato!

—¿Qué ocurre, jefe? —La joven lo sigue con prisa, con la cazadora de cuero en una mano y la mochila en la otra.

—Cierra la puerta —ordena el director en cuanto Mónica entra.

—¿Qué pasa? —pregunta ella, de pie frente a él.

—¿Estás segura de tus fuentes? La noticia del suicidio… Me han llamado para decirme que hemos mentido. Me exigen que nos retractemos; de lo contrario, nos van a denunciar. Bueno, diría que me han amenazado con algo más fuerte —anuncia el director, con el rostro pajizo.

Mónica deja la mochila y la chupa en una silla.

—Ya te lo dije: la información viene directamente de la policía y de una enfermera del Instituto de Medicina Legal de Sevilla. Yo misma estuve en la morgue y vi el cadáver, te enseñé las fotos, ¿recuerdas? —alega, y cruza los brazos. Sentirse cuestionada la incomoda demasiado.

—¿Y desde cuándo eres forense? No niegan la muerte, sino el suicidio. Ver el cadáver no demuestra la causa del fallecimiento y las fotos… Sí, el aspecto es el de un ahogado, ¿y qué?, eso no desmiente la versión oficial. No nos sirven para nada. Cuando se atreven a amenazar de ese modo es porque tienen las de ganar, ¿no crees?

—Pero la información del policía no tenía resquicios.

—¿No te la habrá jugado?

—Imposible. ¿Por qué iba a engañarme?

—¿Para sacarte dinero? ¿O es que hace filtraciones por amor al arte?

—Confío en él por completo —suelta sin mucha convicción.

Empieza a dudar de lo que ha escrito. Se siente confusa. ¿Sería capaz Ramiro de mentirle con algo así solo para aprovecharse de ella?, se pregunta en una fracción de segundo. Pero el policía en la puerta de la morgue… no estaba allí por gusto. Si hubiese sido una muerte accidental, no habría hecho falta; algo tratan de esconder, eso seguro, deduce al evocar el episodio.

—Según dicen, ellos tienen testigos.

—Yo también. Todavía no he hablado con él, pero he leído una copia de su declaración.

—Enséñamela.

—Mi fuente me indicó que la quemara. —La periodista se lleva una mano a los ojos y se aparta el pelo, comienza a ponerse nerviosa y piensa que ha sido una ilusa por no conservarla. Pero no la habría

ayudado en absoluto, en ella no identificaba a Samuel. Eso prefiere callarlo.

—¡Ja! ¿Cómo se te ocurre? Eres una ingenua. Si hubieras guardado esa prueba, no estaríamos en esta situación, habría sido irrefutable. ¡Si en cuarenta y ocho horas no me traes alguna garantía, deberé retractarme! ¿Sabes lo que eso significa? —Nacho eleva la voz, bastante alterado—. Tienes hasta el lunes. A primera hora quiero la confirmación.

Mónica palidece. Es obvio que, si no convence al jefe, su puesto peligra. Todo lo que ha conseguido está a punto de saltar por los aires. Su carrera, que ha despegado igual que un cohete, se perderá sin remedio en el espacio sideral a la misma velocidad. Su fama se desvanecerá como las sombras al alba. Su imaginación se dispara, ideando catástrofes. Su talante apasionado le impide relativizar.

—¡Di algo, coño! —grita Nacho mientras hace aspavientos con las manos.

—No sé qué decir. El agente no me dará nada por escrito y mi amiga, tampoco. No pueden arriesgarse a que los identifiquen, perderían el trabajo. Y yo nunca lo haría, sería traicionarlos a ellos y a mí misma. ¿Qué clase de periodista no protege a sus fuentes? Prefiero que me llamen mentirosa a caer así de bajo. Incluso si hubiese conservado esa prueba, no podría utilizarla. La única opción es encontrar al testigo, pero en cuarenta y ocho horas… Lo llamé y no atendió el teléfono, le dejé un wasap y aún no me ha contestado. No sé si lo localizaré en cuarenta y ocho horas —se excusa, pero no le confiesa que, en su opinión, el testigo tampoco va a servir de mucho. Ya se lo advirtió Ramiro. En realidad, no hay nada a lo que aferrarse. ¡Ojalá guardara un as en la manga!

—¡Pues consíguelo! De otro modo, tú y yo estaremos acabados. Aunque me da en la nariz que ese testigo no existe y esto tiene muy mala pinta.

11 - LA BECARIA

Sevilla, viernes, 15 de febrero de 2019

Nuria, la becaria, hace unas fotocopias. Es menudita y poco agraciada. Siempre se ha sentido el patito feo de su familia, y de su clase, y de cualquier reunión en la que esté. Claro que a ello han contribuido las veces que la han puesto en ridículo compañeros, mal llamados amigos, y en especial su madre.

Sueña con conseguir un contrato cuando termine el convenio de becaria dentro de dos meses. El éxito sería una forma de resarcirse de esas heridas emocionales, demostrando al mundo y a sí misma que es valiosa. También le serviría para emanciparse. Seguir viviendo en casa de los padres la avergüenza, a pesar de que sea habitual entre los de su edad. Desea ser tan famosa como Mónica. Más que admirarla, la envidia. Y, aunque le cae mal, la trata con amabilidad porque, si logra su recomendación, aumentarán sus probabilidades de quedarse en el periódico.

Pese a que la vieja fotocopiadora emite un ruido rítmico cada vez que sale una hoja por su boca y a que la puerta del despacho del director está cerrada, oye la conversación porque se halla muy cerca y el torrente de voz de Nacho se eleva demasiado cuando se altera.

Suele ser un hombre calmado, comprensivo, un jefe que valora y respeta a los empleados, al que le agrada fomentar un buen clima de trabajo, pero en esta ocasión el suceso lo ha desbordado. Que lo intimiden lo descoloca y dispara todas sus alarmas.

—¿Ocurre algo? —se interesa la becaria y finge cara de preocupación cuando ve salir a la periodista.

A Mónica sí le resulta imposible disfrazar sus sentimientos, es transparente como el agua.

—El director duda de mis fuentes —le responde, abatida.

—Vaya, pues lo lamento. Si puedo hacer algo, basta con que me lo digas —ofrece, ocultando su desgana por pura conveniencia. Su astucia no tiene límites.

—De momento, dame la información que hayas recopilado sobre el consejo de administración del banco. Tal como están las cosas, no sé si servirá de mucho, pero prefiero hacer algo.

—Mira, estoy fotocopiando estos documentos para darte un duplicado. Es todo lo que he obtenido hasta ahora. En cuanto termine, te los llevo. Me queda poco.

—¿Copias? ¿Para qué? No son necesarias. Tráeme los originales y vente conmigo.

Ambas mujeres caminan hasta la mesa de Mónica. Ella se deja caer en la silla y lee el informe de Nuria, que permanece de pie, en espera de instrucciones. Se siente como si la estuviesen examinando. La invade el mismo desasosiego que afloraba en cada prueba durante sus estudios. La inquieta la posibilidad de haber cometido algún fallo y que se lo señale. Le falta confianza en sí misma. Es un poco paranoica, y pesimista, y negativa. Siempre se pone en lo peor. No cree en la bondad de la gente ni en que la vida le pueda sonreír.

—Bueno, veo que no has avanzado mucho.

—Son los nombres de todos los miembros, el cargo que ocupan, sus direcciones y contactos y el porcentaje de participación en las acciones del BankCity. No ha sido fácil conseguirlo —se queja, aunque disimula su fastidio.

—Ya. No quería menospreciar tu esfuerzo. Solo que esperaba saber algo de sus vidas y, en especial, de la relación que mantenían con Samuel Arrubal. Tal vez no te di bien las indicaciones. Agradezco mucho tu ayuda, de verdad. No me lo tengas en cuenta. Hoy soy incapaz de apreciar nada. ¿Seguirás indagando? Me vendrá genial.

—Lo intentaré, pero soy periodista, no detective privada —lanza la frase con enojo. No puede contener el enfado, pero enseguida se arrepiente y rectifica—: No me hagas mucho caso, es que necesito el trabajo y veo que no hay demasiadas posibilidades. Le pregunté al director hace unos días y me dijo «ya veremos» en un tono que… Se le notó que no quería quedar mal y prefirió darme largas. —Pone ojitos de cordero a punto de ser sacrificado. Ir de víctima es ya una costumbre, una estrategia recurrente que en muchas ocasiones le da buen resultado.

—Eres muy eficaz, verás como te contrata —dice Mónica con voz compasiva.

«¡Mierda! Siempre la pago con quien menos culpa tiene», piensa. Ha picado el anzuelo que le ha tirado la chica. Sabe lo difícil que es para los jóvenes encontrar un trabajo, pero no es momento de sentimentalismos. Está siendo un día infernal.

Nuria se da cuenta y aprovecha para insistir:

—¿Tú crees? Igual, si me echas un cable…, el dire se decide. Te considera una gran profesional y seguro que confía en tu criterio. —Da media vuelta y se dirige a su mesa sin esperar respuesta. Le ha lanzado otro cebo e intuye que es mejor tener paciencia.

Mónica lo recoge, aunque calla. Sale del periódico para llamar a Ramiro. Presiente que no le va a gustar, pero le urge hablar con él y quiere hacerlo sin que nadie se entere.

—Te dije que no llamaras.

—Es una emergencia. Necesito alguna prueba. Me están tachando de mentirosa.

—En eso no puedo ayudarte, me meterías en un compromiso.

—Por favor, todo se irá al traste si no consigo algo que acredite mi versión —ruega con bastante inquietud—. Dame al menos los nombres de los amigos que lo acompañaban esa noche. Supongo que ya los sabrás.

—¿Qué estás dispuesta a pagar?

—Vamos, ya te pagué con creces, no seas miserable. ¿Para ti todo es cuestión de dinero?

—No he dicho cuánto, sino qué.

—¿De qué hablas? ¿Qué es lo que quieres?

—Una cita, con sexo incluido. Y te doy detalles de sus declaraciones.

Mónica se queda perpleja. Jamás hubiese imaginado que Ramiro le hiciera tal proposición. Cuelga sin pronunciar palabra. ¿Está dispuesta a perder la dignidad por mantener el prestigio y la fama?

12 - LA CACERÍA

Cazorla, viernes, 8 de noviembre de 1850

En mitad de la sierra de Cazorla se alzaba un caserío de dimensiones considerables. Para acceder a él, había que cruzar un frondoso bosque y franquear los escarpados montes que lo rodeaban. Situado en un valle próximo al nacimiento del río Guadalquivir, abundaba flora y fauna de lo más variopinta: robles, sauces, pinos, encinas; narcisos y geranios, entre otras flores; lechuzas, halcones, águilas reales, cabras montesas… y multitud de animales muy apreciados por los cazadores.

El patio central del caserío constaba de un pozo en el medio y de variedad de árboles frutales, entre ellos, algunos naranjos que lo engalanaban. En primavera, desprendían un exquisito aroma que deleitaba a cualquiera que por allí rondase. Alrededor del patio, se elevaban dos plantas en forma de «L», una construcción sencilla de fachada blanca cubierta de tejas. En el frontal de la parte baja, se hallaba la sala que servía de comedor, repleta de los trofeos de caza de los que el dueño se vanagloriaba. Una gran mesa ovalada junto a numerosas sillas y diferentes vitrinas llenas de figuras de porcelana vestían además la estancia; la cocina, enorme, varias alacenas y una habitación en la que guardaban los utensilios para la caza completaban la planta.

Tanto en el lateral izquierdo como en el derecho, se sucedían los dormitorios y diversos aseos. Un ala, para la familia y los invitados; la otra destinada a los sirvientes. Una nave aledaña, con bastante paja, resguardaba a la caballería. En dos recintos más alejados, se alojaban a los cerdos y a las gallinas.

Indalecio, un maduro terrateniente con residencia en Sevilla y amigo del dueño de la finca, viajaba desde hacía seis días en un carruaje de dos caballos, en compañía de un par de criados. Llevaba de refresco otras tres monturas, atadas a la parte trasera del carro. De vez en cuando paraban para que el latifundista estirara las piernas. La silueta robusta, algo mustia por el cansancio, se perdía en la lejanía y, al rato, regresaba recompuesta.

Esa noche, llegaron al caserío un total de ocho hombres, incluido Indalecio, todos adinerados, para disfrutar ese fin de semana de una atrayente cacería. Cabezas de ciervos y jabalíes, hasta la de algún zorro, pasarían a decorar las paredes de las casas de los participantes, coleccionistas de trofeos disecados.

Conforme iban entrando los monteros, una criada los atendía, les mostraba sus habitaciones y les preparaba el aseo.

Los mozos auxiliares habían organizado todo lo necesario para salir temprano: escopetas de doble cañón, cartuchos, cananas de cuero, navajas…

A las seis y media de la mañana, los cazadores se reunieron, ya equipados. Los sirvientes les entregaron unos bocadillos, que ellos comieron mientras charlaban, distendidos. Los más experimentados contaban anécdotas de sus hazañas en anteriores monterías.

El dueño de la finca dio instrucciones:

—Formaremos tres grupos de una tríada cada uno. Indalecio, tú vienes conmigo y con Javier. Vosotros agrupaos como queráis. Por lo general, mis cacerías son más numerosas, pero quería que esta fuese especial en honor a vosotros. Cada grupo ocupará un puesto: cubriremos la cuerda, el sopié y la traviesa. Ahora mismo sorteamos las posiciones. Mirad, aquí tengo tres varillas. —Las sacó del bolsillo del chaquetón y las mostró—. El que coja la más larga va a la cuerda; el que extraiga la mediana, al sopié, y el que se quede con la más corta, a la traviesa. Con cada uno de los tríos irá un auxiliar para indicar el lugar donde apostaros. Los demás llevarán la jauría y no la soltarán hasta que todos estemos bien colocados. ¿Alguna duda?

—Es mi primera cacería y carezco de experiencia. No quiero meter la pata. Si necesito alguna otra información, agradeceré que me la des —pidió Indalecio un tanto abochornado.

—No te preocupes, por eso vienes en mi grupo, al igual que Javier. Sois los novatos. Yo os haré recomendaciones cuando haga falta.

El dueño de la finca alineó las varillas en su puño, del que solo sobresalían unos extremos para que nadie notase la diferencia de extensión. Alargó el brazo y cada grupo escogió una. Él se quedó con la que dejaron, la larga, que correspondía a la cuerda, la posición más alta, al lado del nacimiento del río.

—Vamos a divertirnos, amigos —dijo el hombre, y todos salieron hacia el monte con gran expectación y entusiasmo.

Una vez en sus puestos, soltaron a los perros, en su mayoría podencos y mastines, que corrieron frenéticos y, como enloquecidos, ladraban sin parar. Los cazadores aguzaban el oído y la vista, a la espera de que el alboroto de la jauría hiciera salir a los animales. El sonido del agua golpeando las piedras del río resonaba a lo lejos. La humedad ascendía del suelo. La hierba mojada resplandecía con un verdor intenso. Y una tenue neblina abrazaba los árboles y los matorrales. Olía a campo y a tierra, a pino piñonero, a tomillo y a lirio silvestre.

Un venado majestuoso con astas de doce puntas cruzó por delante del grupo de Indalecio.

—Apuntad. Ahora apretad el gatillo —dio la señal el dueño de la

finca.

Se oyeron dos disparos fallidos. Y, un poco después, varios más procedentes del otro grupo.

—Vienen de la traviesa. Espero que ellos hayan tenido más suerte —dijo el anfitrión.

—¡Vaya mala puntería! —se quejó Indalecio.

—Ten paciencia, amigo, esto es cuestión de insistir. Las primeras veces se suele fallar. En la vida, primero hay que aprender y luego entrenarse con empeño. ¿Qué quieres, llegar y besar el santo?

La mañana transcurrió en un soplo. La niebla hacía bastante tiempo que se había disipado y un sol muy tímido lanzaba rayos tan desvalidos que apenas calentó la atmósfera. El frío de noviembre se introducía en los huesos de los hombres, a los que de poco les servían los chaquetones y los gorros de lana.

A pesar de la inexperiencia, Indalecio logró dos trofeos: un jabalí de notable peso y un ciervo de seis puntas, que los postores recogieron. La adrenalina lo sacudía, la sensación de matar era inigualable. Nunca había sentido un poder así, similar al de un dios que decidía a quién quitar la vida. Hasta se percibía de mayor tamaño. Y las felicitaciones de sus compañeros terminaron de engordar su ego, que parecía un globo enorme a punto de estallar.

A las dos de la tarde, se encaminaron hacia el lugar donde habían acordado encontrarse con el resto de los cazadores para descansar. La cocinera había preparado unas migas con chorizo, que solo con su olor ya abrían el apetito y esperaban a ser devoradas.

Indalecio, absorto, tomó otro camino, en dirección al río. Un susurro, inaudible para los demás, había penetrado en sus oídos por tres veces: «Odalortolanev».

—¡Eh, amigo, es por aquí! —le llamó la atención el dueño de la finca.

Sin hacerle el menor caso, el sevillano soltó el arma, se quitó la chaqueta y se la puso del revés.

—Pero ¿dónde vas, hombre? ¿Es que quieres perderte? —preguntó a voces Javier.

Ambos cazadores se habían parado y lo miraban atónitos.

Indalecio llegó a la orilla del Guadalquivir y se lanzó al agua sin pensarlo, preso de una especie de abducción. Debido a la poca hondura, se golpeó la cabeza con las piedras y la agitada corriente lo desplazó a gran velocidad.

Aunque los compañeros acudieron con rapidez, lo encontraron ya ahogado. Lo sacudieron con angustia, intentando que se recuperase. Todo fue inútil. Abatidos, trasladaron el cadáver al caserío. Avisaron al médico del pueblo y a las autoridades, a los que les explicaron lo ocurrido, todavía consternados.

Al examinarlo el doctor, reparó en una misteriosa señal que le surcaba la frente y se movía igual que una culebra, formando un ocho horizontal de líneas centelleantes.

13 - LAS DUDAS DE MÓNICA

Sevilla, viernes, 15 de febrero de 2019

Miedo, dudas, desazón, angustia… Toda una gama de emociones inquietantes sacude a Mónica.

—Tengo que pensar algo y rápido. No puedo permitir que me tachen de inepta. Mi profesión es mi vida; sin ella, ¿quién seré? Un fracaso absoluto. Una sombra de mí misma, alguien sin sentido, ni rumbo ni sostén. ¿Qué pensará mi familia? ¿Y mis amigos? ¿Y mis lectores? —pronuncia aquello que le dicta su voz interior más torturadora.

»¡Me va a estallar la cabeza! —se queja otra parte de sí misma.

En su casa, a punto de acostarse, da vueltas a mil ideas descabelladas. En un soliloquio insólito, dos Mónicas se preguntan y se responden, se argumentan y se rebaten. Son su ángel y su demonio, nada extraño. Suele escucharlos cualquier humano, máxime cuando se halla en un momento crucial. Y Mónica se siente al filo del precipicio. Para ella siempre es todo o nada, o blanco o negro. Desaparecen los colores intermedios, los matices, solo existen los extremos. Y en especial si se trata del trabajo y de su reputación. Pone demasiado empeño en esa faceta de su vida, como si las demás no tuvieran importancia o su identidad se circunscribiese al área laboral.

—El mundo se reirá de mí. No soportaré el ridículo. Acabada, sí, estaré acabada por completo.

»Necesito un poco de calma, pensamientos positivos. Así no arreglaré nada. Vamos, deja de imaginar catástrofes, no anticipes el futuro. Cuando llegue, habrá que afrontarlo, pero mientras céntrate. Debes confiar en ti. El miedo te atrapa, te conduce a aquello que temes o te impide avanzar. Eres fuerte e ingeniosa. Sabrás salir de esta, como has sabido otras muchas veces, no lo dudes. Buscar soluciones es la mejor opción.

»¡No se me ocurre ninguna! ¡Me falta el aire! Me tiemblan las piernas y mi corazón corre como una locomotora sin frenos.

»Respira, venga, respira y repite con seguridad: yo soy valiosa, yo puedo arreglar esta situación. ¡Vamos!, ¡claro que sí!

»Pero ¿por qué? ¿Por qué me meto en estos líos? Soy una estúpida.

»No te machaques.

»Más me valdría quedarme bien callada y quietecita. No aprenderé nunca.

»Acéptate tal como eres. Reconoce tus virtudes. ¡Deja de

martirizarte!

»¡Y una mierda!

Se toma una infusión de tila. Se acuesta al cabo de un rato, pensando que ya está más calmada, pero al minuto vuelven las dudas, y el miedo, y la angustia. El corazón le late como un tambor de guerra. La presión en el pecho es dolorosa. Le sudan las manos, y la frente, y la espalda. De nuevo, se levanta, se mira en el espejo. Tiene ojeras y la piel de la cara, blanquecina. Sale a la terraza. Se fuma un pitillo con ansia.

El presentimiento aciago de que su vida está en peligro es el verdadero resorte que le ha disparado la inquietud, pero lo enmascara con el temor a perder el trabajo o quedar relegada al olvido.

El tenue fulgor de las farolas apenas espanta la oscuridad de la calle desierta. El cielo, como un vacío negro, se desploma sobre los tejados. La humedad, que impregna el ambiente y se posa en los edificios, puede respirarse. A esas horas, el silencio se ha impuesto. Solo lo rompen el maullido de algún gato famélico y el alboroto mental de la periodista.

El aire fresco le sirve de bálsamo, pero no acaba con su desasosiego. Ahí, en mitad de la noche, se percibe pequeña, impotente, como una triste marioneta movida por los hilos del destino. Y esa sensación de debilidad la turba, no soporta perder el control de su vida. Se fuma otro cigarro, y otro, y otro, los empalma con ansiedad. El humo la envuelve, y la invade, le reseca la garganta, y le encoge los pulmones.

Se acurrucaría en los brazos de su madre. ¡Cuánto la echa de menos! Recuerda su infancia, los momentos en que la protegía y se sentía a salvo de todo mal. Cualquier temor que la rondase, su madre lo espantaba a manotazos tenues, con su sonrisa cálida, con su mirada amorosa, con su sólida presencia. Entonces la veía como un refugio inexpugnable, siempre disponible, e invicta.

Entra en el piso y se enrosca en el sofá. Deja encendida una lámpara de mesa y trata de distraer al miedo leyendo una novela romántica que descarga en su lector de libros electrónicos. No suele elegir este género, prefiere el suspense, pero piensa que es el más apropiado para calmarse. A las seis de la mañana, se rinde al sueño.

14 - EL GUADAIRA

Sevilla, lunes, 8 de noviembre de 1706

En Alcalá de Guadaira, más conocida como Alcalá de los Panaderos, se extendía un vasto trigal. La localidad había alcanzado fama por las numerosas panaderías en las que se fabricaba el exquisito pan blanco que abastecía a Sevilla y a los territorios aledaños. Los molinos harineros, de construcción árabe, salpicaban las riberas del Guadaira, que cruzaba la población. El caudal abundante de este río se incrementaba a su paso por esas zonas húmedas y frondosas gracias a los distintos arroyos que lo nutrían.

La familia de Anastasio, propietaria de gran parte de las tierras desde tiempos inmemoriales, poseía siete molinos. Cada uno de ellos constaba de una nave principal, en la que se albergaba el mecanismo hidráulico: dos piedras enormes, una fija y otra que rotaba sobre su eje movida por la corriente, rozaban entre sí, moliendo el cereal. Las naves se hallaban cubiertas por una bóveda de cañón y estaban flanqueadas por una torre en la que almacenaban el grano.

Aquel día, Anastasio, el hijo mayor, salió del palacete de Sevilla montado en un carruaje para hablar con los arrendatarios de sus tierras. Iba vestido con una casaca roja, corbatín y unos pantalones negros que le llegaban hasta las rodillas, y calzaba borceguíes de color marrón oscuro. Cubría su cabeza con un sombrero de ala corta y el largo cabello moreno le rozaba los hombros.

Ante la puerta de un molino donde hablaban dos labradores, el cochero bajó del pescante y le abrió la portezuela. El terrateniente descendió con elegancia.

Pedro, que se ocupaba de los cultivos colindantes, había ido a buscar a Benjamín para que le prestase una herramienta. Ambos se sorprendieron al ver al señorito Anastasio. Su aspecto contrastaba con el de este, no solo por la calidad inferior de la ropa que vestían los campesinos, sino también porque iban en mangas de camisa; el trabajo duro calentaba los cuerpos y los curtía de tal modo que apenas notaban el frío ni la humedad.

—¡Señorito, dichosos los ojos! La última vez que vino usted era un jovenzuelo travieso. ¿Qué le trae por aquí? —saludó Benjamín, saliéndole al paso.

—Buenos días. Quería comunicarles que, tras el fallecimiento de mi padre hace dos semanas, me encargo yo de los negocios —explicó Anastasio con formalidad y manteniendo las distancias.

—¡Válgame Dios! No sabe cuánto lo siento. El bueno de don Juan.

Qué triste noticia —dijo el hombre, en verdad afectado.

De fondo, se escuchaba el agua moviendo el rodezno y la fricción de las muelas del molino, y en la lejanía, el ladrido de unos canes.

—Lo acompaño en el sentimiento —intervino Pedro, que se aproximó también—. Su señor padre era muy apreciado.

—He visto que algunos de los contratos de arrendamiento vencen dentro de unos días, entre ellos, los vuestros, así que me viene estupendamente que estés aquí, Pedro, para no tener que repetirme —Anastasio fue directo al grano, sin siquiera dar las gracias por el pésame.

—Ya, son cuatrienales, y se vienen prorrogando desde hace doce años. No debe preocuparse por nada, se renuevan de forma automática —apuntó Benjamín.

—Lo sé, pero quiero llevar a cabo algunas modificaciones y ahora es el momento. No estoy de acuerdo con que no haya habido ninguna revisión del pago. Lo lógico es que el arrendamiento salga a subasta al cumplirse el contrato, pero el bueno de mi padre nunca lo hizo. Y tengan en cuenta que, además de la cosecha, disfrutan del molino y de la vivienda. La cuota anual no me conviene, me interesa al menos semestral.

A los dos labriegos se les mudó el rostro, igual de preocupados.

Anastasio sacó un documento del bolsillo del abrigo y lo leyó:

—Según consta en el contrato, Benjamín, tú pagas siete mil reales, dos carros de carbón, tres cerdos, doce gallinas y treinta fanegas de harina. A partir de ahora, pagarás esa cantidad dos veces al año. Y lo mismo te digo, Pedro; en tu caso, que tienes menos extensión de tierras, el pago ascendería a cinco mil reales, un carro de carbón, un cerdo, siete gallinas y veinte fanegas de harina, también en pagos semestrales, es decir, dos veces al año esto mismo.

—Señorito, eso es imposible. Ya nos cuesta cumplir con lo pactado. Hay años de muy malas cosechas, por el clima, por las plagas o por tantos otros imprevistos que nos surgen. A pesar de ello, entregamos puntuales el pago, nunca hemos fallado.

—¿Sabéis cuántos campesinos se sentirían afortunados de labrar estas tierras? Si no os interesan las nuevas condiciones, cuando venzan los contratos las sacaré a subasta. Y no dudéis de que habrá una larga cola solicitándolas.

—Por favor, no nos haga esto. Tenemos chiquillos a los que alimentar. ¿Qué va a ser de ellos? Recapacite —pidió Benjamín con tono de súplica y el rostro descompuesto.

—Está decidido.

—¿Qué pensaría su padre? Estoy seguro de que no le parecería correcto. Siempre fue justo con nosotros —alegó Pedro.

—Yo diría más bien que fue demasiado condescendiente. No

comparto sus métodos, y a pesar de que le aconsejé en más de una ocasión sobre cómo mejorar sus rendimientos, nunca me hizo caso, pero ahora el dueño soy yo.

Los tres seguían de pie, al lado de la puerta del molino; Benjamín junto a Pedro, y los dos frente al arrendador. Este mantenía una postura estirada, tanto en el cuerpo como en la cara.

—Se lo ruego, comprenda que…

En ese instante, algo que pasó inadvertido para todos, distrajo la atención de Anastasio. Dejó al hombre con la palabra en la boca y le dio la espalda. Se dirigió hacia el río como si un imán lo atrajese.

Pedro y Benjamín se quedaron mirándolo, sorprendidos de su reacción y angustiados por las malas noticias que acababa de darles.

El latifundista caminó unas doscientas varas y se asomó al cauce. Se quitó la casaca, se la puso del revés y se lanzó al agua.

Los labradores corrieron hacia el punto desde el que Anastasio había saltado, pero no lograron verlo. Benjamín, que sabía nadar, se tiró al río. Buceó unos metros, hasta que la falta de aire lo obligó a subir. Volvió a sumergirse, pero no lo hallaba por ninguna parte. Después de un largo rato y varios intentos, lo dejó por imposible.

Consternados, los dos hombres se aproximaron al cochero. Benjamín iba chorreando.

—¿Lo ha visto? ¡Se ha lanzado al río y ha desaparecido! Así, de pronto. ¡Ay, Dios mío! ¡Y no he podido encontrarlo por mucho que lo he buscado! Me temo que se haya ahogado —confesó Benjamín, llevándose la mano a la frente.

—No, desde mi posición no he visto semejante desatino. He vivido cosas muy extrañas en esta familia, pero ninguna similar; aun así, ya no me sorprendo de nada —dijo el cochero sin inmutarse. O poseía un alma igual de helada que un iceberg, tan gélida como el viento que azotaba los campos, o se había contagiado del frío de la mañana.

—Avise a las autoridades, hay que dar parte, ¡qué tragedia! —sugirió Benjamín—. Yo voy a secarme y a cambiarme estas ropas, que estoy a punto de coger una pulmonía.

—¡Es incomprensible! Estaba hablando con nosotros, tan normal y… ¡Me cago en mis mulas! De haber imaginado lo que se disponía a hacer, lo hubiese impedido, pero ¿quién iba a pensar que cometería esa locura? —dijo Pedro, alterado.

El cochero cogió las riendas y arreó a los caballos. Con parsimonia, se alejó del molino. Era evidente que no le tenía aprecio a Anastasio y que no le importaba en absoluto su fatal desenlace, porque se comportaba como si la desgracia no hubiera sucedido.

Tres días más tarde, el cuerpo de Anastasio apareció flotando en las cercanías de Gelves. Nadie pudo explicar a qué se había debido ese

suicidio ni por qué un ocho horizontal, que daba la impresión de tener vida propia, marcaba su frente. Tampoco averiguaron qué motivo lo llevó a ponerse la casaca del revés.

15 - EL TESTIGO

Sevilla, sábado, 16 de febrero de 2019

En cuanto cuelga el móvil, Mónica Smith se dirige hacia la Torre del Oro, donde ha quedado con el testigo. El monumento almohade, como un vigía de otra época, se alza a orillas del Guadalquivir, observa las aguas mansas y el discurrir del tiempo, dispuesto a defender la ciudad de posibles enemigos, inconsciente de que ahora solo la invaden turistas de procederes pacíficos y ávidos de curiosidad.

Toma un taxi en la ronda de Capuchinos, que a estas horas está colapsada de tráfico, y tarda más de treinta minutos en llegar. Teme que el retraso le impida hablar con el hombre. «Si se cansa de esperar y se marcha…», piensa. Le envía un wasap para avisarlo. «Mejor ser precavida», se dice.

El sol comienza a caer y el cielo muestra una luz azulada que se mezcla con tonos rosados. Una Sevilla de postal se yergue en el horizonte y embruja a cualquiera que la mire.

Hay mucha gente en los alrededores del río. Unos pasean, otros hacen *footing*, algunos se desplazan en piraguas, los menos contemplan el atardecer y las ondas del río, sentados en los bancos cercanos, y la mayoría se divierte tomando copas en los veladores de los bares colindantes, cuya música anima el ambiente. Varios perros juegan, olisquean la hierba, corren y ladran.

Él, de pie al lado de la torre, sabe que es ella en cuanto la ve acercarse. La periodista le ha descrito la indumentaria que iba a llevar: un pantalón negro de pitillo, una cazadora roja y una boina del mismo color.

A medida que se aproxima, el corazón le late con más fuerza y tan rápido como el de una musaraña. Esta sensación lo desconcierta, le es demasiado ajena, recuerda haberla sentido solo una vez.

—¿Mónica Smith? —acierta a preguntar con su inconfundible acento inglés. Teme que se le note la emoción.

—Muchas gracias por contestarme y aceptar esta entrevista —responde mientras observa la peculiar indumentaria del tipo. Lo que más le llama la atención es el bastón que porta, por no ser propio de un hombre que no parece mayor. Le cuesta calcular su edad, pero no cree que tenga más de treinta y pico años, como mucho unos cuarenta.

—Lamento no haberlo hecho antes, me quedé sin batería y no encontraba el cargador. He tenido que comprar otro. Esto de la tecnología… no es lo mío.

Hunter la mira embelesado, a punto de que se le salten las

lágrimas. Siente que un recuerdo lejano se está materializando, que el pasado se hace presente de nuevo. Trata de lidiar con las imágenes que le vienen a la cabeza. Los saltos en el tiempo se superponen, se funden, y lo perturban.

Ella, ajena a los sentimientos que provoca en el peculiar sujeto, va directa al grano:

—Señor Black, como ya le comenté por teléfono, necesito que confirme que usted fue testigo del suicidio de Samuel Arrubal. Para mí es muy importante tener algún documento que así lo acredite porque me están tachando de mentirosa, me quieren desprestigiar y… Si fuese tan amable de redactar y firmar lo que vio, se lo agradecería de corazón, tanto como le agradezco que haya aceptado esta cita y…

—*Surely*[2]. No tengo inconveniente en narrarle lo que presencié ni en ponerlo por escrito, pero la verdad es que no sé quién era ese individuo.

Mónica saca el móvil y busca en su galería la foto del suicida.

—Mire, este es Samuel. ¿Fue el hombre que usted vio saltar?

Hunter Black guarda silencio unos segundos y aparenta examinar la imagen con detenimiento. Se le da muy bien fingir. Y está orgulloso de ser un artista de la mentira. Carece de principios.

—La verdad es que no puedo asegurarlo. Estaba oscuro y lo vi de lejos, no distinguí su rostro. Podría ser él o cualquier otra persona. Crucé la avenida y, cuando llegué, no había nadie en el agua, solo los reflejos de las farolas y las ondas expandiéndose —habla en un tono sosegado, dulce, que contrasta con la inquietud que observa en ella y oculta la que siente él.

Mónica guarda el móvil. El semblante serio muestra su decepción. Aunque no esperaba mucho de esa entrevista, no puede evitar el desánimo. Los hombros doblegados la delatan. Siente que el peso del mundo le cae encima y la aplasta; que la única oportunidad que tenía de mantener su versión se ha esfumado como el humo de un cigarro.

«Me he precipitado. Mi carrera está acabada. Y mis sueños… jamás podrán cumplirse. ¿Cómo he sido tan ingenua?», piensa. Su mente gira como un torbellino mientras que esa pesadez inmensa se apodera de su cuerpo. El negativismo la posee.

—Lamento no serle de más ayuda —añade Hunter, que se da cuenta del abatimiento de Mónica—. Grabaré su número de teléfono por si recuerdo alguna otra cosa que pueda ser de su interés, pero me temo que no tengo más detalles que aportar.

—Gracias de todos modos, de verdad, ha sido muy amable.

—Si quiere, podemos tomar algo —ofrece Hunter, que pretende prolongar el encuentro, sin quitarle la vista de encima. ¡Desea tanto abrazarla! Está muy sorprendido. Hacía demasiado tiempo que no sentía esos anhelos.

—Pues… ya me gustaría, pero tengo prisa —rechaza ella con cordialidad.

—Estaré pocos días en Sevilla y me encanta interactuar con los nativos. Me resulta usted muy agradable y me apetecería conocerla mejor.

—Lo lamento; como le digo, hoy me es imposible.

Hunter se da cuenta de que insistir no le servirá. Le tiende la mano y ese contacto lo traslada otra vez al pasado. «¿Es posible que sea ella? Tal vez me equivoco. No, no, estoy seguro», piensa.

La ha reconocido en cuanto la ha visto acercarse, no solo por el físico, sino también por el alma inocente y pura. Desde luego que volverá a llamarla, no perderá la oportunidad que el destino le brinda.

La mirada de Hunter, intensa, gélida y abrasadora, penetra los ojos de la periodista. Un aroma antiguo le viene a la mente, en la que se suceden imágenes de una época lejana, como si el tiempo se hubiese rasgado y por la grieta se hicieran presentes escenas pretéritas.

Ella se siente intimidada. Esos ojos especiales, contradictorios, la atraen y la asustan. Parecen desnudarla; pero, más que el cuerpo, le desnudan el espíritu: se introducen en sus más recónditos lugares y descubren cualquier secreto que allí albergue. ¡Y no le suelta la mano!

Tras su marcha, Mónica se deja caer en uno de los bancos que salpican la orilla y su vista se pierde en las aguas del río, mansas y onduladas. Algo que no sabe definir se le remueve dentro. La presencia de Hunter, su mirada, su contacto, le han impactado de tal modo que se estremece al evocarlo.

16 - EL FOTÓGRAFO

Sevilla, lunes, 18 de febrero de 2019

Mónica tiene cara de pocos amigos. Se resiste a redactar el artículo que le ha ordenado el jefe. La imposibilidad de acreditar que Samuel Arrubal se ha suicidado la obliga a retractarse. Es la primera vez que le ocurre algo así. ¡Terrible para ella!

—¿A qué viene esa jeta? ¡Traigo buenas noticias! He estado trabajando en el caso este fin de semana. Deberías agradecérmelo —suelta Pablo con bastante alegría mientras arrastra su silla giratoria y se sienta al lado de su mesa.

—No estoy de humor, Pablo —se limita a decir. Su voz muestra decaimiento. Ni siquiera lo mira, mantiene la cabeza baja, si la levantara, sus ojos tristes también la delatarían.

—Pero ¿qué te pasa, chica?

—A no ser que me digas que traes pruebas irrefutables del suicidio de Samuel, mejor te callas. No tengo cuerpo para escuchar nada más.

—¿Me vas a contar qué ha pasado o esperas que te ruegue?

—¿No te lo imaginas?

—¿Te han despedido? —pregunta, un tanto preocupado, a la vez que se ajusta las gafas con el dedo índice y se acerca un poco más a la mesa. Mira la pantalla del ordenador, esperando encontrar ahí la respuesta.

—¡Es lo que me faltaba! Tengo que retractarme. ¿Sabes lo que eso significa? ¡Mi reputación se irá al traste! Mis detractores se reirán en mi cara. Los empresarios corruptos del BankCity se saldrán con la suya. El dire no volverá a confiar en mí. ¡Estoy acabada! —expone con velocidad y energía, dejando patente que la ira se ha impuesto a la pesadumbre. Ha levantado la cabeza y lo mira de frente.

—¡Venga ya! No dramatices, tampoco es tan grave. Otros grandes profesionales han cometido fallos y eso no destruyó sus carreras. Además, te va a gustar lo que he averiguado, estoy seguro. En 1912, otro miembro de la familia Arrubal fue encontrado de la misma forma. Pero ahí no queda la cosa: ídem en 1850 y en 1706. ¿No te parece muy interesante? A mí sí. Creo que es magnífico. Soy un hacha. —Gira en la silla con movimientos cortos, como si con el balanceo quisiera atrapar la atención de Mónica.

—Sí, es curioso, no te lo voy a negar —manifiesta ella, falta de entusiasmo.

—¡Chica, despierta! Es un patrón. Algo ocurre en esa familia,

como si una maldición los persiguiera. Tenemos un hilo del que tirar. —Sus ojos emiten un brillo de enamorado. La timidez le impide confesarle sus sentimientos, teme no ser correspondido; pero la ama, con devoción, con locura, como no lo ha hecho desde hace tanto tiempo, tanto que…

—Dame detalles —pide, con más interés. Ya no frunce el ceño. Su mirada, antes ensombrecida, ahora resplandece con expectación.

—El viernes, después de irme, se me ocurrió indagar en el apellido Arrubal. Pensé que en internet habría muchos datos de una familia tan famosa, pero no fue fácil dar con ellos. Trabajé toda la tarde y, cuando ya creía que iba a ser una de esas jornadas infructuosas de las que más vale olvidarse, llegué a una página en la que se mencionaba la muerte de un tal Jaime Arrubal, un chaval de doce años. —Hace una pausa, pero como ella no interviene, continúa—: Y, mira por dónde, es un antepasado del actual fallecido. Sucedió en Madrid, en 1912. Entonces no tuvieron problemas en hablar de suicidio. Lo encontraron en el fondo del Manzanares, después de dos semanas desaparecido. ¿Y sabes qué es lo mejor?

—Dímelo tú y déjate de intrigas.

—Tenía la misma marca en la frente: un ocho horizontal. No puede deberse a una casualidad ni a una coincidencia, es algo demasiado peculiar. Seguí buscando, pero no hallé mucho más sobre ellos, solo sobre ese símbolo. Como sabrás, representa el infinito en matemáticas. Pero también hace referencia a lo espiritual: el pasado y el presente, el principio y el final, la resurrección y la vida eterna. Se le considera el número del iniciado, aquel que supera las siete fases del despertar y atraviesa los siete cielos. Está compuesto de dos serpientes entrelazadas: el enlace entre lo divino y lo humano. En general, es un símbolo positivo que mantiene el equilibrio de energías antagónicas y al que se le confieren propiedades sanadoras. Pero, en ocasiones, se asocia al mal porque la cruz de Leviatán o de Satán lo contiene en su base. En estos casos, señala que el diablo es dueño del que lo porta, que lo está sometiendo a una tortura reiterada durante tantas vidas como el número indica.

—¿Y qué más da lo que represente el ocho?

—Aún no he terminado, mujer de poca fe. Soy una persona de recursos. Al no encontrar más información sobre la familia Arrubal, llamé a un amigo, un erudito de la historia de España e investigador riguroso. Le puse al tanto de lo que tenía entre manos y me dejó a cuadros. ¿Sabes qué me dijo?

—¡Por Dios! ¡Dilo de una vez! ¡Me estás poniendo nerviosa!

—¡Jo! ¡Qué carácter, chica! Desde luego, este tema te afecta. He quedado con él esta tarde para que te lo cuente en persona. Es tan sorprendente que pensé que no me creerías y también que te gustaría

conocerlo de primera mano. Ha estudiado a los Arrubal a fondo. Tiene datos y documentos que se remontan varios siglos. Y son pruebas contundentes. Esperaba tu agradecimiento y no estos desaires.

—Discúlpame, Pablo. Comprende que hoy es muy mal día para mí por lo que te he explicado antes. —Ella le agarra el brazo y se lo presiona con suavidad—. No me lo tengas en cuenta y adelántame algo más, has desatado mi impaciencia. Si todo eso es cierto…, ¡qué pasada! ¡Me salvaría la vida! ¡Ahora mismo te comería a besos!

El fotógrafo sonríe. Y piensa: «¡Hazlo! ¡No te quedes con las ganas, que más tengo yo!». Pero no le pone voz a su deseo, por el contrario, trata de disimularlo.

—Mi amigo es un investigador apasionado de esa familia. Se llama Hunter Black. Y, mira por dónde, ahora está en la ciudad. Los astros se alinean para serte favorables. Si admitiera que los milagros existen…

—¡No es posible! ¡Es el testigo!

—¡Vaya! Pues eso lo hace aún más extraordinario. Nunca he creído en las coincidencias, pero a partir de ahora las tomaré en cuenta. —Pablo se alegra al notar el cambio en Mónica. Verla desanimada le duele más que a ella, y encontrarse de nuevo con un brillo de interés en su mirada le produce una gran satisfacción, aunque no es completa, en el fondo le preocupa lo que le acaba de decir.

—Pero ¿tú de qué lo conoces?

—De cuando estuve en Londres estudiando inglés. Fue uno de mis profesores. Él es un poco mayor que yo, pero conectamos de inmediato. Allí salíamos a diario. Hizo de cicerone y lo pasamos en grande. Hemos mantenido la amistad a distancia. Me avisó de que venía de vacaciones y hemos quedado un par de veces. Y, como te digo, es un erudito de la historia de España, así que le pregunté sobre el tema, y *voilá* —le miente, no se atreve a decirle la verdad.

—Pues es muy raro. No entiendo que a ti no te haya dicho que él fue testigo del suicidio ni a mí que conocía a Samuel.

Pablo calla unos segundos, con el ceño fruncido. En efecto, eso es lo que le preocupa. Sí, hay algo que no le cuadra. ¿Por qué Hunter no le ha contado a Mónica todo lo que sabe de esa familia? ¿Y por qué no le ha comentado a él que se entrevistó con ella? Es obvio que, si ha ocultado todo eso, nada bueno trama.

—Cierto, no lo había pensado —se limita a responder, y guarda para sí sus dudas y sus secretos inconfesables.

17 - EL ANHELO

Cuatro siglos antes

Sevilla, domingo, 11 de junio de 1595

En las Españas de aquella época, no eran muchos los que disfrutaban de una vida holgada y risueña. Los de mayor rango se permitían lujos de toda clase y las mejores viandas, inaccesibles para el resto. Se trataba de los miembros de la realeza y del alto clero, nobles, burgueses, licenciados, militares, hacendados poderosos e hidalgos ricos. Menos suerte le esperaba al pueblo llano: labradores, venteros, criadas, mozas del partido, cuadrilleros, soldados rasos…

Martín, de apenas quince años, hijo y nieto de nobles terratenientes, ya anhelaba servir al rey, vivir grandes aventuras y convertirse en un héroe. Una espada de madera, regalo de un tío carnal, lo acompañaba en los juegos. De día, en el cinto o en la mano diestra, que hacía danzar arriba, abajo, a derecha e izquierda, para arremeter contra adversarios imaginados; de noche, en el catre, como si de un guardián se tratase y cuya única misión fuese velar su sueño. Incluso había sufrido algún que otro altercado con amigos o vecinos por culpa de su afán por guerrear. O salía herido o lesionaba a otros. Inquieto y pendenciero, no había día que no diera un disgusto a la madre.

Si algo lo calmaba era la visión de Mariana, la hija del tabernero más popular del barrio, un hombre muy trabajador y honrado, que tenía lo necesario para mantener a su esposa y a sus cuatro hijas con bastante desahogo. Vivía justo enfrente del palacete de la familia de Martín, la residencia oficial donde pasaban la mayor parte del año. Mariana era muy vistosa para su edad, pues con solo trece años ya exhibía unos destacables senos y una figura esbelta. Llevaba el pelo largo peinado hacia atrás y recogido con un lazo. Sus ojos profundos irradiaban el brillo de la adolescencia; parecían tener imanes. Exhalaba seducción, pese a la inocencia que desprendía.

Cada vez que se encontraba con Martín, percibía la mirada voluptuosa del joven deslizarse por su cuerpo y clavarse en su torso, luego en su sexo y, más tarde, en su nuca. Una mezcla de pudor y vanidad la envolvía. Un sonrojo extremo asaltaba sus mejillas, y saberse el centro del deseo nutría ese garbo que nunca le faltaba. No parecía una chica del vulgo, sino una dama, pues su porte refinado y altivo le confería una dignidad más propia, quizá, de una princesa.

El chico no la atraía, sino al contrario, lo consideraba feo,

desgarbilado y tosco, y jamás le dio señales que pudieran confundirlo. Pasaba por su lado con indiferencia, ignorando las ansias que le adivinaba, pero le agradaba sentir que gustaba y la admiraban.

Él permanecía inmóvil, contemplando esa belleza exquisita alejarse calle abajo, aunque en su fuero interno la excitación del enamoramiento lo enardecía. Notaba bullir la sangre, ascenderle un calor repentino, abrírsele el pecho, encogérsele el estómago y burbujearle los genitales, unas sensaciones hasta entonces desconocidas. Y una vez que la silueta adorada desaparecía al doblar la esquina, aún se mantenía un buen rato estático y cautivado, de igual modo que si el tiempo se hubiese detenido.

Rememoraba la imagen sublime grabada en sus retinas como un retrato: las botitas negras de las que apenas había visto la punta, la falda rígida de tono grisáceo, el borde de la enagua que asomaba a cada paso, la camisa blanca de cuello redondo y el abrigo de paño negro, más corto que la falda y desabrochado en los botones superiores; elegante, coqueta, sin sortijas ni abalorios. En verdad, no necesitaba de adornos porque su singular belleza resaltaba al natural. Y, a pesar de ser humilde, lucía la vestimenta como si fuese una reina o una diosa.

Luego, Martín estrellaba la espada contra el suelo, como si la culpase de su impotencia. Se reprochaba no haberle salido al paso para cortejarla con soltura. Daba patadas al aire hasta que la rabia de forma gradual se esfumaba. Los arrebatos de furia eran frecuentes en él, pero en estas circunstancias su cólera se incrementaba. Después recogía la espada y se sentaba en el poyo del portalón del palacete, a esperar el regreso de la causante de sus obsesiones y anhelos.

«¿Qué le diría si fuese capaz?», pensaba. «Ojalá tuviera el don de los copleros y, al hablarle, consiguiera seducirla», deseaba.

Se sentía torpe y rudo. La oratoria no era una habilidad que hubiese desarrollado y la música mucho menos. Temía que las palabras se le quedasen atravesadas en la garganta como un tronco en mitad de un riachuelo. O que aquellas que lograra pronunciar fueran motivo de burla. Se imaginaba delante de ella bloqueado, encogido como un pasmarote.

«Tal vez un simple saludo sea suficiente. Puede que, si me atrevo a acercarme, me encuentre una agradable sorpresa», trataba de animarse. Pero era inútil: cuando la chica volvía, permanecía petrificado, de nuevo la miraba absorto, como quien ve por primera vez el mar o las estrellas.

18 - EL PLAZO

Sevilla, lunes, 18 de febrero de 2019

Mónica pide al fotógrafo una copia de la noticia. Pablo abre la carpetilla que dejó en la mesa al llegar y se la entrega.

—Tienes que venir conmigo al despacho del dire. Y le cuentas todo lo que me has dicho.

—A sus órdenes —bromea, cuadrándose con la mano en la frente, a modo de saludo militar.

—No te rías, que esto es muy serio. Se trata de mi única oportunidad para convencer a Nacho y no retractarme. Si quiero conservar mi prestigio, debo mantener mi versión.

—¿Crees que servirá? Lo noto asustado, han debido de presionarlo mucho. No lo conozco demasiado, pero, en el tiempo que llevo en el periódico, nunca lo había visto así.

—Sí, tienes razón, emana miedo por cada poro de su piel, se huele a leguas. Pero tu hallazgo lo cambia todo. Podré seguir investigando. No le quedará otra que ceder. Es una evidencia muy importante.

—Sin problema, yo repito lo mismo a quien haga falta.

—Muchas gracias. Me salvas la vida.

—No exageres, mujer, tampoco es para tanto.

Ambos van al despacho. Mónica camina delante, con energía, y Pablo detrás, contento de poder ayudarla. Cruzan el amplio pasillo que dejan las mesas de trabajo alineadas a la izquierda. Una vez delante del director, el fotógrafo le narra lo que ha descubierto. Y, a continuación, Mónica, sin darle tiempo a reaccionar, trata de convencerlo de su acertada teoría, de que tenía razón y de lo injusto que ha sido con ella:

—Esto demuestra que no estoy equivocada. No podemos retractarnos. Me duele que no hayas confiado en mí. El padre del suicida pretende ocultar la verdad y tiene muy buenas influencias, pero no debes dejar que te presionen.

Los dos periodistas permanecen de pie frente al jefe, que está sentado detrás de su mesa. Él los ha escuchado con interés y guarda silencio, pensativo. Se acaricia la barbilla. Mira la fotocopia que le ha entregado Mónica con la noticia del suicidio de Jaime Arrubal en 1912.

—Sentaos —dice por fin—. Me ponéis nervioso esperando ahí de pie y mirándome como si se fuese a acabar el mundo. No sé quién presiona más, si el padre de Samuel o vosotros.

—Hay una diferencia: nosotros decimos la verdad —contesta

Mónica.

—Es llamativo que otro miembro de la familia también muriese ahogado, pero eso tampoco demuestra que en este caso haya sido un suicidio. Lo que ocurrió entonces no tiene por qué estar conectado con el hecho actual que nos incumbe. Se trata de una deducción un tanto peregrina.

—Pero al menos… —intenta cortarlo ella.

El jefe levanta la mano, indicándole que calle.

—La reputación de mi periódico está en juego, y eso es lo más importante para mí. No quiero que pienses que me retracto debido a las presiones, que las tengo, pero no puedo afirmar algo mientras sea una mera conjetura. Si tuviese la certeza absoluta, no dudes de que ninguna presión me haría negar lo evidente.

Mónica lo mira atónita. No sabe si creerlo. Aunque sobre todo se siente molesta porque se da cuenta de que no va a dar su brazo a torcer.

—En la frente de ese otro Arrubal apareció la misma señal, ¿te parece una coincidencia? —insiste ella.

—No voy a discutirlo más. Te lo he explicado muy clarito, si no te enteras es porque no quieres.

—¿Y no sería posible postergarlo un par de días? Quizá así podamos traerle pruebas fidedignas —interviene Pablo, echando un capote a su compañera.

—Ya lo he retrasado mucho. No decir nada es mantener la versión inicial. Y te he repetido mil veces que me tutees, me haces sentir mayor de lo que soy.

—Pues yo no puedo escribir un artículo en el que no creo, va en contra de mis principios y de mis tripas —salta Mónica, malhumorada.

—¡Tú harás lo que yo diga! —grita el jefe, con el rostro encendido.

—Esta tarde nos reuniremos con el que me ha facilitado la información, espere al menos hasta mañana. Si nos retractamos y la versión de ellos es falsa, su prestigio se resquebrajará igual. Y disculpe por no tutearlo, es que no me sale, no soy capaz —alega el fotógrafo.

El jefe vuelve a quedar en silencio unos segundos. Se levanta del asiento y se dirige a la puerta. Después de abrirla, mira a los dos empleados.

—Mañana a primera hora quiero algo sólido. A las ocho en punto nos reunimos aquí de nuevo y no habrá más plazos, ¿entendido? Así que poneos las pilas. Y otra cosa, Pablo, necesito que hagas los reportajes fotográficos de la entrevista al presidente de Andalucía, será en el Parlamento, el jueves 21 a las diez de la mañana, y el del espectáculo musical *Remember Queen*, en el auditorio Cartuja Center, el día siguiente. No lo olvides.

Pablo asiente con un movimiento de cabeza.

—No se preocupe. Tengo buena memoria.

Ambos periodistas se levantan y salen del despacho. Mónica sonríe y Pablo también. Ella porque al menos ha ganado un poco de tiempo, él porque siente que esta colaboración puede acercarlo a la compañera y eso alimenta sus ilusiones.

—¿Cómo podré agradecértelo?

—No hay nada que agradecer, hoy por ti, mañana por mí —responde él. Le gustaría decirle que la mejor forma es amándolo, dándole esos besos de los que ha hablado antes o abrazándolo con pasión. No se atreve a pronunciar esas palabras, intuye que no servirán de nada. «El amor no se pide, se ofrece, no se exige, surge como un prodigio, cuando desconocidas fuerzas se alían para alumbrarlo», piensa—. Verte sonreír ya me compensa —confiesa, mirándola con ojos enardecidos.

Si ella hubiese prestado atención, se habría dado cuenta de sus sentimientos, pero sigue ajena a ellos.

—Es una sonrisa a medias, no te creas. Todavía tengo ganas de estrangularlo. —Hace un gesto con las manos que escenifica ese deseo—. Me enerva que se empecine de ese modo. Ya ves que no hay quien lo convenza. A cabezota no lo gana nadie. Y hemos ganado veinticuatro horas nada más. Me preocupa no conseguir algo contundente que confirme mi versión y volver al mismo punto.

—Nuestra versión. Ahora estamos juntos en esto, ¿no? —afirma Pablo.

La palabra «juntos» ya es más que suficiente para alegrarlo, aunque sea en un ámbito muy distinto al que en realidad anhela. Esa pequeña complicidad puede ser un buen comienzo. «Menos es nada», dice para sus adentros.

19 - EL FLECHAZO

Sevilla, 1599

Tres calles por detrás de la taberna del padre de Mariana, había un taller artesanal, donde trabajaba Humberto Negro, un muchacho de veinte años que había comenzado como aprendiz. Jarras, orzas, cántaros y botijos eran algunas de las vasijas que moldeaba en un torno.

A mediodía, los alfareros se tomaban un descanso. Se despojaban del mandil e iban a la taberna El Rincón a saborear un buen vaso de vino, o dos o tres, al igual que mercaderes, constructores, marineros y otros muchos pertenecientes a los más variados gremios, así como literatos. En más de una ocasión, allí se reunían Miguel de Cervantes, Lope de Vega y Mateo Alemán. Se contaban sus proyectos, se alegraban de sus éxitos, se daban apoyo y debatían sobre gramática, literatura, teatro… No en vano, Sevilla se había convertido en un centro importante de las letras, de las artes y de los negocios. En aquella época, gozaba de su máximo esplendor en riquezas y en demografía, gracias al comercio con las Indias y a ser el puente entre Europa y el Nuevo Mundo.

En esa sala cuadrada, se distribuían varias mesas rectangulares de madera, con las patas en espiral rematadas en bolas, en cuyos lados de mayor longitud había bancos sin respaldo. Una ventana amplia dejaba ver la calle y una puerta interior daba a un patio salpicado de plantas aromáticas: tomillo, romero, lavanda, jazmines… Pretendían minimizar el mal olor de la ciudad que, a ciertas horas y unos días más que otros, molestaban los olfatos de los vecinos. Se debía a la suciedad acumulada en muchas de las calles por la nefasta costumbre de los habitantes de arrojar a ellas desechos, desperdicios, aguas de enjabonaduras y restos de materiales de construcción. Al fondo del patio se alzaba la vivienda de la familia.

La fama precedía a la taberna por su limpieza y gastronomía. Cuando lo frecuente era hallar paredes ennegrecidas y escasez de viandas en figones, fondas, posadas y cantinas similares, el pan negro no faltaba en El Rincón, ni los rábanos, tortillas o ensaladas, así como un buen puchero y arroz con picadillo.

Era Humberto un joven vivaracho, musculoso, con barba incipiente y cara de bonachón. Sus ojuelos inquietos y expresivos parecían hablar. Negros, al igual que el apellido y el pelo, que le llegaba a los hombros y siempre se alborotaba. Bajo su jubón sin mangas de paño marrón asomaba una camisa gris con el cuello de

encaje, ajustada a la cintura por un cinto, dotándolo de bastante atractivo.

El arte no le faltaba ni en el hablar ni en los gestos y, sin querer, con sus expresiones hacía sonreír a quien tuviera próximo. Lo apasionaba la pesca, el dibujo y admirar a las mujeres.

Las buenas mozas le sacaban el lado caballeresco y un poco pícaro. Y, con más frecuencia de la oportuna, paseaba por las nubes fantaseando con otras vidas, con viajes al fin del mundo y con princesas rescatadas de altas torres. Nunca entraba en controversias, lo aburrían, su carácter afable prefería las diversiones.

Aquel día, cuando Mariana llegó con un cántaro de agua apoyado en la cintura por petición de la madre, Humberto quedó prendado de ella. Llevaba abierta por delante una túnica grana con capucha y lucía con salero un vestido azul marino con pechera abotonada y escote prudente, que no alcanzaba los pies, se quedaba por encima de los tobillos, despuntando así, como la espuma en las olas, el blanco de sus enaguas. Y debajo de ellas se presentían unos muslos macizos y unas caderas armoniosas. El pelo castaño claro, peinado hacia atrás y recogido con un lazo, le dejaba libre el rostro y su belleza destacaba como un rayo en medio de una noche oscura.

Al cruzar la taberna para alcanzar la cocina, percibió aquella mirada, intensa, fogosa, cargada de los ardores de la juventud, inocente y pícara a la vez, y que al posarse en su piel la erizó. Y en los ojos de aquel apuesto muchacho se enredó como si la hubiese embrujado. Aún a los dieciocho años se le incendiaban las mejillas al saberse deseada y más si el joven era de su agrado.

—Con alguien como tú sería feliz cualquiera. Me llamo Humberto y me encantaría establecer relaciones contigo —le soltó el halago, directo como una flecha, aproximándose a la barra y envalentonado por la pasión. No era hombre de perder el tiempo ni de dar rodeos.

—Muchacho, no lo conozco de nada y no creo que mi padre apruebe esta conversación.

—Yo hablo con él si hace falta y le pido permiso para cortejarte. Si tú quieres, claro —sonrió mostrando unos dientes saludables.

—Muchas prebendas se toma y muy veloz galantea, mozo —respondió Mariana dándole la espalda justo en el momento en que se acercaba el padre, temiendo que el joven la molestase.

Humberto, que no estaba dispuesto a rendirse, pagó el vaso de vino que había tomado y aguardó en la puerta a que saliese. Más de una hora anduvo calle arriba y calle abajo, sorteando los tenderetes de verduras, frutas y pescados, los caballos y los carros que a esas horas transportaban mercancías, ya preocupado por si el jefe le llamaba la atención al retrasarse.

Olía a sol intenso, a albero, a salazones y a excrementos de

animales. Se escuchaba el relinchar de las bestias, el chirriar de las ruedas y las voces de los vendedores pregonando sus productos.

Sus deseos se vieron frustrados al ver salir a Mariana junto a su madre.

Pero insistente, se acercó cada día a la taberna para volver a encontrarse con aquella mozuela que ya no podía quitarse de la cabeza. Un mes transcurrió hasta que el prodigio sucedió de nuevo. Y se repitió la escena: en la puerta la esperó, rogando por que esta vez apareciera sola.

En cuanto ella asomó, aceleró el paso hasta quedar a su lado.

—Te saludo, hermosa dama. Desde que te vi por primera vez, no pienso en otra cosa. Vengo cada día a buscarte y hoy el cielo me ha recompensado. Soy hombre de bien y tengo un buen trabajo. En el Taller del Alfarero, de la calle Génova, puedes pedir referencias si así lo deseas.

—Para eso tendría que interesarme, y no es el caso, mozo.

—Mujer, tutéame. Y dime al menos tu nombre, que yo ya te dije el mío. ¿Lo recuerdas? A tu lado mis sentidos se espabilan. El sol brilla con potencia, los reflejos adquieren una viveza sin igual, los objetos aumentan su nitidez, los colores se me antojan más radiantes, me asaltan con sus matices, el tacto se me emociona y el olfato se agudiza; tu fragancia… la adivino, es de violeta. Y tu interés…, si quisieras conocerme, no dudo que crecería.

Mariana no sabía si reír o permanecer seria. Se debatía entre las ganas de consentir y el decoro que le exigía su moralidad. Calló mientras su mente lidiaba con esa contradicción. Presa de un enamoramiento súbito, percibió que su pecho se expandía, que su corazón palpitaba con una energía desmedida, que el fuego del amor abrasaba cada una de sus fibras. Él contenía la respiración, en espera de respuesta.

—Me llamo Mariana —dijo por fin.

Y fue el preámbulo de una bonita relación que terminó en boda un año después.

20 - NUEVA CITA CON HUNTER

Sevilla, lunes, 18 de febrero de 2019

A las cinco de la tarde, los dos periodistas esperan a Hunter en una cafetería del centro de la ciudad. Sentados junto a una ventana, ven pasar a los transeúntes, que caminan apresurados en todas direcciones. Aunque hace frío, el sol luce con timidez. Dentro hay tranquilidad. De fondo suena una música agradable.

Pablo se pide un café solo y Mónica un capuchino. Ambos permanecen en silencio, cada uno inquieto por un motivo. Una camarera les sirve las tazas humeantes y unas chocolatinas regalo de la casa. El olor a moca inunda el espacio.

Mónica abre el sobre de azúcar por la esquina izquierda, como siempre, y lo vierte con golpecitos suaves y lentos. Luego mira el reverso y lee la cita que contiene, le gusta imaginar que es un mensaje del cosmos:

—«No hay que ir para atrás ni para darse impulso». ¡Qué bueno! Esto me… —La llegada de Hunter Black la interrumpe.

Pablo se levanta y lo saluda. Ella lo mira y se encuentra con sus ojos abismales, y la embarga la misma sensación de la vez anterior. Ese extraño estremecimiento que no sabe reconocer, pero que la recorre igual que una corriente eléctrica, la descontrola. Sin querer, el dorso de su mano choca con la taza y la derrama por completo. Al menos no se lo ha echado encima.

—¡Vaya! ¡Qué torpeza! —exclama, ruborizada, mientras coge servilletas de papel para impedir que el líquido negruzco siga deslizándose por la superficie de la mesa, le manche la ropa y caiga al embaldosado.

—Buenas tardes, amigos. Pido disculpas por el retraso. Me enorgullezco de mi puntualidad, pero he de reconocer que en esta ocasión se me ha ido el santo al cielo —sonríe al pronunciar la frase, poco común para un inglés y, sobre todo, por tratarse de quien se trata, e ignora el incidente—. Esta ciudad ejerce un raro influjo sobre mí. Es una maravilla, me encanta todo: el sol, las callejuelas, los monumentos, los coches de caballo, su aroma, su sonoridad, su luz... Si pudiera, me quedaría a vivir aquí.

—Cinco minutos no es retraso, no se disculpe —Mónica le quita importancia. El corazón le late con tanto ímpetu que teme que se le note en la voz, en el rostro, en la mirada, en cualquier gesto, y volver a cometer una imprudencia.

—*Indeed*. En mi país es un crimen —le responde sin apartar la

vista de ella, como si quisiera penetrarla, taladrarla, devorarla con los ojos.

Pablo está incómodo. No le gusta lo que ve. Lo que presiente. El estómago se le revuelve. E interviene para romper lo que parece un momento mágico entre ellos y nefasto para él:

—Bueno, siéntate y vamos al grano. Necesitamos tu ayuda.

Hunter se quita el abrigo, lo dobla con esmero y lo coloca en el respaldar del sillón que está al lado de Pablo, como si temiera que una arruguilla osara invadirlo. Luego se sienta junto a Mónica.

Su intenso perfume casi la marea, o más bien la obnubila. El aire caballeresco y anacrónico del inglés no deja de asombrarla. Sobre todo le sorprende que la cautive de un modo tan profundo e irracional.

—No hay prisa. Tenemos toda la tarde —responde Hunter a Pablo. Y vuelve a mirar a Mónica—. Me alegra mucho verla de nuevo. Nuestro anterior encuentro fue breve. Espero que en esta ocasión no haya algo urgente que la reclame y podamos conocernos mejor. Nada me complacería más que disfrutar de su presencia *ad infinitum*.

Levanta la mano y avisa a la camarera. Pide un té rojo con miel y un poco de hierbabuena.

—¿Por qué no me has dicho que ya habías hablado con ella de la muerte de Arrubal? No imaginaba que entre nosotros hubiera secretos —se queja el fotógrafo, bastante contrariado y tenso. Ignora a qué está jugando Hunter, pero es obvio que flirtea con Mónica.

—Disculpa, amigo. Entonces no sabía que se trataba de tu compañera ni que el fallecido era un Arrubal.

Pablo piensa que le está tomando el pelo y le estampa una mirada punzante, aunque le hubiese estampado otra cosa. Se arrepiente de haber propiciado este encuentro. «No era necesario. ¡Qué estupidez!», piensa.

—Tengo entendido que conoce muy bien la historia de esa familia y de sus antepasados. Bueno, es lo que me ha dicho Pablo —expresa Mónica, ajena a los sentimientos de su compañero.

—*Granted*[3]. Él ya me ha puesto al tanto de su problema. Y he creído que estos documentos que traigo le serán de más ayuda. Mi palabra, a fin de cuentas, puede ponerse en entredicho, pero la veracidad de lo que aquí se expone, no. —Hunter arrastra las palabras, como si no quisiera terminar la frase para permanecer junto a la joven más tiempo. Tiempo es lo que a él le sobra, pero teme que ella se marche en cuanto acabe la conversación, o tal vez le cuesta pronunciar el español en su presencia—. Tenga, son suyos.

La periodista coge el legajo, compuesto de recortes de prensa, partidas de nacimiento y de defunción, escritas a mano algunas y otras con letra de imprenta, las últimas pertenecientes a algún tipo de registro municipal. Los hojea con afán y enseguida se da cuenta de

que son un tesoro maravilloso. ¡Jamás hubiese imaginado que pudiera tener algo semejante en sus manos!

—¡Es increíble! Esto me salvará la vida. ¿De verdad me los puedo quedar? —pregunta, entusiasmada, con un brillo de pasión en los ojos y una sonrisa que no le cabe en los labios. Siente una alegría tan grande que la irradia por cada poro de la piel.

—Recíbalo como un regalo.

—Pero ¿cómo le ha dado por coleccionar todo esto? Y no habrá sido nada fácil conseguirlo.

—Eso ahora no importa. Aunque, si tiene tanto interés…, quizá podamos quedar otro día. Será un placer volverla a ver y darle más detalles, así como aclarar cualquier duda que le surja después de leerlos con detenimiento. Estoy a su entera disposición.

—Te has olvidado de que en unos días viajas a Portugal. No te comprometas a algo que tal vez no puedas cumplir —arremete Pablo. Se siente como un jarrón sin flores que decora una reunión. Cada minuto que pasa contemplando el flirteo del amigo, le cuesta más contener la rabia. No va a consentir que en sus narices enamore a la que él considera su chica, aunque tampoco sabe qué hacer para impedirlo.

—Soy afortunado, Pablo, puedo cambiar mis planes. —Hunter deja escapar una sonrisa ladina y se regocija molestando al fotógrafo—. Tengo todo el tiempo del mundo, ja, ja, ja.

21 - LA DISCUSIÓN

Sevilla, lunes, 18 de febrero de 2019

En cuanto Mónica se marcha, las mandíbulas apretadas de Pablo manifiestan el enfado que lo abruma.

—¿Pero a qué juegas? ¿A qué ha venido esto? Sabes de sobra lo que ella significa para mí. ¿Es que quieres que te rompa la jeta? —Levanta un puño en señal de amenaza.

—No te sofoques, amigo. No ha ocurrido nada. Eres demasiado suspicaz y vehemente —responde con esa frialdad colosal que lo caracteriza.

—No me llames amigo. Sabes que es mi chica. ¡Y has flirteado con ella! ¡En mi propia cara! No puedo imaginar qué pretendes.

—Vamos, no es nada tuyo. Ni lo será. No te comportes como un niño pequeño y travieso, las emociones te pierden. Me gusta, lo reconozco. Deseo poseerla. Yo soy el primer sorprendido. Pensaba que esta capacidad ya se hallaba fuera de mi alcance. Es una experiencia nueva para mí. Bueno, miento, la atracción existe desde aquel día que vi su retrato. Déjame disfrutarla y no incordies.

—Si intentas algo…

—¿Me amenazas? ¡Ja! ¿Qué vas a hacer? —Adelanta el cuerpo y apoya las manos en la mesa—. Eres insignificante. Menos que un grano de polvo en mitad del universo.

—Te destruiré, te lo aseguro.

Hunter se levanta y, despacio, se pone el abrigo.

—No podrás. Tu rebeldía resulta absurda. Soy muy poderoso y lo tengo todo de mi parte. Además, no olvides que estamos condenados a permanecer juntos. Tu deuda es impagable.

—Sí, desde luego, soportar tu presencia me parece una condena. Yo no pedí que me acompañaras, se me impuso, ¿recuerdas? Y buscaré la forma de joderte, no te quepa duda. ¡Eres un malnacido! Te crees imbatible, pero todos poseemos un punto débil y te aseguro que el tuyo lo encontraré. Yo también dispongo de todo el tiempo del mundo, no eres el único.

El fotógrafo trata de darle veracidad a sus palabras, más por la ira que lo domina que por convicción. En el fondo se siente derrotado, se sabe muy pequeño, una marioneta en manos de Hunter. Y maldice el momento en que lo unieron a él.

—Nunca dejas de fantasear. Ni siquiera te atreves a expresarle tu amor y crees que te pertenece. Y en exclusiva. Qué patético. Díselo, anda, dile que la amas. Cuéntale toda la verdad si tienes arrestos para

ello. No dispones de todo el tiempo del mundo, te estás quedando sin él, ¿no lo recuerdas?, solo te quedan seis días, así que date prisa. ¡Ay! ¡No! ¡Pobrecito! Me olvidaba de que eres un cagón. Dime, ¿qué temes? ¿Que piense que estás loco?, ¿que te rechace?, ¿que te desprecie?

El británico lo mira con desdén. Sigue de pie, en actitud ofensiva, observando cómo la rabia de Pablo se convierte en tristeza y en miedo. Espera unos segundos, pero el silencio le confirma que el pánico del fotógrafo es más fuerte que cualquier otro sentimiento.

—¡Cobarde! —escupe con altivez. Le da la espalda y se marcha, triunfante.

Pablo permanece sentado. Apoya los codos en la mesa, une las manos y deja caer la cabeza sobre ellas, en actitud de derrota. Hunter sabe cómo hundirlo. Le ha asestado un buen golpe. Esa palabra, esa maldita palabra, ha impactado en la diana.

Si hay algo que el fotógrafo no soporta es la cobardía. Lo hace sentirse tan vil, tan mísero, tan diminuto. Le trae recuerdos desgraciados, de los que se culpa. Recuerdos que quisiera olvidar, pero son imborrables. Contra su voluntad, se suceden las imágenes de aquella época lejana. Y el dolor vuelve, tan real, tan vivo como entonces.

22 - LA TABERNA

Sevilla, 8 y 9 de agosto de 1601

Martín Arrubal, sevillano y capitán de una de las compañías del tercio de Juan del Águila, al servicio de Felipe III, tenía fama de bravucón y mujeriego. Su alto rango le permitía salirse con la suya casi siempre. Sus hombres lo temían y respetaban. Y a valentía no le ganaba nadie. Jamás daba por perdida una contienda en el campo de batalla ni admitía que le diesen calabazas en el amor. Para ello elegía mujeres de reprochable proceder, el pago le garantizaba un buen recibimiento. Otra cosa era acercarse a las damas y a las mujeres honestas; con ellas no sabía qué le pasaba, se le nublaba la mente, enmudecía de pronto y el cuerpo no le respondía.

Ancho de espaldas, de gesto serio y mirada ceñuda, la gravedad de su rostro se acentuaba con el mostachón en el que se le escondía el labio superior. En su boca fina y apretada se extraviaban sus mejores palabras, las que no pronunciaba debido a su parca oratoria.

Frecuentaba una taberna en el centro de Sevilla cuando no estaba en la guerra, porque la tabernera, Mariana Larra, era para él como la fruta prohibida del paraíso. Se había fijado en ella siendo joven, aunque no llegó a declararse y, por tanto, nunca lo había rechazado.

Ella se daba cuenta de esos ojos lujuriosos que la desnudaban en cada mirada, pero prefería ignorarlo y rezaba para que el marido no lo notase. Por nada del mundo quería que se enfrentara a un experto en armas.

Aquella noche de verano de 1601, Sevilla era una fiesta, las calles estaban imposibles. Mercaderes, constructores, obreros, artesanos y soldados se mezclaban en las inmediaciones de la Casa de la Lonja, próxima a la catedral. Los hombres entonaban cantos, bebían, se peleaban o reían. Las vasijas de buen vino y de cerveza chocaban en estrepitosos brindis.

Esa mañana, había llegado al puerto una nave procedente de las Indias Occidentales, y varios miembros del tercio de Juan del Águila, entre ellos Martín, celebraban un descanso antes de marchar hacia Portugal, donde partirían del puerto de Lisboa con el objetivo de tomar la ciudad de Kinsale, en Irlanda.

Algunos buscaban mujeres dispuestas a darles placer a cambio de unas monedas de plata o de unos cuantos escudos, incluso aceptaban varios maravedíes; y otros se enzarzaban en grescas sin sentido. No hacían falta razones graves para liarse a mamporros, bastaba con una mirada aviesa, un tropezón o una palabra malinterpretada. El alcohol

acrecentaba la necesidad de desahogo.

En la taberna de El Rincón, famosa por sus excelentes vinos y manjares y por sus buenos precios, faltaba el marido de Mariana porque estaba de viaje. Humberto Negro mantenía a raya a los clientes que se acercaban demasiado a su mujer. Cuando trabajaba, ella intentaba disimular su exuberante belleza con ropas anchas, largas y de cuello alto, poco llamativas, que cubría con un mandil. En cambio, cuando paseaba con el marido, lucía sus mejores galas. No eran lujosas, pero sí más sugerentes. Gracias a su elegancia innata y a su maestría con la costura, transformaba cualquier trapo en la más exquisita de las vestimentas. En aquella ocasión, muy a su pesar, Humberto no había tenido más remedio que ausentarse. Se había marchado un poco más tranquilo porque la madre la iba a acompañar, pero un constipado le impidió atender la cocina esa noche.

Mariana no veía la hora de cerrar. Había sido un día duro, muy ajetreado. El trabajo no le dio tregua y además tuvo que lidiar con ciertos moscones que aprovechaban el efecto del licor para dar rienda suelta a los deseos. Trataban de manosear sus abundantes pechos o palmear su apretado y respingón culo. Pero ella, como a moscas los había espantado. No era una mujer que se amilanase ni necesitara protector. Sabía poner a cada uno en su sitio.

A los últimos clientes tuvo que sacarlos a empujones, se negaban a marcharse y finalizar la fiesta. Una vez cerró la puerta, respiró hondo. A pesar del cansancio, se puso a recoger y a fregar, sin saber que, escondido tras una columna, Martín la acechaba como un salteador de caminos; en este caso, de hembras.

Cuando más desprevenida estaba, se le acercó por la espalda. Con una mano le tapó la boca y con la otra la agarró por la cintura. Hundió los labios en su cuello y aspiró su perfume a violeta.

Mariana, una vez repuesta del sobresalto imponente, bregó y trató de soltarse golpeando los brazos que la oprimían. Daba patadas hacia atrás como una yegua embravecida. Durante un buen rato estuvieron enzarzados, él intentando dominarla y ella pretendiendo liberarse. Martín era fuerte y las bregas de Mariana, infructuosas. En una de esas embestidas, él sacó una daga, le dio la vuelta a la mujer y le rozó la garganta con la punta del filo.

—Si no te estás quieta o gritas, te la clavo —la amenazó, con un brillo de locura en la mirada.

El pánico se apoderó de ella y una rigidez de estatua le impidió moverse durante unos instantes. Los ojos desencajados se le humedecieron y temió por su vida.

Él le lamió la cara y le dio un beso en los labios, fiero, voluptuoso. La excitación lo subyugaba y lo obsesionaba poseerla, someterla. No estaba dispuesto a marchar a la guerra sin antes hacerla

suya. Le arrancó la ropa y Mariana, ante ese vil acto, reaccionó. Aprovechó el momento en el que bajó el puñal para agarrarle la mano acuchillada, tirarle de los pelos, morderle una oreja y pedir auxilio a gritos.

Movido por el dolor y la furia, la sujetó con más potencia. De nuevo acercó el arma a su cuello para amenazarla, con tan mala suerte que se la clavó en la yugular mientras ella lo empujaba para liberarse. Un quejido apagado y árido anunció el infortunio. En unos segundos, Mariana se quedó flácida y cayó al suelo. La herida se inundó de sangre y un charco rojo se formó bajo el cuerpo inmóvil.

Martín se paralizó, horrorizado por las consecuencias de sus actos. El primer pensamiento que le vino fue huir. No lo hizo. El deseo de poseerla era más fuerte.

Terminó de quitarle la ropa, la cogió en brazos y la llevó a suelo seco. Se tumbó sobre ella y disfrutó de ese codiciado cuerpo, ya inerte, pero todavía cálido. Gozar de la ardiente llama de la pasión con Mariana era un sueño perenne que por fin se hacía realidad.

Después de saciar su sed de sexo, abrió la puerta con sigilo y, a hurtadillas, miró hacia todos los lados. La horca esperaba a los asesinos. Y aunque él no tenía miedo a la muerte, esta era deshonrosa, inapropiada para un militar. Si debía morir, prefería que fuese en el combate, a manos del enemigo, como un héroe y no como un villano.

Cuando se cercioró de que no había nadie en la calle, salió, cerró tras de sí y, con premura, fue a la casa de sus hombres. Los quería a todos preparados a primera hora de la mañana para partir de la ciudad. Pero le pasó desapercibido que, desde una ventana de la acera de enfrente, una mujer mayor aquejada de insomnio a esas horas de la madrugada lo vio marcharse de la taberna.

23 - EL SUEÑO DE MÓNICA

Sevilla, martes, 19 de febrero de 2019

Tras la entrevista con Hunter y haber estado el resto de la tarde estudiando cada documento, una mezcla de entusiasmo e incertidumbre agita a Mónica. Piensa que ha conseguido pruebas de sobra para no retractarse, que su jefe se quedará tranquilo y le permitirá continuar con el artículo que tantos quebraderos de cabeza le ha traído. Su reputación está a salvo. Pero esa historia escabrosa le quema en las manos. Intuye que oculta algo tenebroso.

«¿Qué oscuro misterio se esconde detrás de todas esas coincidencias?», se pregunta. «No, no pueden serlo, nunca he creído en ellas ni en las casualidades y no voy a hacerlo ahora», se responde. «¿Cómo es posible que la misma desgracia se repita en un ciclo incesante? ¿Es fruto de una maldición? ¿Magia negra o fuerzas de otros mundos, que conspiran contra ellos, intervienen en los sucesos? La Muerte los persigue en silencio, implacable, certera, pero ¿a qué se debe?».

Se va a la cama con todos estos pensamientos martilleándole la cabeza, y en el cuerpo, esa misma sensación que la atraviesa ante la presencia del inglés y siempre que lo recuerda. Tiene su mirada incrustada en la frente, del mismo modo que una gema con poderes magnéticos. Incapaz de dormirse, se revuelve en la cama con desasosiego. Se levanta. Fuma un cigarro. Vuelve a acostarse.

Un mal presentimiento la ronda, como un fantasma o un alma en pena. Su estómago se encoge. Sus palpitaciones se entrecortan. Una sombra parece hacerse densa. ¿O es más bien su imaginación? Adivina una entidad etérea que la observa, que la acecha, que quiere capturarla, tal vez incluso matarla.

Por fin se rinde al sueño.

Imágenes confusas y grotescas le sacuden la mente ya dormida. Un sol de estío deslumbra su mirada y luego comienza a eclipsarse. Todo se vuelve negro. No puede ver. La oscuridad la cerca. Una tiniebla espesa la asfixia. Unas manos la tocan con lujuria. Es repulsivo. Siente náuseas y una viscosidad que quema. Desconsuelo, terror, angustia… se entremezclan, la aprisionan, la torturan. Huele a muerte.

Intenta huir. Le es imposible moverse. Está clavada al suelo. Se esfuerza en despegarse y caminar. ¡Inviable! Algo incorpóreo se lo impide. Quiere gritar. ¡Inútil! Su garganta se ha cerrado. Le duele. El cuerpo se le tensa. Está petrificada.

Y esas manos, gélidas como el hielo, hediondas, le arrancan el vestido. Un olor a sangre le sube hasta el cerebro. Y el negro que lo ocupa todo se hace más intenso. Un vacío plano y amplio como un universo la engulle.

Y en medio de esa inmensidad ve a la Muerte. Se le acerca. Su rostro descarnado la espanta. Y esa mirada hueca, desprovista de ojos, se le clava en el alma. Extiende los brazos hacia ella. Está muy próxima. El esqueleto tintinea a cada paso y ríen sus mandíbulas de hueso. La va a atrapar. La alcanza.

Mónica se despierta empapada en sudor. Enciende la luz y se levanta, presa de una angustia que nunca ha conocido. Le tiemblan las manos. Le duele en su sexo. La cabeza le da vueltas. Una náusea antigua le asciende hasta la boca. Un sabor ácido, agrio, se esparce por su lengua, su paladar y sus mucosas.

Más que una pesadilla parece un recuerdo remoto, una experiencia arcaica enterrada en los pliegues del tiempo, que vuelve a la vida como un zombi.

24 - LA PARTIDA DE MARTÍN

Paymogo, del 9 al 24 de agosto de 1601

Tras convocar a los tres hombres que lo habían acompañado: el sargento, el alférez y el cabo, Martín salió de Sevilla a primera hora de la mañana. A lomos de su caballo Giralbo, y con varios más de refresco, tomó rumbo a Lisboa junto a sus soldados.

—¿A qué vienen estas prisas, capitán? Habíamos quedado en partir el día doce —preguntó uno de los arcabuceros, molesto por haberse despedido de su familia antes de tiempo.

—¡Pardiez! No tengo que darte explicaciones sobre el cambio de planes, ni de eso ni de ninguna otra cosa.

—Cierto, capitán, pero un viaje tan largo para estar solo unas horas en Sevilla es un sinsentido —alegó el sargento, el más próximo a su cabalgadura.

Martín tiró de las riendas para girar hacia él, a la vez que desenfundaba y le acercaba la espada al cuello.

—¡A quien cuestione mis órdenes le rebano la nuez! ¿Está claro? —amenazó, iracundo.

Ninguno más se atrevió a insistir en el tema. Lo conocían de sobra y sabían de sus arrebatos de furia.

Viajaban de día y descansaban de noche en las ventas y posadas que salpicaban los caminos de herraduras; escasas, mal acondicionadas, pestilentes en muchas ocasiones, muy distantes unas de otras, pero siempre bienvenidas. Daban de comer y beber a los animales y se aprovisionaban de víveres para la siguiente jornada.

Martín procuraba que los hombres no notaran su pesar. A su mente volvía una y otra vez el recuerdo de Mariana inerte, con los ojos vacíos de vida, y la visión de la sangre derramada en el suelo. Se lamentaba de la desgracia, pero también se justificaba pensando que había sido un accidente, que nunca tuvo intención de matarla. Prefería evocar la suavidad de su piel aún caliente, el sabor de los senos firmes y voluptuosos, el aroma de su pelo y el éxtasis logrado al penetrarla. «No, no permitiré que me atormente», dijo para sí.

Avanzaban por el Camino de Lisboa y pararon a descansar en la Venta de Paymogo, a unas ocho leguas de Serpa, primera ciudad portuguesa, donde sus habitantes hablaban un perfecto español por su cercanía a la frontera. Varios campesinos jugaban una partida de naipes y Martín se sumó. Mientras, sus hombres se ocupaban de los caballos.

Los candiles, repartidos por las paredes de la sala cada tres

metros, rompían las sombras con luces ígneas y vaporosas. Desprendían olor a aceite.

Las apuestas no sobrepasaban los dos maravedíes, pero, tras varias manos perdidas, el capitán sospechó que los contrincantes estaban compinchados para desplumarlo.

—No puede ser que hoy tenga tan mala suerte. La fortuna casi siempre me sonríe —se quejó con voz bronca y cara de pocos amigos.

—Así es el juego, unos días nos alegra y otros nos golpea los bolsillos, ja, ja, ja —bromeó uno de los participantes, y los demás rieron con él. Menos el capitán, que rechinó los dientes—. Yo, cuando esto segundo ocurre, me retiro. No está la vida para volver a casa sin un real y escuchar las monsergas de la parienta. Bastante tengo ya con doblar el lomo de sol a sol a cambio de una casucha y unas migajas de pan. Lo mismo da quién gobierne, el pobre, pobre se queda —expuso el hombre, poniendo de manifiesto que no era partidario del rey ni de los gobernantes, ya que ninguno había mejorado nunca las condiciones de vida de los más humildes.

A Martín, tanto sus carcajadas como su alegato le sonaron a burla y a vil excusa. Ofuscado con que se reían de él y lo estaban desvalijando, se alzó de un brinco y volcó la mesa. Dos jugadores cayeron al suelo por el impacto, pero se enderezaron de inmediato. Cuando la vida está en juego, se despliegan defensas desconocidas.

—¡Rastreros! ¡Tramposos! Habéis pinchado en hueso.

Con la mano izquierda, desenfundó su daga y la pasó a la derecha; su espada y su arcabuz habían quedado en el hato que amarraba a la grupa del caballo.

Les apuntó con el arma, moviéndola en dirección a uno y a otro; la hoja metálica brillaba por el reflejo de la tibia luz de los candiles. Los hombres, sorprendidos, no reaccionaron en un primer momento. Después, los que se habían levantado se separaron de un salto y se les sumó otro más. Rodearon a Martín a cierta distancia. Se miraban entre ellos, como hablando con los ojos, y observaban al capitán, atentos a sus maniobras. Las posturas defensivas fueron mutando: los brazos hacia delante, con los codos flexionados y los puños bien cerrados a la altura de la cara. Las piernas como tijeras, igual de abiertas, un pie avanzado y el otro apoyado atrás. Se sabían en desventaja porque no portaban armas ni eran diestros en ellas. Aun así, los tres contendientes se abalanzaron sobre él a la vez, como si se hubieran hecho una señal invisible.

Uno le agarró la mano con la que empuñaba el afilado cuchillo para que lo soltase. Otro lo enganchó del cuello. Y el tercero, a puñetazos, le sacudió las costillas. El sonido de las respiraciones agitadas inundó el espacio. Mientras, el cuarto hombre permaneció en un rincón resguardado, con los ojos despavoridos, tenso como la piel

de un tambor, incapaz de intervenir. El capitán se revolvía igual que un oso encolerizado, con la fuerza de un titán forcejeaba, esquivaba algunos golpes y otros los encajaba.

El mesonero se aproximó temiendo que la trifulca le causara desperfectos. No era la primera vez que había una refriega de esas características y siempre le tocaba apoquinar, bien por tener que comprar enseres nuevos, bien por asumir el coste de los arreglos.

—Caballeros, por favor, haya paz. No quiero destrozos en mi venta.

—No se meta si no quiere recibir una parte en este lance no buscado —soltó uno de los jugadores.

—Al menos peleen fuera —suplicó y, un tanto asustado, se apresuró a retroceder, por si se les escapaba algún golpe.

Ninguno le hizo caso.

—Este solo sale de aquí con los pies por delante —se jactó el mismo que había hablado antes.

Por suerte para Martín, en ese momento entraron sus hombres y, al ver la reyerta, arremetieron contra los que lo agredían. El más alto, el alférez, de una estocada hirió en el costado a uno, que fue el primero en salir corriendo. Pronto cambiaron las tornas, al ser iguales en número y ellos ir con armas.

Cuando otro sufrió un descalabro en la cabeza, los demás huyeron rápido, antes de ser alcanzados.

—Mesonero, traiga comida, que la lucha abre el apetito —ordenó Martín. A pesar de estar dolorido, su hombría le impedía quejarse.

—Solo me queda potaje —anunció con un susurro, por miedo a la reacción de los militares, a la vez que recogía las mesas y los taburetes tirados, los candiles rotos y demás enseres partidos.

—Eso estará bien, acompañado de una buena jarra de vino —aceptó el capitán.

—Esos mentecatos se han llevado un magnífico escarmiento —refirió uno de sus hombres carcajeando con vehemencia.

—Ya echaba de menos el combate, no hay nada como blandir la espada —refirió el sargento, que también estaba alegre.

—Sí, nos viene bien entrenar. Que se vayan preparando los malditos ingleses —rio Martín; la pelea le había despertado el buen humor, además del apetito—. Los muy estúpidos ni siquiera sospechan que acudiremos a ayudar a los irlandeses.

Descansaron como benditos, después de la lucha y de haber apaciguado los estómagos, el sueño fue plácido. Ni siquiera los duros catres de la posada los incomodaron.

Por la mañana, bien temprano, continuaron el viaje. Quince días con sus respectivas noches trascurrieron hasta llegar al destino, y algunas de ellas durmieron a la intemperie, contemplando las estrellas

y recordando victoriosas batallas.

25 - LA RESPUESTA

Sevilla, martes, 19 de febrero de 2019

Mónica llega un poco demacrada después de esa noche de pesadilla, pero contenta por lo que va a mostrarle al director.

—Quiero que veas esto. Y siéntate porque te caerás de espaldas. Estoy segura de que me permitirás seguir escribiendo sobre el suicidio —asalta la periodista al jefe delante de la máquina de café.

—Buenos días, Mónica. ¿Qué es eso tan impactante que hasta te olvidas de saludar?

—La confirmación de mi relato.

—Espero que así sea, soy el más interesado en no tener que desmentir nada, pero déjame comprobarlo. —Mónica le entrega la carpetilla con toda la documentación que le ha facilitado Hunter—. ¿Quieres que te saque un café?

—No, gracias, el de esta máquina sabe a demonios. No sé cómo te gusta. Luego saldré al bar a tomar uno.

Ambos se dirigen al despacho y se sientan, cada uno a un lado de la mesa. Ella, impaciente, no aparta la mirada del director; busca en sus gestos el impacto que ha de causarle la lectura y espera su permiso para seguir informando del asunto.

—Mejor vuelve dentro de un rato —dice. La presión silenciosa de la periodista lo incomoda, parece un juez severo a punto de condenarlo.

Mónica se levanta y sale del edificio. En la puerta, enciende un cigarro. Camina de una esquina a otra de la calle. Se para en el portal del periódico. Saca el móvil de su mochila para mirar el correo. Lo guarda. Lo vuelve a coger y entra en Facebook. Tiene más de cien notificaciones de sus *fans*. Lo guarda de nuevo. Camina otra vez. Ya piensa en cómo continuará el artículo. Si esto no convence al jefe, nada lo hará. Será una señal inequívoca de que las amenazas son el verdadero motivo por el que quiere retractarse.

Se acerca al bar. No necesita decirle al camarero que quiere un café bien cargado y con mucha espuma, él sabe de sobra que siempre lo toma así. El sabor no puede compararse al de la máquina de la redacción.

Mira el reloj varias veces, el tiempo se le hace eterno. Divaga sobre ello. Ya le gustaría tener uno que se acoplara a sus teorías extravagantes, que midiese las experiencias y no las horas. No ve el momento de volver al periódico.

Por fin decide entrar. Se aproxima al despacho del director y

llama. Al abrir, busca en su expresión la respuesta que tanto necesita.

—¡Esto es una bomba! —exclama Nacho con una sonrisa que le llega a las orejas.

—Me alegra escuchar eso. ¿Puedo continuar, entonces?

—Te felicito por tu hallazgo y por tu empeño. Eres increíble. ¡Admirable! Aquí hay una gran historia. Otra cosa es el suceso actual.

—¿Qué quieres decir?

—Nada acredita que haya sido un suicidio.

—Pero…

—Tengo que pensarlo con detenimiento. No quiero dar un paso en falso. Desde luego, hablaremos de esta familia, no te quepa duda. No obstante…, lo de ahora es punto y aparte. Ya te diré.

26 - EL OFRECIMIENTO

Sevilla, martes, 19 de febrero de 2019

El enfado de Mónica con el jefe ha perdurado casi toda la mañana, hasta que la ha llamado Hunter. Su propuesta de almorzar juntos ha hecho que se olvide de lo demás. A partir de ese momento, no ha podido concentrarse en ninguna otra cosa. Su mente ha divagado recordando a ese hombre del que no sabe con exactitud qué la atrae; imagina la comida a su lado, con su mirada abisal recorriéndole el cuerpo, clavándose en sus ojos y desnudándole el alma.

A las dos en punto sale del periódico. Él ya la espera en la puerta del edificio. El porte distinguido, el aire antiguo, el rostro sin edad, el bastón en la mano, todo ello lo identifica. Y no se debe a que sea inglés, un extranjero en tierras empapadas de esencia árabe, en verdad parece provenir de una época lejana.

—He reservado mesa en un restaurante cercano. Me lo han recomendado por su especialidad en mariscos. Espero que te agrade. —Hunter, que ha comenzado a tutearla, le ofrece el brazo.

Mónica no da crédito, es una costumbre añeja, anacrónica, caballerosa, pero se agarra a él. Una mezcla de frío y calor la sacuden.

—Eres muy amable invitándome.

—En absoluto, es un verdadero placer almorzar gozando de tu compañía. ¿Cómo ha ido el asunto del suicidio? Espero que esos documentos hayan bastado para resolverlo —pregunta mientras caminan hacia el restaurante.

—¡Uf! Bien y mal. Al director le ha interesado la historia, pero aún no tengo permiso para continuar con la noticia. Dice que nada acredita mi versión del fallecimiento actual. De todos modos, reitero mi gratitud. No sabes el gran favor que me has hecho.

—Me parece que tu jefe es un poco corto de miras al obviar la relación más que clara entre el pasado y el presente. Yo seguiré auxiliándote en lo que necesites, eso no lo dudes.

—Tu apoyo ha sido fundamental, de verdad, te estoy muy agradecida. No creo que puedas hacer mucho más.

Se adentran en las callejuelas sombrías de la ciudad, atestadas de guiris, comerciantes que acaban de cerrar sus pequeños negocios, madres agarrando las manos de chiquillos revoltosos que han salido de los colegios, algún músico que los deleita con sus melodías… Enfilan la calle Imagen y, luego, Escuelas Pías. Llegan a una terraza en la plaza Jerónimo de Córdoba y un camarero les indica que se sienten en el único velador que queda disponible. Los muchos turistas que en

esas fechas visitan la ciudad ocupan los demás.

—He pensado que comer al aire libre es más romántico. Hace un día radiante y el sol mitiga el frío de febrero —dice mientras suelta el bastón y retira una silla de la mesa para que se siente Mónica.

—Sí, es una idea estupenda. Además, lo prefiero porque dentro no se puede fumar.

—Me encanta el humo.

—No sabía que fumases.

—No, no lo hago. Me gusta su olor, que me rodee, que me abrace, y cuanto más, mejor —ríe, sentándose enfrente—. Me pasa igual con la niebla o las tinieblas. Tienen un halo mágico. Son tan… fantasmagóricas. Te envuelven y hacen que desaparezcas. Rareza mía. Y no es la única que tengo. Espero que, cuando me conozcas más a fondo, no te parezcan impertinencias ni excentricidades. No me importa reconocer que soy un poco maniático.

Tras un minuto observándola, que a ella le parece un siglo y la hace temblar de arriba abajo, coge la carta del menú de encima de la mesa y se la entrega.

—Elige tú. Yo pediré lo mismo.

—A mí me encanta el arroz con bogavante y, para picar, podemos compartir una tapa de ensaladilla.

Él asiente sin dejar de mirarla. Habría dicho que sí a cualquier cosa que ella hubiese sugerido.

—Me alegra que tengamos en común la sangre inglesa, porque, si no, ¿cómo es que una sevillana se apellida Smith?

—Muy simple: mi madre se casó con un inglés. Vivieron unos años en Londres, pero el clima le afectaba a la salud y mi padre, que siempre se ha desvivido por ella, aceptó trasladarse a Sevilla, su ciudad natal. Así que estás en lo cierto, nos une la sangre inglesa.

—Una mezcla perfecta, sangre sevillana y británica. Debe quererla mucho.

—La adora.

—¿Y a cuál de los dos te pareces?

—Pues no sabría decirte, creo que en el carácter a mi madre y en lo físico a mi padre —sonríe y se aparta el flequillo, en parte porque le molesta y en parte por coquetería—. Y tú, ¿qué me cuentas de tu familia?

—Eso sería muy aburrido.

—No lo creas, a mí me interesa.

—Eres preciosa. Y como te he dicho antes, estoy dispuesto a seguir ayudándote —dice para cambiar de tema; es evidente que prefiere no hablar de él—. No me importa atestiguar que reconocí a Samuel Arrubal en el puente.

—¿En serio harías eso por mí? —pregunta Mónica. Obvia el

piropo, aunque nota cómo el rubor le enciende las mejillas—. No quiero que mientas. Jamás he basado una noticia en la mentira. Tengo principios sólidos.

—*Just count on me*[4]. Cuando mentí fue antes. Para no implicarme demasiado, negué a la policía que lo hubiese reconocido. Y, la primera vez que me entrevistaste, mantuve esa versión por no contradecirme. Pero ya me da igual. Después de todo, dentro de unos días me marcho de tu país.

—¿De verdad? ¿Estás seguro? ¿Firmarías una declaración afirmándolo?

—*Absolutely*[5]. Lo que haga falta. Incluso si necesitas que hable en persona con tu jefe, ahí estaré. No mereces menos.

—Va a sonar un poco raro que hayas presenciado el suicidio de un miembro de la familia que llevas tanto tiempo investigando. Demasiada casualidad, ¿no crees? Y también que ahora cambies tu testimonio. Puede causarte un gran embrollo.

—No me importa lo que piensen las autoridades ni tu jefe ni el mundo entero, solo lo que pienses tú. No creo en las casualidades, más bien opino que ha sido un regalo de la vida, una recompensa a todo mi esfuerzo y trabajo de estos años.

—Bueno, yo tampoco creo en ellas, pero hay mucha gente que sí. ¿Por qué tanto interés en esa historia?

—Un conocido mío, tío de Samuel, me contó hace tiempo un relato de su familia, en concreto la desgracia de Jaime acaecida en 1912. Y me llamó la atención de manera tan obstinada que me dediqué a indagar más a fondo y a recopilar los documentos que te he facilitado —se inventa Hunter. No quiere desvelar el verdadero motivo por el que conoce con tanto detalle las adversidades idénticas sufridas por los Arrubal a lo largo de los siglos.

Tras esta confesión, acaricia la mano de Mónica que está apoyada en la mesa. Ella se queda inmóvil, incapaz de reaccionar, pero percibe cómo se le eriza la piel, y no por el frío que esta le transmite. No se atreve a mirarlo. Sabe que se perderá en sus ojos, que ese abismo que presiente se la tragará sin remedio.

—Me atraes mucho. Con intensa vehemencia. No pienso en otra cosa que en abrazarte. En cuanto te conocí quise hacerlo. Miento. Lo anhelo desde antes, ya sentía esto por ti tiempo atrás, aunque parezca imposible. Sé que no puedo ofrecerte nada, pero si tú…

—No sigas —pide Mónica. A pesar de que desea lo mismo, la embarga un temor exorbitante a dejarse llevar. Sí, ese hombre le causa atracción y miedo, y en la misma medida.

—Pensaba invitarte a mi hotel, no tendremos más oportunidades —insiste Hunter.

—Prefiero que vayamos al periódico, redactaré la declaración que

debes firmar.

—*Surely*. No son tareas incompatibles. Primero se hace una y luego otra.

Mónica por fin se atreve a mirarlo. Va a zanjar el tema, pero una fuerza enigmática, ajena a ella, le impide pronunciar una sola palabra. Por un instante duda. «¿Lograré resistirme?», se cuestiona.

27 - HUMBERTO NEGRO

Sevilla, jueves, 9 de agosto de 1601

Humberto y Mariana habían heredado la taberna a la muerte del padre de ella. A pesar de que él amaba su profesión y le costó abandonarla, había comprendido que ese negocio era una mejor fuente de ingresos y no debía rechazar la oportunidad de prosperar que le ofrecía la vida.

La industria vinatera de Jerez de la Frontera era, en aquella época, famosa y muy apreciada. Sus caldos se comercializaban en las Indias, en Italia e incluso en la Corte inglesa. Resultaba difícil hacerse con ellos debido a su escasez fuera de la localidad de origen y al alto precio al que lo vendían los intermediarios.

Humberto, que siempre quería ofrecer calidad a sus clientes, viajaba hasta las bodegas jerezanas para abastecerse de la codiciada mercancía. Aunque su mujer y él vivían con holgura, solo podía comprar algunos galones cada vez, y eso lo obligaba a ir con demasiada frecuencia.

Por el temor a encontrarse con bandoleros que le robasen el vino o que incluso lo golpearan o, peor aún, lo degollasen, solía acompañarlo su hermano, tres años menor que él.

Ambos regresaban tan alegres por el buen precio al que habían conseguido la bebida que ni siquiera les molestaba el polvo del camino ni el sol que pegaba con fuerza y los hacía sudar.

Pero, a escasas leguas de su destino, una de las mulas cayó de repente. Muerte súbita, quizá por la edad y el cansancio. Ese imprevisto retrasó la vuelta una noche, ya que con solo un animal la carreta avanzaba muy despacio y tenían que detenerse más a menudo.

Al llegar a la taberna, le extrañó que a esas horas siguiese cerrada. Mientras el hermano descargaba los barriles, él aporreó la puerta y se entreabrió. La imagen del charco de sangre y de Mariana tumbada en el suelo, con las ropas rotas y desperdigadas, fue lo primero que vio. Corrió hacia ella, preso de una angustia desmedida, y se arrodilló a su lado. Tomó el cuerpo entre sus brazos, gimiendo y gritando. Creyó volverse loco. Un dolor agudo, indescriptible, clavado en su pecho, lo acalló. Incluso le costaba respirar. La sacudía con suavidad y a la vez con ímpetu, como si quisiera despertarla de un perverso sueño. Por momentos, la apretaba contra sí, manifestando su resistencia a perderla, y ya la había perdido. Su amor, su compañera, su amiga, su esposa lo había abandonado para siempre.

Se sintió culpable, se reprochó no haber estado ahí para

protegerla e impedir que aquel suceso tuviese lugar. Se percibió desvalido e impotente. «Ojalá pudiera dar marcha atrás al tiempo», deseó. Maldijo el momento en que salió de viaje, el retraso… Se preguntaba qué sería de él sin ella, y también: cómo habría sido, quién, por qué. Se repetía que Mariana no merecía aquello, era un ángel y nunca había hecho mal alguno.

El hermano entró rápido, asustado por sus gritos. Se llevó las manos a la cara. No podía ver esa escena, impactaba demasiado.

—¡Ay, hermano! ¡No es posible! ¡Qué desdicha más grande! —balbuceó.

—¿Qué voy a hacer sin ella? Era la luz de mis ojos, el motivo… de mi alegría, mi impulso para vivir —confesó casi sin voz, llorando como una plañidera, con la garganta a punto de estallarle del dolor. Un dolor inmenso que sentía en todo el cuerpo, y en toda el alma, que se extendía como la gangrena.

—¡Qué desgracia! ¡Qué injusticia! —se lamentó el hermano, que se había aproximado, y le puso la mano en el hombro.

—¡Miserable! ¡Malnacido! No hay otras palabras para el que la haya asesinado. Corre, busca a los alguaciles, que vengan pronto, que vean lo que le han hecho a mi pobre y tierno amor. Tienen que dar con el culpable.

28 - EL PERMISO

Sevilla, martes, 19 de febrero de 2019

Antes de darse cuenta, Mónica se halla delante de la mesa de trabajo para escribir lo que le dicta el inglés:

—Yo, Hunter Black, ciudadano británico, de visita turística en la mágica ciudad de Sevilla, el 8 de febrero del presente año, paseaba a las cuatro y media de la madrugada por las inmediaciones del puente de Triana cuando vi a un joven, con la chaqueta puesta del revés, agarrado a la baranda de espaldas, daba la impresión de que iba a saltar. Me fijé en su rostro y, antes de que me diese tiempo a reaccionar, se tiró al río. Me acerqué a la orilla para ayudarlo, pero solo encontré ondas en el agua y una oscuridad que cegaba mis ojos. Conmocionado, avisé a emergencias y testifiqué ante la policía.

»Unos días después, al ver su foto en la prensa, supe que el suicida se llamaba Samuel Arrubal. Me sorprendió la versión oficial, pues afirmaba que murió por accidente en la piscina de su finca de Espartinas. No comprendo el interés de falsear la noticia. Debo agradecer a Mónica Smith que, haciendo gala de su franqueza, haya informado con exactitud. Y como muestra de la veracidad de mi testimonio, firmo aquí.

»Espero que sea suficiente.

—Desde luego que sí, con esto mi jefe no me pondrá más pegas y nadie se atreverá a acusarnos de mentirosos.

Mónica pulsa la tecla de imprimir, se dirige a la impresora, recoge la hoja y vuelve a la mesa. Él está firmando la declaración cuando entra Nacho y los saluda.

—Espera. Quiero presentarte a Hunter Black, el testigo de la muerte de Samuel. En este documento confirma el suicidio.

Nacho se para. Hunter se levanta y le da la mano. El director percibe el frío que desprende su piel y una fragancia intensa que lo incomoda.

—¡Vaya, qué buena noticia! Había entendido que no lo reconoció —exclama, intentando disimular su tensión.

—En un primer momento, no quise implicarme, pero no soporto que esos medios falseen la noticia. Con esto aporto mi grano de arena para que la verdad salga a la luz. Tiene suerte de contar con una periodista tan valiente y profesional como Mónica.

—Pues le agradezco mucho su colaboración, para nosotros es de vital importancia. Aunque, o mintió antes o miente ahora, eso no lo deja en muy buen lugar para no gustarle la mentira. Y coincido con

todo lo que dice sobre Mónica, soy consciente de mi gran fortuna por tener a la mejor periodista en mi equipo —dice Nacho.

Hunter se siente atacado y va a responder con ira, pero la intervención de Mónica le impide mostrar ese aspecto maléfico. Le viene de perillas, porque se inclina a ocultarlo.

—Mira, esta es su declaración. Creo que avala de sobra la veracidad de mi artículo. Así que espero tu permiso para continuar con la noticia. —Está satisfecha por los halagos de ambos y, sobre todo, por la información que posee.

Nacho la lee. Se disipan las dudas de que Hunter estuviera mintiendo. No tiene sentido que se arriesgue tanto si no es cierto. Su cara refleja complacencia. Esboza una sonrisa franca.

—La guardaré como oro en paño. Por mi parte no hay ningún inconveniente en que continúes con tu artículo, al contrario. Veo que esto puede dar de sí, lo entroncaremos con el resto de la historia de la familia Arrubal. Cuando puedas, ven a mi despacho para concretar juntos el enfoque. Le reitero mi gratitud, señor Black —manifiesta, dirigiéndose a él.

—*You are welcome*[6]. Creo que Mónica merece la tarde libre, se la ha ganado con creces —sugiere Hunter sin el más mínimo pudor—. Imagino que no puede dar este tipo de información todos los días.

Nacho lo mira estupefacto, la sugerencia lo pilla desprevenido y le cuesta negarse.

—Claro, sin problema. No vemos mañana a primera hora —le dice a ella.

—No, Hunter, prefiero quedarme y avanzar. Ya he perdido muchos días. —No sabe cómo ha sido capaz de rechazarlo, ha hecho un esfuerzo sobrehumano porque ansía estar con él, pero el miedo es mayor. Miedo a que le rompa el corazón, a no poder manejar las sensaciones que le provoca, a que sus ojos la engullan, la anulen, la pierdan.

Su respuesta decepciona a Hunter. Ha sobrevalorado su capacidad de influencia. Pero no está dispuesto a encajar un rechazo, no renunciará a probar el sabor de sus labios. Cuando el director entra en su despacho y los deja solos, insiste:

—Dime entonces que nos vemos esta noche.

—Hoy no puedo, de verdad. Tal vez, antes de que te marches, quedemos un rato para despedirnos.

—No alargaré mucho mi estancia aquí. Pensaba que… a ti también te gustaría pasar ese tiempo conmigo. No sé si he malinterpretado tus señales. —Se le aproxima y le acaricia la mejilla.

Ella cierra los ojos. Cuánto desea abrazarlo, besarlo, recorrer su piel a pesar de su gelidez. Sin embargo, se retira. Todo su cuerpo la alerta de una amenaza que no puede desentrañar, solo intuir.

—Discúlpame. No sé a qué señales te refieres. Te estoy agradecida, me resultas interesante y misterioso, pero no quiero una aventura de dos días. Eso ya lo he vivido otras veces y siempre me deja mal sabor de boca.

—Seguro que en esta ocasión sería distinto. El pasado no debe impedir la vivencia del presente. Los sucesos indeseados no tienen por qué repetirse, el futuro nos espera con los brazos abiertos, intacto, lozano, único. Dame la oportunidad de demostrártelo.

—No insistas. Déjalo estar.

—Yo creo en el destino, ¿tú no?

—No hay nada escrito, la vida es una página en blanco y la vamos escribiendo cada día. Las elecciones de hoy condicionan el mañana. Me gusta pensar que soy libre, que mis actos no están predeterminados; lo contrario me parecería una condena.

—Permíteme ser parte de ese diario, no te arrepentirás —con gesto seductor, arrastra las últimas palabras susurrando en su oído.

A Mónica no le gusta que la presionen. Cuanto más se empecina él, más se tensa ella. Su magnetismo ha perdido fuerza.

—Por favor, no sigas.

—Sé que luego te alegrarás. Todas esas dudas se disiparán como la niebla ante los rayos del sol. Será una experiencia mágica, te lo prometo.

Hunter se resiste a aceptar la derrota, no está acostumbrado a no salirse con la suya. «Si quisiera…, caería rendida a mis pies», piensa. Pero no quiere usar malas artes, sabe que de ese modo no le produciría placer.

29 - EL VELATORIO

Sevilla, jueves, 9 de agosto de 1601

En cuanto las autoridades y el doctor que había examinado a Mariana se marcharon, Humberto trasladó su cuerpo a la planta alta para velarlo. Al hacerse cargo de la taberna, el matrimonio había colocado una puerta al lado de la principal y una escalera que daba a la azotea, y en ella habían construido una vivienda pequeña, o más bien un par de habitaciones, para residir ambos.

Humberto no cesó de llorar en todo el día. Encerrado en su alcoba, pasó horas en el camastro, incapaz de moverse, pensar, comer ni casi respirar. Deseaba que la muerte lo llevara junto a su amor. En los escasos minutos en que el dolor le daba tregua, evocaba los momentos compartidos e iba a la sala contigua, donde yacía la difunta. Le cogía las manos, le acariciaba la cara, la contemplaba como si fuese a despertar en cualquier instante y, al rato, volvía al camastro, preso de la desolación.

En el portón de la taberna se colgó un tablero con una cruz pintada en el centro, signo de fallecimiento, para avisar de que permanecería cerrada algunos días. Y en la puerta de al lado, por la que se accedía a su vivienda, esa tarde comenzó a agolparse una multitud que quería mostrar sus respetos a la difunta.

La fama de la taberna precedía a la familia de Mariana y la noticia de su asesinato había corrido como la pólvora por toda la ciudad.

Para averiguar quién o quiénes habían cometido tan atroz acto, los alguaciles habían inspeccionado el lugar de la agresión e interrogaron a los vecinos, por si aquella noche habían visto u oído cualquier cosa anómala; todos negaron saber algo del asunto. No tenían ninguna pista. Por experiencia, a los pesquisidores públicos les constaba que, en los casos en los que no se hallaban pruebas ni testigos, era muy difícil, por no decir imposible, identificar al culpable. Así, transmitían pesimismo a cualquiera con el que hablaran.

La suegra de Humberto, a pesar del desconsuelo por haber perdido a la hija, preparó la sala para el velatorio. Subió bancos y sillas de la taberna y cocinó pastelillos para agasajar a los velantes. Todos los asientos se ocuparon.

La fallecida presidía el espacio sobre una mesa rectangular, y envuelta en una sábana. Parecía dormida, como soñando un sueño eterno. El silencio imponente era a veces roto por los lamentos, los suspiros y el murmullo de los que daban el pésame. Humberto, a su

lado, descubrió su rostro y no dejó de mirarla. Incluso así estaba tan bella…

A las siete de la tarde, la madre le cubrió la cara. Lo habían dispuesto todo para que fuese enterrada ese mismo día. El calor sofocante de Sevilla en esas fechas aceleraba la descomposición a un ritmo vertiginoso, y la familia quería evitar los efluvios hediondos de la muerte.

A él tuvieron que agarrarlo. Quería abrazarla, se negaba a separarse.

—¡Mariana! ¡Mi Mariana! ¡No os la llevéis! ¡Maldito el que me la ha robado! ¡Te prometo que haré justicia! ¡Le arrancaré la piel! ¡Le sacaré las tripas! ¡Te lo juro!

Cuando se calmó, los hermanos la bajaron y la metieron en la carreta. Habían quedado con el sepulturero intramuros, en el recinto sacro destinado a cementerio de la iglesia de El Salvador, para que la depositara en la fosa común, lugar de enterramiento de aquellos que solo alcanzaban a abonar el coste del enterrador.

Las mujeres contemplaban el multitudinario cortejo fúnebre desde las puertas de sus casas, compuesto por la familia, los vecinos y numerosos clientes. Humberto iba retrasado, arrastrando los pies por el peso enorme que sentía. Antes de salir de su calle, se le acercó una anciana.

—Hijo, yo vi al asesino. No lo he declarado ante las autoridades porque no quiero asistir a juicios ni que me comprometan. Júrame que lo que te diga no se lo repetirás a nadie —le susurró al oído la mujer.

Él, sorprendido, la agarró con ansia por el brazo y se apartaron del resto de la procesión.

—Lo juro. Seré una tumba. Dígame lo que sepa.

—Anoche no dormía, cosa frecuente, porque padezco el mal de la falta de sueño. Oí unos gritos que llamaron mi atención. Me pareció que venían de la taberna. Me asomé a la ventana y vi la puerta cerrada, algo normal, ya que a esas horas no suele estar abierta. Como no escuche nada más, pensé que habían sido imaginaciones mías y no le di más importancia.

»Me preparé una tisana. Después de tomarla, me fui a la cama. Esperaba que me hiciera efecto, pero nada, hijo, ni con eso logré cerrar los ojos. Como seguía sin dormir, al cabo de un rato me levanté. De nuevo miré por la ventana y entonces lo vi salir con sigilo. Era Martín Arrubal. Discúlpame, porque en aquel momento creí que tu mujer había aprovechado tu ausencia para acostarse con él. Pero, luego, al enterarme…

—No siga, ¡por Dios, no siga! Mi mujer era una santa. Ha dicho todo lo que necesitaba saber. Muchas gracias por contármelo. Ahora podré vengarla. Es lo único que puedo hacer por ella. Restituiré su

honra y la mía. ¡Acabaré con ese malnacido! —Con ímpetu, Humberto la besó en la frente.

—Si abres la boca y los alguaciles me preguntan de nuevo, lo negaré todo. Te acusaré de enajenado o de lo que haga falta. ¿Te queda claro? —advirtió ella, levantando el dedo índice.

—No tema. Lo mismo le pido: guarde silencio. Esto es cosa mía.

30 - TERCERA PARTE DEL ARTÍCULO

Sevilla, martes, 19 de febrero de 2019

Cuando Hunter se marcha cabizbajo y frustrado, Mónica se sienta en su mesa de trabajo. Abre el portátil con la intención de continuar con el artículo, pero es incapaz de concentrarse. Tiene una especie de neblina en la cabeza y un torbellino de emociones le sacude el cuerpo. La imagen de ese hombre misterioso es como una pegatina adherida a su mente, densa, viscosa, inamovible. Una náusea inexplicable le asciende a la boca. Le falta el aire, el corazón le palpita. Y la sensación de que puede desvanecerse en cualquier momento la asusta.

Se pone de pie de un salto, como si se hubiera accionado un resorte o una brújula interna la guiase, indicándole el mejor modo de protegerse. Las piernas le tiemblan.

Camina hacia el dispensador de agua y saca una botella. «Estoy bien —se repite—. Solo necesito tomar un respiro». Tras desenroscar el tapón, bebe un sorbo. Se lleva la mano al pecho para calmar los latidos frenéticos de su corazón, tan furiosos como un león enjaulado.

Minutos después, sale del edificio. Ha refrescado. Percibir el frío en la piel la distrae, diluyendo su malestar. Fuma un cigarro y se recompone mientras observa como los transeúntes pasean, entran en los comercios y en los bares o se van de ellos, o se paran frente a los escaparates. No quiere darle vueltas a lo ocurrido. Sabe que es muy extraño, pero ya tendrá tiempo de atar cabos. En este instante prefiere centrarse en la jugosa historia de Samuel Arrubal.

Vuelve con paso decidido a la redacción y comienza a teclear en el ordenador.

Suicidio encubiərto

(Tercera parte)

Se confirma el suicidio de Samuel Arrubal gracias al təstigo que lo vio saltar al río. Este periódico ha conseguido una declaración firmada que acredita nuestra versión.

Las manos negras de estə país, que incluso se han atrevido a presionar y amenazar para que nos retractásemos, tienen mucho que perder. No puede mantenerse una mentira que se cae por su propio peso. No permitirəmos que intenten cortar las alas a la verdad.

También hemos sabido que a esta familia persíguenle los suicidios. No es el primero que ocurre entre sus miembros ni tal vez

sea el último, el originario se remonta varios siglos. Y no es casualidad, un gran enigma asoma como la punta de un iceberg en mədio de esta red de ocultaciones.

El suceso más cercano ocurrió en 1912. De igual modo que Samuel, su antepasado Jaime Arrubal se ahogó en un río, en concreto el Manzanares; también llevaba el abrigo del rəvés y un ocho horizontal marcábale la frente. Pero estos no son los únicos signos que los asemejan. Si indagamos más atrás, varios ancestros se hallaron en las mismas circunstancias a causa de actos idénticos.

¿Cuándo y por qué empezó esta serie de suicidios? ¿Qué les induce a saltar al abismo? ¿Por qué buscan sin dəscanso el abrazo de la Muerte? ¿Pesa una maldición sobre esta familia? ¿Qué oscuro misterio les ronda siglo tras siglo? ¿Qué lazos invisibləs aprisionan a miembros de distintas generaciones?

Seguidnos de cerca porque continuará…

Al pie de la noticia, Mónica Smith.

31 - LA PROPUESTA

Sevilla, miércoles, 20 de febrero de 2019

La insistencia de Mónica en mantener su versión y, en especial, la última parte de su artículo, en la que airea trapos sucios de la familia Arrubal, ha enfadado al patriarca y a algunos socios del BankCity.

La ira preside la reunión convocada de urgencia. Diez hombres enchaquetados, con visibles gestos de gran preocupación —el rostro serio, la mandíbula apretada, el entrecejo fruncido…—, entran en la sede de la entidad financiera, situada en una de las calles principales de Madrid. Casi todos superan los sesenta años, solo hay dos por debajo de cincuenta. Samuel, el más joven, era el número once. Aún no lo han sustituido. La mayoría luce una barriga pronunciada, algunos son calvos y otros exhiben abundantes cabelleras tintadas para esconder las canas; también los hay que ocultan parte de sus caras con barbas y bigotes tupidos.

El edificio, de siete plantas y ubicado en una de las mejores avenidas de Madrid, destaca por la fachada de estilo barroco, aunque el interior ha sido reformado y en él se respira un aséptico aire modernista. En el séptimo piso se hallan los despachos del presidente y del vicepresidente, la sala de reuniones y un amplio salón que suele usarse para festejos.

Hará menos de un mes que allí celebraron, con un sinfín de canapés y botellas de champán, el alza de las acciones. Todos los miembros del consejo de administración, algunos empleados predilectos, socios de relevancia e incluso algunas autoridades importantes brindaron por los cuantiosos dividendos anuales.

En estos ámbitos, las sonrisas, los abrazos y los apretones de manos siempre proliferan cuando todo va viento en popa. Repartir ganancias es motivo de alegría y un acicate para fomentar las relaciones comerciales y la amistad. Apariencias, poses y falsedades que interpretan durante un rato sin el más mínimo remordimiento.

Hoy es distinto. Las acciones han bajado. Desde que esa fastidiosa periodista se ha entrometido en sus vidas, no dejan de caer. Analizan los datos, culpan de desidia al presidente, preguntan sobre cuál va a ser su estrategia, sugieren anticipar la renovación del cargo. En el fondo, esto último es el verdadero interés de algunos.

El padre de Samuel no es un hombre fácil de tumbar. Se compromete a solucionar el asunto. Asegura que en un par de semanas todo estará arreglado y los índices en bolsa incluso superarán a los anteriores. Con reticencias, los miembros del consejo de

administración aceptan la promesa.

Tras la reunión, el presidente entra en su despacho. Está abatido. Durante un momento se ha visto acorralado. Más de uno quiere ocupar su puesto, eso es obvio. Y volverán a arremeter contra él en cuanto dé un paso en falso o muestre el más mínimo indicio de debilidad.

Son unos tiburones, solo le faltan unos meses para jubilarse, podrían esperar; pero no, cuando huelen sangre, se lanzan sobre la presa sin misericordia.

Y él, ¿por qué no dimite?, ¿para qué se aferra a algo que soltará en breve? Máxime cuando su estado de ánimo es tan pesaroso. ¡Acaba de perder a su hijo! Pues no, es una cuestión de pundonor. Cuando se marche, lo hará con la cabeza bien alta.

«Tengo que idear algo rápido para cortarle las alas a la pirada esa que no deja de incordiar. No quedará impune, no», piensa.

No solo la odia por el daño provocado a la empresa y a su reputación laboral, sobre todo es porque ataca sus principios religiosos, a su familia, dejando a su hijo en tan mal lugar. No soporta que el pecado cometido por el descendiente esté en boca de todos. A Dios no puede engañarlo, lo sabe, pero nadie más tendría que haberse enterado.

Suena el teléfono, duda si cogerlo. Teme que sea algún socio para hacerle reproches o presionarlo. Después de varios toques, descuelga sin pensarlo más. La voz de la secretaria le resulta lejana, aunque es la misma de siempre.

—Señor, lo llaman de *SeviDiario*. En otras circunstancias, no lo habría molestado, pero…

—Sí, gracias, pásame la llamada. —Pulsa la tecla para aceptar—. Dígame, ¿con quién hablo? —pregunta con un tono bravo, oír el nombre de ese periódico le insufla energía, fruto de la indignación.

—Soy una amiga que sabe de su tesitura y quiere ayudar.

—¿De qué cojones me habla?

—No estoy de acuerdo con lo que le está haciendo este periódico.

—Identifíquese.

—Mi nombre no importa. Estoy segura de que Mónica Smith es tan enemiga suya como mía.

—Mire, no tengo tiempo de juegos ni acertijos. Si se trata de una broma, es de muy mal gusto; y si habla en serio, dé la cara.

—Estoy dispuesta a mantener una videollamada cuando quiera, le ofrezco ayuda sincera. Pero le pido discreción: no me conviene que nadie sepa que le he contactado. Me interesa quitar de en medio a Mónica tanto como a usted. Podemos ser buenos aliados si acepta mi propuesta.

El padre de Samuel calla unos instantes, sopesa la veracidad de

esas palabras. No cree en las coincidencias, pero piensa que el destino le brinda una tregua. No se fía de ese maldito periódico que le está complicando la vida y, por ende, de nadie relacionado con él. Aunque tampoco pierde nada si se entrevista con esa mujer. Solo debe cuidarse de decir cualquier cosa que lo comprometa, por si se trata de una trampa. Ya está acostumbrado a cubrirse las espaldas.

—Le advierto que, si es una encerrona, no saldrá bien parada.

—Yo estoy dispuesta a arriesgarme, ¿y usted?

—De acuerdo. Acepto esa videollamada. Escucharé su propuesta y luego decidiré si acepto.

—Le interesará, seguro.

32 - PREPARANDO LA EXPEDICIÓN

Lisboa, sábado, 25 de agosto de 1601

Constantes rebeliones se habían producido en Irlanda para liberarse del yugo inglés. Felipe III, que heredó de su padre el deseo de doblegar a Inglaterra y a su altiva reina Isabel I, decidió apoyar las revueltas de los católicos irlandeses y en 1601 logró enviar naves y hombres bajo el mando del maestre de campo Juan del Águila, más conocido como Juan Sin Miedo.

En el puerto de Lisboa se preparaba la expedición. Miles de soldados, marineros y personal auxiliar procedentes de Milán y de distintas ciudades de España se reunieron allí, a los que se sumaron los propios del territorio portugués. Unos pertenecían a la infantería —piqueros, arcabuceros y mosqueteros— y otros a la artillería. Los marineros profesionales aprovisionaban de pertrechos a los treinta y tres barcos destinados a la misión: sacos de trigo, patatas, numerosos quintales de bizcocho, queso y vino; gallinas, ovejas, cabras y cerdos, vivitos y coleando por la necesidad de tener carnes frescas; picas, espadas, mosquetes, barriles de pólvora, proyectiles, cañones de seis y siete libras, culebrinas y medias culebrinas; cuerdas, plomo, picos, material de fortificación, así como mantas y cuero. Pero también el puerto se llenó de mendigos en busca de una limosna; de mujerzuelas a la caza de un buen mozo que pagase en abundancia sus servicios; de aguaderos pregonando sus bebidas y comerciantes, sus productos: pastelillos, salazones, panes…, y todo tipo de gentes del más bajo escalafón, que albergaban la esperanza de afanar unas monedas.

La ciudad era un enjambre y el puerto bullía por el constante ajetreo de animales, de carretas y de hombres cargando y descargando mercancías; por las fuertes voces de los sobrecargos que ordenaban dónde colocarlas y revisaban que el avituallamiento fuese el correcto; por el chasquido del roce de materiales, en especial los de metal; por el parloteo incesante de algunos y por las grescas que a veces se formaban. A la algarabía se sumaba el olor a sal, a pescado y a mar.

Al caer la tarde, muchos llenaban las tascas para emborracharse, y entonaban canciones bélicas o dormían en cualquier rincón hasta que se desvanecía la embriaguez.

Mientras, los altos cargos discutían sobre el mejor punto para desembarcar. Y, tras muchos dimes y diretes y cartas al rey pidiéndole que se pronunciara, por fin se acordó que fuese en Kinsale, a pesar de la oposición del maestre de campo.

Martín, en cuanto llegó, preguntó por el nombre de la

embarcación en la que viajaría y se dispuso a arrimar el hombro, junto con el alférez, el sargento, el cabo y el resto de sus soldados, que les esperaban allí. En la nave capitana San Andrés navegarían con Juan del Águila.

Al final de la jornada, Martín tuvo ganas de festejar con compañía femenina. Se fijó en una chica resultona de pechos exuberantes. Tras mostrarle una bolsita con siete maravedíes, ella quedó cautivada y se la llevó a un callejón solitario y oscuro.

Caminaba abrazado a la joven, sonriente, y sobando sus encantos. Al resguardo de las sombras, la mordía como un lobo enloquecido. El escote, recto y holgado, dejaba asomar la mitad de sus senos y facilitaba que Martín los toquetease a manos llenas. Luego de apretar su culo, terso y opulento, le subió la falda y las enaguas. Al ver que no usaba más ropa interior, muy agitado, se bajó las mallas y la bragueta, pero a su mente vino el recuerdo de Mariana.

Imaginó que era ella la que se dejaba hacer, la que desprendía ese calor sensual y se le ofrecía abierta como una flor. Evocó sus labios húmedos, su piel abrasadora, su cuerpo lascivo… Los ojos fijos, sin vida, los brazos inmóviles, el rojo de la sangre…

Su miembro erecto perdió fuerza en un segundo. No entendía qué pasaba. Siempre se había enorgullecido de su virilidad.

La mujer, diestra en esas experiencias, buscó su boca y se enredó con su lengua mientras con una mano le masajeaba la verga marchita y le introducía la otra por debajo de la camisa para arañarle la espalda.

—¡Inútil! —gritó Martín, y se apartó de ella, ofuscado. El deseo se había convertido en furia.

—No seas impaciente —trató de calmarlo la mujer, asustada por su reacción.

—¡Maldita sea! —Se colocó bien las ropas y sacó el puñal. Con la punta, rozó el cuello de la joven, que tragó saliva y abrió los ojos, llenos de angustia—. Si dices algo de esto, será lo último que cuentes. —Y se alejó con caminar apresurado, de lo cual ella se alegró.

Martín iba dando patadas a todo lo que encontraba a su paso. Jamás le había ocurrido aquello. El enfado era consigo, por no poder penetrarla, por hacer el ridículo, por haber perdido la virilidad. ¿Y si el desdichado accidente de Mariana interfería para siempre en sus asuntos del placer? ¿Qué clase de hombre sería en adelante? ¿Cómo evitar la vergüenza?

—¡Maldita sea! —se quejó de nuevo al aire—. Ojalá nunca hubiese dado rienda suelta a aquel anhelo.

33 - LA DISCULPA

Sevilla, miércoles, 20 de febrero de 2019

El móvil de la periodista suena varias veces. Lo coge sin fijarse en quién llama.

—Hola, Mónica. Esperaba que me contactaras para aceptar mi última propuesta, pero veo que has conseguido por otros lares lo que necesitabas —le lanza el policía que le filtra información.

—¡¿Cómo tienes la cara de recordarme tu desfachatez?! ¡No sé quién te has imaginado que soy!

—Solo bromeaba, mujer, aunque… veo que te lo has tomado muy en serio.

—No sé, no me sonó a guasa. Y, si era una broma, demasiado pesada.

—Está bien, te pido disculpas si así te sientes mejor. De verdad que no pretendía ofenderte. Créeme.

—No me pega nada que me llames solo para disculparte. No es tu estilo. ¿Qué quieres?

—¿Me estás acusando de interesado? Pero, bueno, vaya concepto tienes de mí. Solo voy a pedirte un pequeño favor. Según cuentas en tu noticia, has hablado con un testigo que reconoció a Samuel cuando se suicidó. Nos gustaría interrogarlo. —Ramiro no se imagina que es el mismo que dio testimonio ante el inspector.

—¡Ja! ¿Ves como no me equivoco? Un interesado y un caradura, eso es lo que eres. Sabes de sobra que no delato a mis fuentes.

—Ya, pero por una vez podrías hacer una excepción.

—¡Ni de coña!

—Llamémoslo intercambio: tú me das el nombre del testigo y yo te cuento cómo va la investigación.

—Por suerte, ya no te necesito en este caso; así que, de intercambio, nada.

—Vale, ahora no te hago falta, pero en futuras ocasiones me buscarás, como siempre, y ahí estaré yo, jugándome el puesto por filtrarte información.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagarme?

—Venga ya, ¿me vas a cobrar?

—Pues sí, mereces que te pague con la misma moneda.

—No sabía que eras tan rencorosa. Dime cuánto quieres.

—Tres mil euros.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—No es posible. Como mucho, te devuelvo los dos mil que te pedí, pero de verdad que no puedo conseguir ese dinero.

—No soy tan rata como tú. Ni con un millón de euros podrías comprarme.

—Vamos, Mónica. ¿No te das cuenta de que esto también te ayudará? Ese testimonio echará por tierra el complot que se ha creado para ocultar la verdad.

—Eso ya lo he conseguido yo sola.

—Bueno, pero mejor si las autoridades lo reconocen.

—Mira, me trae sin cuidado lo que digan los demás. Mis fuentes son sagradas.

—Mujer, no te hagas de rogar.

—¡He dicho que no! —responde tajante y cuelga.

34 - RUMBO A KINSALE

Océano Atlántico, del 28 de agosto al 1 de octubre de 1601

Al tercio de Juan del Águila se unió el de Francisco de Toledo. Las tropas iban hacinadas en treinta y tres buques, entre ellos cinco galeones y trece urcas que zarparon del puerto de Lisboa y recalaron en Belém, Ferrol y La Coruña para recoger a nuevos efectivos. En total, seis mil hombres surcaban el Atlántico rumbo a Kinsale.

A pesar de la falta de espacio, Martín entrenaba con su compañía en la cubierta. Mantenía que estar ociosos minaba la moral y acrecentaba el temor a navegar en aquellas aguas bravas. Iban totalmente equipados: sobre la camisa, un jubón cubierto a su vez por un coleto de piel; el gorjal para resguardar el cuello y el morrión, la cabeza; medias; calzones; botas de cuero, tahalís o talabartes.

Espada en la mano derecha y daga en la izquierda, se enfrentaban de dos en dos. Con aplomo, hacían restallar los metales en cada golpe: ¡chis, chas, chis, chas! Parecían danzar con brío y con las armas dibujar culebrinas en el aire. No desistían ni por cansancio ni por calor. El tiro con arcabuces no lo entrenaban por no gastar munición, la buena puntería ya la habían demostrado en anteriores batallas. Si de algo se jactaba el capitán era de patriotismo y valentía.

Soportaron tres semanas de embestidas del océano, de cambios de viento, de mareos, de más de una vomitera, de comida escasa, de poca higiene y malos olores.

—Ni en prisión estaríamos peor —dijo el alférez, tumbado sobre un saco de paja en la aleta de babor, cerca de la zona de popa, rascándose picaduras que no sabía si eran de chinches o de pulgas.

—No te quejes, esto no es nada. Lo duro nos espera en la contienda. —El sargento se acarició la barba negra, que se confundía con la oscuridad reinante. Era una noche sin luna y con tupidas nubes que amenazaban tormenta.

—Maldigo la hora en que no elegí otro oficio. Si hubiese tenido el don de la poesía… Ya me imagino recitando versos a las damas y a todas rondándome, suspirando por mi amor.

—Ja, ja, ja —rio el compañero—. En ese caso, ya te habrías muerto de hambre. ¿Conoces a algún poeta que viva en la opulencia? Estarías rodeado de moscas y de ratas a las que espantar a manotazos, no de señoras de alta alcurnia. Y quién sabe si no tendrías que pedir incluso limosna para llevarte algo a la boca.

—Tampoco aquí son espléndidos ni en variedad ni en cuantía. El condumio deja mucho que desear. Mis tripas son ruidosas y un tanto

exquisitas, la verdad. Y de moscas y ratas mejor no hables, que en esta nave hay más que tripulantes.

—No, si ahora el señorito quiere perdices y ambrosías. Anda, calla ya y déjame dormir, que tal vez mañana no podamos hacerlo —concluyó el sargento, y se giró con dificultad para acurrucarse en brazos de Morfeo. Por lo apretados que estaban, casi no sentían el frío; los cuerpos desprendían calor y olor a humanidad.

—Sí, mejor dormir, ¡rediez! Así no escucharé ni al estómago ni a las sabandijas —asintió el alférez, y dio golpes al saco de paja para ahuecarlo y acomodarse en él.

—La queja es cosa de mujeres —intervino Martín con determinación—. Un hombre que se precie aprieta las mandíbulas y soporta lo que venga. No quiero lloriqueos ni lamentos en mi compañía. Así que duerme y deja de avergonzarme.

—¡En la lucha soy tan hombre como el que más! —El alférez, ofendido, se incorporó de medio cuerpo.

—Y, en la paz, tan blandengue como un bizcocho remojado —rio el capitán, suavizando la arremetida. Y también rieron los demás.

El sargento apoyó la mano derecha en el costado del alférez y le dio un pequeño impulso, indicándole que se tumbara de nuevo.

Las bromas los ayudaban a lidiar con aquella aventura que nada tenía de agradable.

Eran las diez de la noche del 27 de septiembre cuando el vigía, con una vista de búho, desde la canastilla del palo mayor, repitió como un eco:

—¡Tierra! ¡Tierra a estribor!

Pero antes de pisar costas irlandesas, se desató una tempestad. Los barcos asemejaban cáscaras de nueces, indefensos, tambaleándose con las sacudidas del mar. Se alzaban las popas como plumas por las fuertes embestidas, inclinando las naves, que parecían tocar las nubes.

Los marineros corrieron a arriar las velas y a obedecer las órdenes del superior, con la dificultad que les suponía llegar a los mástiles. Muchos se resbalaban y, en vez de avanzar, reculaban. Mientras, unos rezaban, otros maldecían, algunos cerraban los ojos temiendo la muerte o se agarraban a los compañeros igual que lapas. Los animales cacareaban, balaban, gruñían… Cada especie con su voz propia manifestaba la consciencia que poseían del peligro.

Todo era caos. Los vaivenes no paraban y la tensión aumentaba por segundos. No era la primera vez que la alianza de una tormenta y el mar despedazaba las armadas españolas. En aquellas mismas rutas y en diversas ocasiones, el océano había devorado, como una serpiente gigantesca, a curtidos navegantes con todos sus cargamentos.

¿Morirían ahogados? ¿Quién podría sobrevivir? ¿Por qué Dios no los salvaba si eran adeptos a su causa? Esas preguntas rondaban a más

de uno.

La lluvia caía con furia. El agua dulce se mezclaba con la salada que alcanzaba los costados de los buques y se deslizaba por los pisos de madera, arrastrando cualquier cosa que encontrara a su paso. Relámpagos inconmesurables encendían los cielos y los truenos tronaban con ahínco: ¡truuuuuum, kraaaak, truuuuuum, kraaaak! El espantoso estruendo hacía trizas los oídos de los hombres. Tembló la noche cuando un viento huracanado y cambiante dispersó la flota. A la deriva, las naves se balanceaban con ímpetu. Los marineros trataban de dominarlas, pero varios barcos fueron incapaces de recuperar el rumbo y regresaron al Ferrol. Mil soldados menos para luchar contra los ingleses.

Algunos con más suerte llegaron a Kinsale cuatro días más tarde. Entre ellos, el galeón San Andrés, en el que viajaban Juan del Águila y Martín Arrubal con su compañía.

35 - LA TRAICIÓN

Sevilla, jueves, 21 de febrero de 2019

Mónica está redactando el artículo que ha de publicar al día siguiente. Se le ha hecho tarde y la inspiración se ha ido de vacaciones. Decide cerrar el portátil y recoge sus cosas. «Lo terminaré esta noche en casa», piensa.

—Nuria, ¿todavía estás por aquí?

—Sí, estoy ultimando el informe de lo que he averiguado del consejo de administración del BankCity. Mañana sin falta lo tendré listo.

—Bueno, no hay ninguna prisa, no te preocupes. Esa información ya no es relevante. He reunido todas las piezas del puzle gracias a Hunter. Y tu ayuda también me ha sido fundamental. ¿Quieres una cerveza en el bar de enfrente? Te invito. Me vendrá bien despejarme y así charlamos un rato y nos conocemos mejor. —A Mónica le encanta relacionarse y escuchar lo que dicen y callan los otros. Además, pretende ser amable con la chica, le cae bien y valora su esfuerzo.

—Te agradezco la invitación, pero estoy muy cansada. Voy a recoger también y en cinco minutos me marcho directa a casa. Necesito una buena ducha caliente y un poco de sofá —argumenta para rechazar la propuesta, pero la realidad es otra.

—Como quieras. No he tenido tiempo de comentarte que hablé con Nacho de tu contrato. En este momento no piensa aumentar la plantilla, pero le he dicho que tu ayuda me es indispensable. Y no te preocupes, que le insistiré.

—¡Oh! Mil gracias. Me haría mucha ilusión seguir trabajando contigo —finge alegrarse. En verdad, piensa que es una engreída. ¡Su ayudante! ¿Qué se cree? Ella aspira a mucho más.

—Bueno, hasta mañana —se despide Mónica.

En cuanto la ve salir, la becaria llama al padre de Samuel. Habían acordado que la vigilaría el tiempo necesario para determinar su ruta y costumbres fuera de la oficina y que ese jueves 21 de febrero la liquidarían.

—Acaba de salir ahora mismo.

—Perfecto.

—¿Está todo preparado?

—Listo.

—Espero que salga bien.

—Así será —afirma el padre de Samuel con absoluta convicción.

Un hombre sin escrúpulos y acaudalado como él no tiene

problema en contratar a un francotirador. Es capaz de cualquier cosa para limpiar su apellido.

En cambio, a Nuria, después de colgar, se le encoge el estómago y las dudas la invaden. Está a punto de correr detrás de Mónica, de hacer algo para abortar el plan. La culpa pesa demasiado, la aguijonea. Le costará cargar con una muerte a sus espaldas. Pero sus pies no responden. «Ya es tarde, ya no puedo dar marcha atrás», piensa.

En un ático de una calle aledaña al periódico, un sicario aguarda, paciente. En cuanto recibe la llamada, busca el objetivo, apoyado en el pretil de la azotea con un arma de precisión: un fusil Arctic Warfare modelo AW, de calibre 7,62 mm y un alcance de unos ochocientos metros.

Mónica Smith no tarda mucho en aparecer en su visor telescópico. Balancea con suavidad un dedo sobre el gatillo. Lo aprieta. La bala se dirige a su cabeza.

Un transeúnte pasa por delante de la periodista en el momento del impacto.

Mala suerte para él.

Buena fortuna para ella.

Una desgracia absoluta para el desconocido, que recibe el balazo en un hombro y cae al suelo.

En ese instante se forma un gran alboroto. El sonido del disparo hace gritar y correr a la gente que se encuentra en las inmediaciones del suceso. Enseguida se produce un segundo disparo que también yerra, porque Mónica reacciona con velocidad y se tira en plancha. Repta hacia un comercio y, antes de que consiga entrar, un tercer disparo le da en una pierna. Dolorida y con el pánico golpeándole los ojos, el rostro y todo el cuerpo, se pone a resguardo.

Se escuchan las sirenas de la policía y de la ambulancia. Alguien ha llamado a emergencias.

El francotirador desmonta el fusil y lo guarda en una funda de guitarra. Se quita el pasamontañas y se enfunda un gabán. Baja por la escalera del edificio con parsimonia, como si el asunto no fuera con él, pero se marcha contrariado. Un fallo de ese tipo será una mancha negra en su reputación, no podrá mantener su alto caché, que tan buenas remuneraciones le aporta. Desde que lo expulsaron del Cuerpo de Infantería de Marina por su carácter rebelde y varias insubordinaciones, en especial la última, que acabó con un ataque a un superior, ha llevado a cabo importantes trabajos para gente poderosa: políticos, empresarios, eclesiásticos, banqueros… Es la única vez que no ha cumplido una misión. Suele acertar a la primera. Sabe que solo ha herido a su objetivo en una pierna. Tendrá que esperar noticias. Seguro que los informativos detallarán el estado de la

víctima.

Mientras los servicios sanitarios atienden a los heridos y a algún que otro transeúnte con un ataque de ansiedad, los agentes interrogan a los testigos y buscan al tirador. Las versiones son dispares. Unos dicen que han escuchado diez tiros provenientes del lado sur; otros, cinco originados al norte. Varios discuten con vehemencia por no ponerse de acuerdo. Más de uno que ha llegado después pide explicaciones del suceso. Incluso hay quien dice que ha visto correr a un tipo con pinta de asesino.

Dos sanitarios cortan la hemorragia a Mónica. Luego, la ponen en una camilla y la suben en la ambulancia. Hay que extraer la bala en quirófano.

La periodista llora y tiembla, está impactada, presa de una angustia aguda, de un dolor intenso y de un miedo visceral.

36 - EL PÁNICO DE MÓNICA

Sevilla, jueves, 21 de febrero de 2019

Mónica acaba de entrar en el quirófano. Todo ha pasado tan rápido que aún no lo ha digerido. La pierna le arde de dolor. Se siente débil. No sabe cuánta sangre ha perdido ni cuál será la magnitud del daño.

«¡Dios! ¿He sido una víctima aleatoria o han tratado de matarme? ¿Tendrá relación con mi artículo? ¿Lo intentarán de nuevo? Y mi pierna ¿la salvarán? ¿Qué será de mí si no puedo volver a andar? Tal vez ha llegado mi hora de nacer al revés. Quizá la Muerte espera que cierre los ojos para llevarme a otra vida, a un mundo diferente, quizá mejor, quién sabe si peor», piensa. No es capaz de impedir que mil preguntas la asalten.

Está sudando a pesar de tener frío. Un frío de cristal, punzante y despiadado, atraviesa sus huesos, y sus músculos, y su alma. Le castañean los dientes. No sabe si se debe a la temperatura de la sala de cirugía o al terror que la embarga.

«Todo va a ir bien. Sí, soy fuerte», trata de animarse.

El anestesista se acerca, ve en sus ojos el miedo.

—Voy a ponerle anestesia local. Pero, si está muy nerviosa, ahora mismo le doy un sedante.

—¿Es grave? ¿Cree que podré andar? No quiero ni imaginar que…

—Vamos, no piense en eso. No parece una herida profunda. La bala está alojada en el gemelo. Solo hay que extraerla y coser. Es una intervención rutinaria, sin mayores complicaciones, de menos de media hora. En unos días se habrá recuperado por completo.

—¿De verdad? ¿No me engaña? —Mónica agarra al anestesista por el brazo.

—Nunca miento a mis pacientes. Quédese tranquila, está en las mejores manos —le sonríe con amabilidad—. Voy a inyectarle el sedante. Le vendrá muy bien para quitarse esos negros nubarrones de la cabeza.

En la sala de espera, Pablo se sienta, se levanta, camina, se vuelve a sentar, se pone de pie de nuevo. Por suerte, los informativos han sido rápidos y él escuchaba las noticias en ese momento. Es lo que tiene ser famosa, enseguida la han reconocido y dado su nombre.

Su preocupación aumenta. Hubiese querido verla antes de la operación, pero no ha llegado a tiempo. Tampoco ha podido hablar con los cirujanos. Lo único que sabe es lo que han dicho en las noticias y lo que le ha confirmado la chica de información: «La están

operando».

Media hora más tarde, llaman por megafonía a los familiares de Mónica. Los padres viven por temporadas en Londres, allí tienen una segunda residencia. La hermana menor trabaja en Nueva York. Aunque los han avisado, tardarán en llegar. Posiblemente, para entonces Mónica ya haya salido del hospital. Pablo se apresura a acercarse al médico.

—Soy amigo de Mónica, su familia no está aquí, pero puede decirme a mí cómo ha ido todo.

—Se ha extraído la bala sin problema. No ha tocado huesos ni tendones, así que ha tenido mucha suerte. Tampoco ha necesitado una transfusión de sangre. La hemos llevado a observación. La anestesia ha sido local, por lo que está despierta. Bueno, un poco adormilada porque le hemos puesto un sedante, pero en breve pasará el efecto. Si todo va bien, mañana a primera hora le daremos el alta. Si lo desea, puede verla unos minutos, está en la cama doce.

—Entonces, ¿se va a recuperar del todo?

—Por supuesto, dentro de seis días la citaremos para quitarle los puntos y podrá hacer vida normal.

—Muchas gracias, doctor. Voy a entrar a verla. ¿Dónde está la sala de observación?

—En la planta baja. En cuanto salga de la escalera, siga el pasillo de la izquierda, la encontrará al fondo. —El médico se lo indica con la mano.

Pablo desciende los escalones de dos en dos. Enfila el largo pasillo y, mientras camina, se va reprochando no haber estado allí para protegerla. «¡Joder! ¡Tengo que convertirme en su sombra! ¡No puedo permitir que le pase nada!».

En cuanto entra en la sala, busca la cama doce. Desde la distancia la ve. Parece dormida. Incluso enferma está guapa. Le coge la mano. Ella abre los ojos y se encuentra con los de Pablo.

La mirada de su compañero es limpia y cálida, hasta entonces no se ha fijado. Su contacto la consuela.

—Pablo, qué alegría verte. No imaginas el miedo que he pasado.

—Yo también, no sabía con exactitud qué te había ocurrido. El doctor me ha tranquilizado. Dice que todo ha ido bien y que te vas a recuperar enseguida.

—Sí, lo sé, pero fue terrible. ¡Casi me matan! Y tal vez lo vuelvan a intentar. ¡Si se empeñan, lo conseguirán! No podré vivir en paz.

—¡Ojalá hubiese estado contigo para protegerte! A partir de ahora seré tu escolta. No voy a permitir que nadie te haga daño.

Ella sonríe. Más por la ternura que le producen esas palabras que por confiar en que estará a salvo.

37 - LA BATALLA DE KINSALE

Kinsale, del 1 al 10 de octubre de 1601

Aquella aneblada y fría mañana de octubre, una flota compuesta de veinte bajeles alcanzó la costa de Kinsale. Anclaron en el puerto y desembarcaron. Primero llegó una avanzadilla numerosa en chalupas.

Juan del Águila y el grueso de los hombres de los tercios ocuparon con rapidez la ciudad, cogiendo desprevenida a la guarnición inglesa, a la que desarmaron sin derramar ni una sola gota de sangre. La sorpresa y la inferioridad en número fueron suficientes para que los anglosajones rehusaran luchar.

El maestre de campo explicó a los cuatrocientos habitantes de aquella pequeña localidad el motivo de su llegada, pero estos se mostraron recelosos. ¿Qué querrían esos barbudos españoles, armados a más no poder? ¿De verdad habían hecho un viaje tan largo y peligroso solo para liberarlos de la ocupación enemiga y protegerlos? Eran preguntas que rondaban a muchos de aquellos gélidos ciudadanos.

Los soldados enseguida se dispusieron a descargar los pertrechos y a reconocer el terreno.

El pueblo de pescadores, de costa escarpada, lleno de riachuelos y rodeado de lomas, derrochaba sosiego. El aroma a humedad y a brisa marina se dispersaba por el ambiente. Aunque en muchas ocasiones los vientos soplaban con fuerza, doblando árboles y arrancando tejados, aquel día los acogió una calma inusual.

Una liviana muralla de piedra de unos dos metros de altura, exenta de fosos, cercaba la pintoresca población, a la que se accedía por tres puertas, flanqueadas por sus respectivas torres. La primera orden de Juan del Águila fue reforzarla, ya que la consideraba muy fácil de derribar. La compañía de Martín participó en las tareas de construcción de trincheras y parapetos y en dotar de puestos avanzados a la zona, desde los que interceptar a los enemigos cuando fuera necesario.

Todos eran conscientes de que tendrían grandes dificultades para defender la plaza, tanto por el número de hombres, que se había visto menguado a causa de la tempestad, como por la falta de colaboración de las tropas irlandesas. Los refuerzos esperados no llegaban y contaban con menos armas de artillería y alimentos de los previstos, ya que gran parte de ellos iban en los buques que habían vuelto a España. Los habitantes de Kinsale no los asistieron, por lo que su renuente acogida se sumó a los problemas sobrevenidos. Todo ello

provocó que el desánimo atrapara a muchos.

La situación cambió un poco antes de mediados de octubre. Numerosas columnas inglesas se concentraron en Cork, a dieciséis leguas de Kinsale, con más de cinco mil soldados dispuestos a entrar en combate. Esta noticia agitó a la tropa. El ansia de acción creció como la espuma. Sin duda, era mejor la inquietud que la apatía.

El 10 de octubre, unidades de reconocimiento de ambos bandos sufrieron las primeras bajas.

Los enemigos se atemorizaban solo con ver la cruz borgoña de San Andrés en la bandera. No les faltaban ganas de salir despavoridos, pero apretaban los dientes y mantenían la fila.

La compañía de Martín luchaba en primera línea. Con una rodilla hincada en el suelo, disparaban los arcabuces mientras los adversarios los atacaban primero con flechas y luego con la caballería. Muchos cayeron por el camino, pero otros fueron alcanzados y embestidos con espadas y hachas.

En pocos minutos, el campo de batalla se convirtió en una marabunta. Españoles e ingleses luchaban cuerpo a cuerpo e infantes contra las cabalgaduras.

Un jinete se abalanzó sobre Martín, que perdió el arcabuz con el impacto. Ambos rodaron por tierra. Cuando el inglés lo agarró del cuello, él le metió los dedos en los ojos. El contrincante, con los párpados cerrados por el dolor, no tuvo tiempo de reaccionar, solo de gritar y soltarlo. Con la misma agilidad y presteza que un contorsionista, el capitán se puso de pie y desenfundó. De una estocada, le abrió el vientre. La sangre le salpicó la cara. De inmediato, se giró e hirió de gravedad a unos cuantos. A uno le dio un tajo en la garganta, a otro lo dejó manco, al siguiente le atravesó el costado.

La furia asomaba a sus facciones. Sus ojos temerarios estaban inyectados en ira. Apretaba los dientes como un perro que no suelta a su presa. Sus músculos, igual de rígidos que una armadura, le infundían una fuerza descomunal.

Los metales chocaban con estrépito. Los escudos alzaban su voz cada vez que paraban un golpe. El fragor de las quejas y los gemidos se entremezclaban con el relincho de los caballos y el impacto de sus cascos en la hierba.

—Alférez, a tu espalda.

Gracias al aviso de Martín, el hombre pudo defenderse del ataque, pero para él tuvo un coste irremediable. En el descuido, un piquero se le aproximó por el flanco izquierdo y en el corazón le clavó la pica. La espada del capitán cayó al suelo. Se llevó las manos a la herida, que le quemaba igual que una hoguera. Tiró con brío de la pica. Un chorro de sangre fulgente brotó semejante a un manantial. Sintió un dolor

insoportable en el centro del pecho; la humedad del líquido rojizo impregnando su piel y sus ropas; la vida escapándosele como agua entre los dedos. Se le aflojaron las piernas. Quedó primero de rodillas y después se curvó despacio hacia un lado.

La imagen de Mariana apareció apenas durante un segundo. Emborronada, la boca apetecible se dibujó en su mente cubierta de tinieblas. Luego todo se volvió negro.

El alférez, que corrió hasta él al verlo caer, llegó cuando la muerte ya lo había capturado.

—¡Rediez! Mi capitán…, has dado tu vida por la mía —dijo con pesar y gratitud, poniendo la mano en su pecho ensangrentado.

Tras varias horas de arduo combate, el campo se tiñó de rojo y se colmó de cadáveres. El cuerno de la luna asomó en el regazo del cielo, todavía de color azafrán y moteado de nubes grises que se aproximaban. El viento elevaba su silbido a ráfagas. El hedor de la sangre podía masticarse.

Los ingleses se retiraron con cien bajas en sus filas. Los españoles solo contaron veinte, entre ellas, la de Martín Arrubal.

38 - INVESTIGACIÓN POLICIAL

Sevilla, viernes, 22 de febrero de 2019

La policía investiga el suceso. El balance ha sido de dos heridos y un disparo errado. Han recuperado las tres balas. Por la posición de las víctimas, deducen la trayectoria y dan con el piso franco. Está impoluto, del tirador no hay ni una sola pista. Es obvio que se trata de un profesional.

Tras hablar con el dueño del inmueble, que suele alquilar el ático días sueltos y, sobre todo, a turistas, se frustran sus esperanzas de que este los lleve hasta el fallido asesino. Ha pagado mediante giro postal, algo bastante inusual pero admitido, y los datos que figuran en Correos son falsos. Tampoco logran localizarlo mediante el *email* que envío al arrendador, la IP pertenece a una empresa desconocida en el país y les resulta imposible averiguar dónde se ubica y quién la creó.

Acuden al hospital para interrogar a Mónica a primeras horas de la mañana. Ella está esperando el alta. No ve el momento de marcharse a casa.

—¿Señorita Smith?

—Sí, soy yo.

—Disculpe que la abordemos aquí, pero es importante que le hagamos unas preguntas. ¿Tiene usted algún enemigo?

—Debo de tener muchos, no a todos les gustan mis artículos.

—¿La ha amenazado alguien?

—No he recibido amenazas directas. A mi jefe sí lo han sometido a presión por el caso del suicidio de Samuel Arrubal. Y lo que se publicó en la revista *Nostis*…, podría decir que fue una intimidación velada por un mal llamado periodista que firmó con seudónimo. Tengo la impresión de que molesto en especial al padre del suicida y a personas relacionadas con el BankCity. No es plato de buen gusto ver bajar sus acciones, lo comprendo, pero de ahí a intentar quitarme de en medio… ¡Es de locos! Indaguen en esa familia y en ese banco, así encontrarán a los responsables.

—Bueno, eso son conjeturas. Nosotros buscamos pruebas, pistas fiables que nos conduzcan al francotirador. Para empezar, hay otro herido. No sabemos si lo alcanzaron a él tratando de darle a usted o ambos han sido víctimas aleatorias. —Están seguros de que el objetivo era ella por la trayectoria de los proyectiles, pero es información reservada.

—Poco han averiguado entonces. Ya le he dicho dónde tienen que buscar.

—Cuéntenos qué pasó con exactitud. Queremos conocer su versión de los hechos.

—Iba caminando cuando escuché un silbido seco. De inmediato, el señor que me estaba adelantando cayó al suelo y supe que había sido un disparo. Por puro reflejo, me lancé en plancha justo cuando oí otro tiro. Repté con rapidez hacia el comercio que tenía delante, buscando un lugar seguro, fuera de la vista del tirador, y antes de entrar por completo, me impactó la bala en la pierna. El dolor fue terrible y el miedo todavía no me lo he sacado del cuerpo.

—He tomado nota de todo, pero le agradecería que, cuando le den el alta, pase por comisaría para firmar su declaración. Hemos de seguir el protocolo.

—Dígame que lo encontrarán. Estoy en peligro. Temo que lo intente de nuevo. Sospecho de todo el que se me acerca. Tienen que ayudarme.

—No se preocupe. Esa es nuestra tarea y haremos todo lo posible por atrapar cuanto antes al criminal.

—Pues dense prisa. La próxima vez que me vean igual es en mis exequias.

39 - LA CURANDERA

Sevilla, 30 de noviembre de 1601

Humberto llevaba más de dos meses esperando el regreso de Martín para perpetrar su venganza. No pensaba en otra cosa. Era incapaz de trabajar y se pasaba las horas acostado o emborrachándose en su propia taberna. Con las puertas cerradas a cal y canto, consumía las existencias. Recordaba los tiempos felices con Mariana o imaginaba el hachazo en la cabeza que le daría al asesino, no sin antes cortarle los huevos. El día que llegó la noticia de que el maldito capitán había muerto en la guerra contra los ingleses, la desolación terminó de apoderarse de él.

La madre, preocupada, le recomendó que visitase a una curandera que en otras ocasiones la había ayudado. Y viendo que su hijo no tenía fuerzas ni para salir del camastro, lo sacó a tirones y, empujándolo, lo condujo a la casa de la mujer, ubicada en un corral de vecindad.

Una camada de gatos les dio la bienvenida. Maullaban buscando alimento. Seis cuartuchos alrededor del patio central componían la construcción, en los que residían sendas familias. En uno de ellos se alojaba la curandera. Una cortina separaba el dormitorio de la sala que servía de comedor, de cocina y de consulta. Decoraban uno de los testeros varias estanterías con botes de cristal que contenían hierbas, animalejos flotando en líquidos transparentes y pócimas de lo más extrañas. Sobre la mesa redonda, cubierta con unas enaguas, había un candelabro; alrededor de ella, varias sillas de enea acogían a los clientes que iban a visitarla.

La curandera tendría unos cincuenta años. Vestía una bata larga con un estampado de flores coloridas. El pelo rubio, ahuecado en un moño. Y lucía unos pendientes esféricos de plata, a juego con un broche del mismo tipo y color.

—¡Ya voy! —gritó al oír que tocaban a la puerta.

—Buenas tardes —saludó la madre de Humberto—. ¿Se acuerda usted de mí? No es la primera vez que vengo.

—Sí, sí, te recuerdo. ¿Qué te trae hoy por aquí?

—Es por mi hijo.

—Pasad y sentaos. —Los tres se colocaron alrededor de la mesa—. Vosotros diréis.

—Desde que su esposa… fue asesinada, está muy triste, no lo reconozco. Comprendo que el dolor es grande, pero ha de superarlo. Estoy segura de que podrá hacer algo por él, ¿verdad?

La curandera lo miró más allá de los ojos, como si tratara de ver

el fondo del abismo que había detrás de ellos. Le cogió la mano y observó sus rayas. Humberto no pronunció ni una sola palabra, pero se dejaba hacer. Tras unos minutos examinándolo, la curandera rompió el silencio:

—Debo quedarme a solas con tu hijo. Da un paseo y vuelve dentro de una media hora o, si prefieres, regresa a tu casa, él ya es un hombre y no necesita que lo acompañen. Si lo tratas como a un niño, se comportará como tal.

La madre de Humberto salió sin mucha convicción, no entendía por qué ella no podía oír cualquier cosa que tuviera que decirle, pero obedeció. Confiaba en que la curandera lo ayudara.

—El mal que te aqueja solo se desvanecerá cuando limpies tu honra y el alma errante de tu mujer pueda descansar en paz.

—Ojalá hubiese podido vengarme, pero el canalla ya no pertenece a esta vida. ¿Cómo sabe del alma de mi mujer? ¿Puede verla?

—Las personas que mueren ultrajadas o mancilladas se quedan en el limbo, también llamado el Hades, situado a orillas del tártaro, donde esperan ser juzgadas. De ese juicio dependerá que vayan al cielo, al infierno o al purgatorio. Por lo general, se reencarnan y repiten la vivencia humillante. Son espíritus atormentados que vagan eternamente, a no ser que alguien repare su daño.

—No quiero imaginar lo que estará sufriendo mi amada. ¡Y no he podido rescatarla! ¡El culpable de que esté allí se ha ido de rositas! —Dio un golpe en la mesa.

—Relájate, hombre. Nada conseguirás desatando aquí tu furia. Deja que te explique cómo enmendarlo. Los moradores del limbo renacerán varias veces, como todos, pero sus vidas volverán a ser trágicas y sus muertes, violentas, aterradoras. Después de cada una de ellas, regresarán al mismo lugar. Y no soy médium, así que no puedo verla ni comunicarme con ella, pero sé de hechizos y conjuros, de pactos y de brujería. Si estás dispuesto a pagar el precio, aún hay tiempo de hacer justicia.

—Haré lo que sea necesario, buscaré el modo de pagarle, se lo aseguro.

—No hablo de ese precio. Es mucho más alto. Siempre se paga con el alma.

—Mi vida sin ella no vale nada y mi espíritu, menos. Dígame qué tengo que hacer.

—¿Conservas alguna imagen de tu mujer? Es lo más apropiado; pero, de no ser así, nos servirá cualquier prenda suya.

—Sí, le hice algunos retratos. Antes me gustaba dibujar y ella era una modelo excelente. Tan dulce, tan bella, tan… —La emoción le cerró la garganta y los ojos se le humedecieron, pero contuvo las lágrimas por vergüenza a llorar delante de la mujer.

—¡Estupendo! Elige uno de esos retratos que has dibujado con tanto amor, nos será de gran ayuda. Lo primero que debes hacer es reunir una serie de utensilios: una pata de cabra, cinco velas negras, una copa de metal, una pequeña campana y una navaja. Lo segundo, compra este libro, en él está señalado el párrafo que has de recitar. Si no sabes leer, busca a una persona de confianza y discreta para que te lo lea hasta que lo aprendas de memoria.

—Puedo hacerlo yo, conozco las letras, aunque leo con cierta dificultad.

—Pues mejor. Una vez que lo hayas reunido todo, espera a la siguiente luna llena y dirígete a un bosque de pinos. Es el árbol de Satanás. En él se crucificó a Jesucristo.

—No sé dónde hallar un bosque de ese tipo.

—Te recomiendo el de Puebla del Río, cargado de las energías apropiadas para conectar con las fuerzas de la oscuridad. No olvides llevar el retrato. Primero dibujarás un círculo en la tierra, de unos cinco codos de diámetro. Empieza justo a las doce de la noche. Presta atención, las campanas de la iglesia del pueblo sonarán a esa hora. Y después deberás efectuar el ritual de invocación al diablo que enseguida te voy a describir.

Humberto asintió, manifestando que estaba dispuesto a seguir sus instrucciones. Y la mujer le explicó con detalle cómo debía llevar a cabo el rito para tener éxito.

Se marchó con el ánimo renovado. Sus ojos enardecidos lo delataban: la posibilidad de cumplir su venganza era el impulso que necesitaba para continuar viviendo con dignidad.

40 - LA CONFESIÓN DE PABLO

Sevilla, viernes, 22 de febrero de 2019

Pablo recoge a Mónica en el Hospital Universitario Virgen Macarena.

—Es mejor salir por la parte de atrás. La puerta principal está repleta de *fans* y de periodistas que te esperan ansiosos. Se ha formado un barullo descomunal. En cuanto te vean, se te echarán encima como perros de caza. Incluso han tenido que poner seguridad en la entrada de observación, intentaron llegar a ti en bandada. Son unos buitres.

—Sabía que era popular, pero no como para que sucediera esto. Y entiendo que quieran entrevistarme. Lo que temo es que… —Calla. Le cuesta confesarle sus miedos.

—¿Qué?

—Que entre ellos… se camufle el tirador y, de nuevo, trate de quitarme de en medio.

—No lo hará en mitad de una multitud, se arriesgaría demasiado.

En cuanto salen a la calle por la parte trasera, a ella la golpea la ansiedad. Mira hacia todos lados, tensa y encogida. Le falta el aire. Al menos han evitado a los medios.

El sol brilla, pero el aire frío mitiga sus rayos. Huele a hierba recién cortada. Unos operarios adecentan el jardín que rodea el hospital. El sonido del cortacésped es aplacado por la sirena de una ambulancia que llega a la puerta de urgencias a toda velocidad.

—Tranquila, no dejaré que te pase nada —Pablo trata de calmarla—. Te acompañaré a tu casa.

A pesar de que vive a unos diez minutos del centro sanitario, no le conviene andar, por lo que el fotógrafo llama a un taxi.

Cuando bajan del vehículo, la agarra por la cintura y le pide que se apoye en él; ha visto que no es muy diestra con la muleta.

—No estoy inválida —contesta Mónica, pero obedece.

—Debes tener cuidado. Los puntos de la herida están muy frescos y pueden soltarse.

El contacto del cuerpo masculino y su amabilidad la conmueven. Empieza a pensar que siente algo especial por ella. Y le gusta. Sí, es agradable que a una la quieran. ¿Cómo no se ha dado cuenta antes? El deseo de ayudarla, sus miradas, sus silencios, su insistencia en estar a su lado… Imágenes pasadas se suceden en su mente en un instante y le confirman la sospecha.

—¿Te duele?

—La herida, no mucho, una leve molestia. Me duele más que no hayan detenido al que intentó matarme. Si me dejo llevar por mis

miedos, no saldría de esta casa, me escondería debajo de la cama, pero no puedo permitirlo. Vivir resulta arriesgado, es mejor aceptarlo.

—Ojalá pudiera quedarme contigo para protegerte.

—Ya has hecho mucho por mí. No sé cómo agradecerte tanto.

Han llegado al salón. Están delante del sofá, de pie, todavía unidos por los brazos.

—Ven, siéntate. Y dime si necesitas algo. Puedo bajar a comprar lo que te haga falta, o cocinar, soy muy buen cocinero.

—¡No estoy tan desvalida!

Pablo se pone frente a ella. Está tan próxima, tan bella, tan deseable. Acaricia su mejilla. La atrae despacio, con suavidad. Su mirada le devora los labios. Y a Mónica la domina una ola de erotismo.

—Te amo tanto —se atreve por fin a confesar.

Ella guarda silencio. Busca su boca. Se aprieta contra él. Desaparece el tiempo. Podría morir ahí mismo. Un estremecimiento nuevo y antiguo la recorre. Su piel y su fragancia le resultan conocidas, entrañables. Una imagen lejana y borrosa aparece en su mente y, al instante, se le escapa como arena entre los dedos. No le da mayor importancia.

La ternura del principio se transforma en pasión. Las respiraciones entrecortadas se acompasan. Se desvisten con lujuria. Una necesidad imperiosa de abrazarse desnudos los azota. Pablo se quita las gafas y se dejan caer en el sofá, enredándose, amasándose. Sudan, jadean. Sus corazones palpitan, se abren como amapolas gigantes, se expanden más allá de esta vida. Navegan en un cosmos inmaterial. Tocan el éxtasis. Y se aman como si fuese el último día de sus vidas.

—Hay algo que debo confesarte.

—Ya me lo has dicho todo, no preciso saber nada más.

—¿Te suena el nombre de Mariana?

—No, no conozco a ninguna Mariana, ¿debería sonarme?

—¿Y el de Humberto?

—Es tu amigo, ¿no? Creo que Hunter se traduce por Humberto. Nunca he conocido a alguien tan siniestro.

—¡Ojalá fuese mi amigo! He tenido celos de él. Creí que te atraía.

—No te voy a mentir, me atrae por un lado y por otro me asusta. Suelo ser temeraria, pero algo me ha hecho protegerme de él. Llámalo presentimiento o intuición, como mejor te plazca. Ya te digo que lo veo siniestro, enigmático, parece que oculta un pecado imperdonable o un poder oscuro del que nadie puede escapar. Su mirada me turba hasta tal punto que pienso que va a tragarme. El solo recuerdo de sus ojos me inquieta. Detrás de ellos hay un vacío gélido, abismal, una negrura espesa.

—Lo has descrito muy bien. Menos mal que esa intuición ha hecho que te alejaras de él, porque sí, es todo eso y cosas mucho peores. Un demonio disfrazado de humano. —Pablo se vuelve a poner las gafas, quiere ver con claridad la cara de Mónica, las expresiones que le provocará su revelación—. Sé que lo que voy a contarte cuesta creerlo, pero Humberto fui yo, hace ya varios siglos.

»En 1601, estaba felizmente casado con Mariana, la persona que más quería en el mundo. Una desgraciada noche en la que yo andaba de viaje, un maldito Arrubal violó y mató a mi esposa. Me volví loco ideando una venganza que nunca pude cumplir porque él murió en la guerra. —Respira hondo antes de proseguir—. Mi locura me llevó a hacer un pacto con el diablo y, desde entonces, vuelvo siglo tras siglo para vengar la muerte de mi amada, es decir, la tuya. Cada vez que Martín Arrubal se reencarna, me prestan el cuerpo de un fallecido. Tengo un plazo de cuarenta y nueve días para llevar a cabo la venganza y siempre me vigila mi dueño, el que me arrebató el nombre y el alma.

Mónica está desconcertada. No sabe qué pensar. Imposible creer esa historia macabra. «¿Se ha enamorado de un demente?», se cuestiona. Hasta ahora, Pablo no había dado señales de sufrir ningún trastorno. «¿Por qué me pasan estas cosas a mí?», se pregunta.

—¿No hablarás en serio? —es lo más que puede decir.

—Tengo algunos poderes, muy pocos. En realidad, solo dos, por eso él me acompaña. Hunter logra que seamos invisibles y marca la frente del suicida. Es la mano derecha de Satanás, el acólito más leal y devoto. Yo hago la llamada: «Odalortolanev». He de susurrarla de un modo especial para que dé resultado y repetirla tres veces. También puedo devolverte tus recuerdos de otras vidas. —Pablo pasa la mano izquierda por la frente de Mónica, sin rozarla, con suavidad, de igual modo que si apartara un velo.

Ella revive aquella época remota: los momentos pasados con Humberto en la taberna, los días felices caminando cogidos de la mano, sonrientes, dichosos de compartir su amor. Experimenta su alegría rebosante en la boda y la primera vez que él la amó. Sí, ahora se da cuenta: ese olor entrañable que ha percibido antes es el mismo que emanaba Humberto e idéntica la satisfacción que le ha provocado perderse en el cuerpo de Pablo. Rememora con dolor la noche en que fue asesinada y una lágrima de impotencia rueda por su mejilla.

Vuelve al presente con cuatro siglos de más. Su alma ha envejecido de golpe. Se reincorpora de un brinco. Apenas logra emitir dos escuetas frases:

—¡Soy Mariana! ¡¿Cómo es posible?!

—Sí. Y no puedo perdonarme no haberte protegido. Vida tras vida, me tortura la idea de que te abandoné, no supe cuidarte. ¡Ojalá

consiguiese romper este maldito pacto! ¡No imaginas cómo deseo quedarme a tu lado! Por desgracia, mañana cumple mi plazo y tendré que dejarte otra vez…

Ella lo abraza con tal fuerza que parece que lo va a quebrar mientras musita en su oído:

—Humberto… Humberto, tú eres mi amor.

41 - NUEVO ARTÍCULO

Sevilla, sábado, 23 de febrero de 2019

Demasiados sucesos de gran intensidad e inexplicables se han sucedido en los últimos días y han puesto patas arriba la vida de Mónica: la búsqueda de la verdad sobre la muerte de Samuel; las amenazas para que rectificara sus artículos; la atracción hacia Hunter; el intento de asesinato; la confesión de Pablo; el regreso de recuerdos pertenecientes a otra existencia, escondidos bajo el peso de cuatrocientos años; el profundo amor que ha despertado, sacudiendo el polvo del olvido.

Abrumada, no puede hallarse de otra forma. Si alguien le hubiese dicho que iba a vivir todas esas experiencias y, además, sin pausa, una detrás de otra, no se lo habría creído. Todavía le cuesta. Su parte racional lucha contra la sensitiva. Las dudas se hacen protagonistas por momentos y la certeza la invade a renglón seguido. Es un combate fiero y también equilibrado, sin vencedores ni vencidos. Pero si algo tiene claro es que los acontecimientos no le dan tregua.

En apenas veinticuatro horas, ha encajado de alguna forma la historia de su vivencia anterior, no por entero, pero sí lo suficiente como para aparcar los interrogantes que la asaltan y ponerse a redactar su próxima publicación.

La vərdad de la familia Arrubal
(Primera parte)

Todo comenzó una noche de 1601, cuando Martín Arrubal violó y mató a una jovən que lo rechazaba.

Mariana Larra vio segada su vida con solo veinticuatro años. Estaba casada con un hombre al que adoraba: Humberto Negro.

Su marido se había ido a comprar productos para la tabərna que ambos regentaban, muy popular en Sevilla, en el fatídico día en que ocurrió el trance infausto. A su regreso, encontró a la esposa muerta y ultrajada. Tal impacto hízole perder la razón y el deseo de venganza envenenó su mente y su alma, atravesada por la herida del duelo. Pero el destino quiso que Martín marchara a la guerra y hallase la muerte a manos de las tropas inglesas.

La locura llevó a Humberto a vendər su alma al diablo a cambio de la posibilidad de regresar después de muerto para buscar a Martín reencarnado e inducirlo a quitarse la vida.

Y así ha ocurrido hasta ahora en cuatro ocasionəs. En todas, el

suicida llevaba el abrigo puesto de revés y era encontrado con la marca de un ocho horizontal en la frente, símbolo del infinito y también de Lucifer.

Como en una rueda, la muerte y la eternidad juegan al despiste y entretejen los hilos de esta historia macabra.

En 1706, Anastasio Arrubal se lanza al Guadaira, sumido en un estado de posəsión diabólica, y se ahoga, tal como acredita el documento parroquial al que hemos tenido acceso, en el que consta que fue excomulgado por suicida y enterrado fuera de terreno sacrosanto.

En 1850, Indalecio Arrubal es encontrado en las mismas circunstancias que su antepasado en el curso alto del Guadalquivir, en la sərranía de Cazorla, donde había ido a disfrutar de una cacería. Así se establece en una copia del registro poblacional de Sevilla, ciudad en la que se hallaba asentado y en la que se le dio sepultura.

En 1912, Jaime Arrubal se tira al Manzanares y la historia se repite una vez más. En esta ocasión, son testigos los hermanos y la noticia con todos los detalles aparəce en la portada de *El Liberal*.

Y, en el presente año 2019, Samuel Arrubal se ha sumado a esta maldición imitando el trágico desenlace de sus ancestros.

Seguidnos de cərca porque continuará…

Al pie de la noticia, Mónica Smith.

La periodista lo relee. Está satisfecha. Aunque una ráfaga de dolor la atraviesa como una saeta. No es fácil hablar de esa parte de su vida pasada. Las heridas se mantienen abiertas en algún rincón de su ser.

Se lo envía a Nacho para que lo incluya en la siguiente edición. Sabe que será difícil que le dé el visto bueno, lo conoce bien, pero quiere intentarlo. Unos minutos después, recibe su llamada.

—¿Pretendes que publique esto? ¿Te has vuelto loca? Creo que esa bala te ha afectado a la cabeza más que a la pierna.

—Haz lo que creas oportuno. No me he inventado nada.

—Pactos con el diablo, reencarnaciones, venganzas que trascienden el tiempo… ¿Quieres que se rían de mí? Este es un periódico serio. Me ha costado mucho colocarlo en el lugar que ocupa. Vuelve a escribirlo. Elimina todo lo que tiene que ver con la magia negra y limítate a los datos empíricos.

—No, Nacho, no lo voy a retocar. He sido fiel a la historia.

—Vamos, eres una gran profesional, no lo tires todo por la borda. Aunque fuese cierto, nadie te va a creer, de verdad que harías el ridículo. Te tacharán de perturbada en el mejor de los casos.

—Es mi última palabra.

—Espero hasta esta tarde. Piénsalo. Si no, le daré la historia a Nuria, seguro que ella sabrá enfocarlo como es debido, y mañana

domingo lanzaré una edición especial.

—Lo entiendo. Tú verás si quieres manipular los hechos o mantener el principio de veracidad que ha llevado por bandera este periódico. Mi decisión ya está tomada y nada me hará cambiar de idea.

—No eres tú la que dirige la empresa. Por mucho que me cueste, si no acatas mis órdenes, tendré que despedirte.

42 - EL PACTO

Sevilla, domingo, 9 de diciembre de 1601

Humberto salió de Sevilla a media mañana, en dirección a Puebla del Río. Su carreta iba cargada con todo lo necesario para invocar al diablo. Llegó ya de noche. Tal como le había indicado la hechicera, se adentró en el bosque de pinos y alcornoques vestido con una túnica negra con capucha.

Sus pasos crujían sobre la pinocha. La luna llena lucía rotunda. El viento se aliaba con las sombras de los árboles. Se escuchaba a los búhos ulular, a los ciervos berrear y a los jabalíes gruñir. Un olor a naturaleza llenaba los pulmones encogidos del joven. Temía que el plan saliera mal y, a la vez, que se le apareciese el demonio.

A las doce en punto, sonaron las lejanas campanas de la iglesia del pueblo. Era el momento de empezar. Con la punta de una navaja, dibujó en la tierra un gran círculo y, dentro de él, una estrella de cinco puntas. Colocó cinco cirios negros, uno en cada vértice, abrió las capuchas de cristal transparente que los cubrían lo justo para encenderlos y luego las cerró para que no se apagaran con el viento. Sacó del morral el retrato de su esposa y una copa de metal. En ella vertió su propia sangre tras hacerse un corte en la mano izquierda. Extrajo entonces una pata de cabra, una pequeña campanilla y el libro que le había vendido la bruja. Colocó todo en el centro de la estrella, menos el retrato, que situó delante de la punta media del pentagrama, sobre la línea del círculo.

Se arrodilló en el interior de la circunferencia, mirando hacia el extremo de la estrella que indicaba el sur, detrás del dibujo de su esposa y junto a los utensilios; no había sido fácil conseguirlos y bastantes reales le habían costado. El párrafo señalado en el libro de invocaciones lo había repetido tantas veces que se lo sabía de memoria. Lo recitó como si de una oración se tratase, alzando la copa de sangre hacia la luna:

—Yo te invoco, Rey de la Oscuridad, Señor de las Tinieblas. Hazte visible y acepta mi alma a cambio de concederme un deseo ferviente. Socórreme, Satanás, Dios de las Sombras, Príncipe de los Infiernos. Escucha a este humilde súbdito. Sal del abismo y recíbeme. Otórgame tu poder y permite esta alianza.

Al terminar, dejó la copa en el suelo y tocó la campanilla. Después volvió a empezar. Así estuvo más de una hora sin que nada sucediera. No sentía las rodillas por la incomodidad de la postura.

Cuando ya pensaba que la hechicera se había reído de él y sacado

los cuartos, un trueno rompió el silencio. Era más bien como si se hubiese abierto una grieta en el campo y la tierra se quejase del dolor. Tras el estruendo, vio delante de él a una figura tenebrosa. Iba de negro, llevaba capa y un cetro dorado en la mano. Tenía rostro de hombre lobo, ojos rojos y, en la frente, un ocho horizontal, cuya luminiscencia se desplazaba a lo largo de la línea ondulada, dotándolo de un movimiento hipnótico.

Humberto se quedó petrificado. El terror asomaba a su cara en cada una de sus facciones. «¡No puede ser verdad! ¡Esto no está ocurriendo!», decía para sí.

Satanás caminó a su alrededor sin quitarle la vista de encima. Y, con una voz metálica y atronadora, se dirigió a él:

—Tú, que has osado invocarme, vendrás conmigo al averno. ¡Te devorarán las llamas por toda la eternidad!

El joven seguía arrodillado y temblaba como la flama de una candelilla. El corazón se le iba a salir por la boca y el estómago no podía tenerlo más encogido. No sabía si responderle. La terrorífica amenaza pronunciada por el engendro lo había conmocionado. Entonces recordó los consejos de la hechicera: «Cuando el mal se presente, no lo mires a los ojos, no te rebeles. Agacha la cabeza, di tu nombre y expresa lo que quieres». Y así lo hizo.

—Yo, Humberto Negro…, te pido un intercambio. Concédeme poder y… llévate mi alma si es tu deseo —tartamudeó—. Quiero vengar mi honra y el vil asesinato de mi mujer.

Satanás volvió a girar alrededor de él, pensativo.

—Explícate. ¿Qué clase de poder y qué tipo de venganza?

Humberto expuso de la mejor forma que fue capaz lo que le había pasado a su mujer y cómo la muerte de Martín le había impedido hacer justicia. Necesitaba vengarse porque, de otro modo, jamás alcanzaría la paz, ni él ni su esposa.

—He aquí la víctima. —Extendió el brazo y señaló el retrato—. Mariana Larra se llamaba.

La carcajada del diablo fue más potente que el disparo de un cañón.

—Si lo que quieres es paz, aléjate de mí. En mi reino no descansarás nunca, arderás en el fuego eterno, ya te lo he dicho.

—Estoy dispuesto a hacerlo por ella. Si mi esposa logra la paz, será más que suficiente para mí.

—El amor os pierde a los humanos. Sois unos necios. Y la bondad, otra sandez. Menos mal que muchos os sumáis a mis filas. Ahora eres mi siervo y hoy vendrás conmigo —sentenció y lo señaló con el cetro—. Tu cuerpo yacerá dentro de unos instantes y tu alma será pasto de las llamas porque ya me pertenece, al igual que es mía la del asesino. Ningún criminal se libra del infierno.

»Decido otorgarte la potestad de inducir a la muerte. Siempre que se produzca el renacimiento de Martín, lo que ocurrirá una vez cada siglo, te concederé que vuelvas a la vida en la misma época que él. Todas las almas, ya moren en el cielo, en el limbo o en el infierno, incluso las que son de mi propiedad, tienen al menos ocho oportunidades de regresar al mundo material. Ni siquiera mis inmensas facultades pueden impedirlo.

—Muchas gracias…, mi señor —creyó oportuno decir.

—¡No me interrumpas! Cuando retornes, ocuparás el cuerpo de un fallecido reciente y dispondrás de un plazo de siete veces siete, o lo que es lo mismo, de cuarenta y nueve días, para llevar a cabo tu venganza. Tu poder será limitado, pero tan solo una palabra necesitarás susurrar en su oído: «Odalortolanev». La pronunciarás tres veces con lentitud, silabeándola, y hará efecto de inmediato —explicó Satanás.

—¿Y sabré reconocerlo? —se atrevió a preguntar.

—Te acompañará el más fiel de mis ayudantes, que tiene el don de reconocer las almas en cualquier cuerpo que se hallen. Sabrá cuándo ha renacido y en qué lugar del planeta se encuentra. Marcará su frente con el símbolo del infinito, señal de que está maldito, y logrará que seáis invisibles para que podáis acercaros con facilidad.

El Príncipe de la Noche señaló con su cetro al suelo, en dirección al norte, y un hombre apareció ante ellos. Vestía elegante, portaba un bastón con cabeza de águila y su edad parecía incalculable.

—Mi señor, estoy a tus órdenes —dijo con un marcado acento inglés.

El recién llegado se sintió atraído sobremanera por el retrato de Mariana. A través de él contemplaba el espíritu de la difunta, que brillaba con una luz radiante. La vida entera de la mujer se reprodujo en su mente en un instante. Y con cada escena se conmocionó. Era la primera vez, desde que residía en el averno, que se encandilaba así.

El Señor de las Tinieblas se dirigió a él:

—Este es Humberto Negro. Volverá a la vida ocho veces, como sabes que debe ser, y tú lo acompañarás para ayudarlo a lograr su propósito, que ya te explicaré con más detalle.

—Desde hoy y hasta completar mi cometido, así me llamaré: Hunter Black —afirmó, mirando a Humberto y sonriendo con malicia. Era obvio que le agradaba ser partícipe de esa misión macabra.

Perder el nombre era otro precio que el viudo tenía que pagar.

—Hágase mi voluntad —rugió Satán y elevó las manos hacia el cielo—: que el abrazo de la muerte te estreche, que tu aliento se extinga y tu parte material quede inerte. Ahora soy tu dueño y así será por toda la eternidad. Ven conmigo. Ven al otro lado.

Negros nubarrones, que se extendían hacia el infinito, ocultaron

la luna, y se desató una tormenta. La bóveda celeste se incendió de rayos que se perdían, veloces, y a veces chocaban entre sí como moléculas disparatadas. Parecía que los dioses del Olimpo jugaban a tirarse dardos con ellos. Los truenos hacían temblar el campo. Bramaban los árboles, a punto de romperse por las sacudidas del viento. El agua caía con fuerza y formaba grandes charcos en segundos. Un olor a nardos se dispersó en el ambiente, mezclado con aroma a crisantemos.

Humberto sentía como si una mano gigante le apretase la garganta y los pulmones. Debido a la falta de oxígeno, sus piernas se agitaron del mismo modo que las de un ahorcado, y los calambres musculares pronto llegaron a sus brazos y manos. Los ojos, abiertos a más no poder, se le empaparon de lágrimas. Se retorcía, arrodillado en el suelo, doblegado por la muerte. Y, lleno de terror, comprendió que el alma lo abandonaba. Un alma que ya no le pertenecía, que ardería sin remedio a cambio de llevar a cabo su venganza. Su corazón dejó de latir y el que había sido su cuerpo cayó en el barro, sin vida.

Hunter y Satanás desaparecieron, satisfechos con el pacto.

Días más tarde, un campesino, que fue a buscar leña, encontró el cadáver del tabernero y dio parte a las autoridades. Las señales del ritual se habían desvanecido y no quedaba ningún rastro de lo que allí había pasado.

43 - EL SUICIDIO DE SAMUEL

Madrid y Sevilla, jueves 7 y viernes 8 de febrero de 2019

Samuel Arrubal está al frente del Departamento de Recursos Humanos de una de las entidades bancarias más importantes del país y se prepara para sustituir a su padre como presidente del consejo de administración. Aún tardará casi un año en jubilarse, pero quiere organizar con tiempo el relevo para no llevarse sorpresas. Es necesario allanar el camino a la cumbre.

Su plan estratégico consiste en reducir como mínimo un treinta por ciento los costes de personal antes de seis meses, así como aumentar los ingresos con nuevas comisiones solapadas. Espera de este modo impresionar y conseguir los votos de los demás miembros de la directiva. Su mayor ambición es ocupar un cargo de tal relevancia con treinta y dos años recién cumplidos y está dispuesto a hacer todo lo necesario.

La reunión de equipo lo deja agotado, pero termina justo a tiempo para llegar puntual al almuerzo con el vicepresidente. Se trata de un hueso duro de roer porque considera que hay otra persona más apta para asumir la presidencia y no será fácil convencerlo de que él es el mejor candidato.

—Samuel, todavía eres joven. El puesto requiere de mayor experiencia, y tú tendrás más oportunidades.

—¿Acaso no me avala mi trayectoria? Creo que he cumplido con creces lo que se esperaba de mí, ¿no?

—Desde luego, estoy muy satisfecho con tu gestión, de eso no te quepa duda.

—Y me conoces de sobra. Soy muy responsable, estoy comprometido al cien por cien con mi trabajo y el bienestar de la empresa es primordial para mí.

—Lo sé.

—Le he dado a tu secretaria el dosier con los nuevos proyectos. Me gustaría que lo leyeras con atención. Seguro que disipará todas tus incertidumbres.

Después de la comida, se dirige al aeropuerto de Madrid y toma un vuelo a Sevilla. Va a disfrutar de un fin de semana libre. Lleva mucho sin hacerlo.

Esa noche queda con dos amigos en una discoteca. No suele trasnochar porque su mundo gira en torno a los negocios, pero necesita liberarse de la tensión que ha acumulado a lo largo de la semana.

Bebe, charla, se divierte. Incluso se anima a bailar. La pista parece un hormiguero y termina de soltarse. No repara en que unos entes invisibles se le acercan. Uno de ellos le susurra una palabra. El volumen de la música le impide escucharla con claridad, pero entra en sus oídos como un dardo que hubiese impactado justo en el centro de la diana: «Odalortolanev, odalortolanev, odalortolanev».

Samuel Arrubal, abducido, se aproxima a la barra. Son las cuatro de la madrugada cuando paga la cuenta y coge su chaqueta gris. Se va sin despedirse de los amigos. Estos ni siquiera se percatan de su marcha hasta unos cuarenta minutos después. Están muy entretenidos flirteando con dos chicas.

El joven banquero camina una media hora en dirección al río. Parece un autómata. Su mente se ha quedado en blanco y su mirada azul destila ausencia. De forma misteriosa, la marca de un ocho horizontal aparece en su frente. Le arde como un carbón encendido, se ilumina y se mueve igual que la luz del rótulo de un comercio. El frío húmedo de febrero le taladra los huesos, pero Samuel es inmune a la gélida atmósfera. No siente nada.

En la calle queda poca gente. Los transeúntes con los que se cruza lo miran desconcertados.

Al llegar al puente de Triana, se quita la chaqueta y luego se la enfunda del revés, con las mangas hacia atrás y la espalda hacia adelante. Se asoma a la baranda, pasa por encima y se tira al río de cabeza. El impacto le abre una brecha y la sangre tiñe un cerco rojo en el agua del Guadalquivir. Inconsciente, se hunde unos metros. En menos de dos minutos, sus pulmones se llenan del líquido incoloro. La corriente lo arrastra en dirección al puente de San Telmo y lo eleva despacio. Pero, antes de llegar a la superficie, acaba enganchado en los matorrales de la orilla izquierda.

44 - LO INEVITABLE

Sevilla, domingo, 24 de febrero de 2019

Mónica y Pablo no se han separado desde que él la recogió en el hospital. Quieren aprovechar al máximo el tiempo que les queda juntos. Intercambian besos y abrazos a cada instante. Y ella, de vez en cuando, lo asalta con alguna pregunta. Mientras desayunan en la terraza del piso de la periodista, conversan distendidamente, aunque están un poco tristes.

—¿Cómo es la muerte? ¿Adónde irás cuando te marches?

—Tengo prohibido hablar de ello. Ya me gustaría despejar tus dudas.

—¿Y por qué no me he reencarnado antes?

—¡Claro que lo has hecho! Todas las almas se reencarnan ocho veces, incluso las que se hallan en el limbo, creo que ya te lo dije. Aunque es casi imposible recordar las vidas precedentes. Hasta a mí me está vetado saber por qué se nace en una determinada familia y se ocupa un cuerpo en concreto, pero hay rumores… Se dice que el contexto ayuda a aprender algo importante, necesario, para que el alma evolucione. No puedo confirmar que sea cierto. ¡Ojalá nos hubiésemos encontrado en las anteriores reencarnaciones! No sé si ha sido el azar o alguna maniobra de Lucifer, pero me alegro de que haya ocurrido en esta ocasión.

—Anoche, mientras dormía, me vinieron retazos de aquella existencia, fragmentos inconexos de cuando fui Mariana. Aun así, mi mente racional se resiste a creerlo. No puedo evitarlo.

—Sé que no es fácil de aceptar, nos cuesta abrirnos a lo inexplicable. Mi poder ha despertado tus recuerdos. Fuimos muy felices, eso es tan verdad como que estoy aquí contigo y puedes tocarme.

—No es justo separarnos de nuevo ahora que nos hemos encontrado. ¡Después de cuatro siglos! —se queja ella, pesarosa.

—Y tal vez no volvamos a vernos. Pero no pensemos en eso, vamos a disfrutar de las últimas horas que nos quedan —propone Pablo, aunque está igual de afligido.

—El Humberto que recuerdo era distinto, y no me refiero al físico, sino a la personalidad. Él no hubiera tenido problema en confesarme su amor. Hemos desaprovechado tantos días. Esa timidez tuya…

—No soy otro, te lo aseguro, pero el cuerpo que ocupo también influye. La constitución no es ajena a las cualidades que se desarrollan ni a las experiencias personales grabadas en el cerebro. Ya ves, ahora

soy experto en fotografía. Justo cuando mi alma se introdujo en Pablo, adquirí esa habilidad y supe que tenía una entrevista de trabajo. Y logré que me contrataran en el periódico. ¡Bendito sea ese instante!

—Hay otras cosas que no entiendo: ¿por qué Hunter llamó a emergencias y testificó? ¿No hubiese sido mejor para vosotros ocultarlo? ¿Y cómo es que no os marchasteis después de lograr vuestro objetivo?

—¡Ay!, Mónica. Él es un chulo. Lo hizo por diversión y por atormentarme. Yo traté de impedirlo, pero no me hizo ningún caso. Dijo que el trabajo estaba terminado, que no había necesidad de agotar los cuarenta y nueve días y que si me empeñaba, tendría que atenerme a las consecuencias. Es obvio que quise quedarme por ti.

El teléfono interrumpe la conversación. Es uno de los policías que la visitaron en el hospital. La llama para recordarle que debe pasar por comisaría a firmar la declaración en cuanto esté en condiciones de desplazarse. Mónica aprovecha para preguntar si ha habido algún avance en la investigación y las noticias no son buenas: no han encontrado ninguna pista que los lleve hasta el francotirador. Por la forma de hablar del hombre, ella tiene la sensación de que están deseando dar carpetazo al asunto.

Después de colgar, abre el ordenador y busca la web de *SeviDiario*. Teme que el jefe, tal como le advirtió, haya lanzado la edición especial sin su último artículo. En efecto, comprueba que el dominical se ha publicado, pero la historia modificada de los Arrubal figura en primera plana, y la firma Nuria, la becaria.

—¡Qué desfachatez! —Indignada, cierra de golpe el portátil.

—¿Qué ocurre? —pregunta Pablo.

—Presiento que no van a hacer mucho más por averiguar quién me disparó ni por capturarlo. Imagino que no les interesa. Y esa mosquita muerta de Nuria se ha quedado con mi puesto, pero no importa. Me doy cuenta de que perseguí un sueño fatuo. Inflada de vanidad, me olvidé de lo esencial. Desde luego, he estado muy ciega: ni el éxito ni la fama son primordiales. Me alegra verlo todo con nitidez.

Él la mira, emocionado.

Se acarician, se desnudan y, entre besos ardientes, se van a la cama. Solo se levantan a almorzar y vuelven al nido de amor. Cuanto más se aproxima la hora nefasta en la que él tendrá que partir, más se funden en la pasión mutua.

Diez minutos antes de las doce de la noche, los dos intuyen que Hunter se ha presentado en mitad del salón. Se visten, se levantan y, cogidos de la mano, se dirigen hacia él.

—Llévame con vosotros —suplica Mónica, apretando la mano de Pablo con tal intensidad que parece que va a rompérsela.

—Imposible. No ha llegado tu hora y, aunque así fuera, tu lugar no está entre nosotros. Jamás os encontraréis en el más allá. Él pertenece al infierno y tú no —aclara Hunter en un tono seco. El rencor lo carcome. Ella ha herido su orgullo al no elegirlo.

—Sin él no quiero seguir aquí. Dime qué puedo hacer. Supongo que habrá remedio.

—Si asesinas a Pablo antes de que se vaya o a cualquier otro al que le tengas ganas, vendrás a nuestro reino cuando mueras. De ese modo, *don't worry*[7]: cometer un crimen garantiza arder en las llamas del averno —explica el demonio con una sonrisa macabra. Verla incendiada como una antorcha sería una forma de resarcirse de su rechazo.

—No, no lo permitiré. ¿De qué serviría todo lo que he hecho hasta ahora? ¡He vendido mi alma para salvarte! No imaginas la tortura a la que te someterían. —Suelta su mano y encara a Hunter—. ¡Eres un cabrón! ¿No dices que la amas? Si fuese así, querrías protegerla. ¿Qué clase de amor es el tuyo?

—¡¿Amor?! Esa palabra me da alergia. Jamás la he usado. Solo deseo poseerla.

Mónica no lo duda ni un instante. Va a la cocina y vuelve con un cuchillo. Es incapaz de matar a Pablo a pesar de que sabe que dentro de un par de minutos desaparecerá. Se lo clava a sí misma en el vientre varias veces y cae al suelo.

—Espero nacer… del revés y, en el otro lado, reunirme… contigo —su voz apagada se entrecorta.

—¡No! ¡Por Dios! ¿Qué has hecho? Mi amor. —Pablo se arrodilla y la abraza—. ¡Maldito! ¡Maldito seas mil veces! ¡Tú tienes la culpa! ¡Eres despreciable! ¡Un ser maligno que nunca sentirá compasión! —vocifera mientras la sangre de las heridas de Mónica le mancha las manos y un dolor profundo lo atraviesa, el mismo que sintió cuando la encontró muerta en aquella época remota. Es lo último que puede decir.

Su cuerpo comienza a desintegrarse, al igual que el del demonio, cuyas carcajadas resuenan rotundas primero y lejanas después. Ambos se convierten en un humo que se expande por toda la habitación y se disipa en el aire hasta desaparecer por completo.

Mónica, o Mariana, con el exiguo aliento que le queda, con letras de sangre, escribe en el suelo el titular de un artículo que jamás publicará:

El diablo habla ən inglés

NOTA DE LA AUTORA

Aunque casi todo lo narrado en esta novela es ficticio, he de aclarar que algunos hechos y personajes son históricos y, por lo tanto, reales. Me refiero a los pasajes relativos a la salida de los tercios españoles de Lisboa, el desembarco y la batalla de Kinsale. Los datos, la ambientación y las fechas corresponden de manera fiel a lo sucedido en aquella época. Pero me he tomado la licencia literaria de cambiar el tiempo que se tardó en preparar la expedición. En verdad, duró más de un mes; en la novela, tres días.

Juan del Águila fue maestre de campo al mando de las tropas y estaba al servicio de Felipe III, tal como aquí se describe. El rey apoyó a los rebeldes irlandeses que luchaban contra la Corona de Inglaterra y, en agosto de 1601, zarpó una flota hacia la ciudad de Kinsale, que salió del puerto de Lisboa. Un temporal cerca de la isla de Ushant diezmó al ejército, que quedó reducido a una tercera parte.

En el capítulo de la batalla de Kinsale, solo menciono la primera refriega entre tropas inglesas y españolas, que tuvo lugar el 10 de octubre de 1601 y causó cien bajas en el bando inglés y veinte en el español. Así se consiguió que la avanzadilla del enemigo se retirara, pero eso fue solo el comienzo. Juan del Águila y sus hombres defendieron la plaza durante unos tres meses, a pesar de que los sitiaron diez mil soldados y treinta naves. La verdadera batalla de Kinsale se produjo el 3 de enero de 1602, cuando los refuerzos irlandeses se acercaron a la población para ayudar a Juan del Águila y los ingleses los masacraron. Días después, los españoles se rindieron y regresaron a España.

El resto de los personajes son inventados, incluido Martín Arrubal, aunque bien podría representar a cualquier capitán que participara en aquella contienda.

[1] «En efecto», en inglés.

[2]2 «Por supuesto», en inglés.

[3] «Te lo garantizo», en inglés.

[4] «Cuenta conmigo», en inglés.

[5] «Absolutamente», en inglés.

[6] «De nada», en inglés.

[7] «No te preocupes», en inglés.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a todos los lectores que han elegido mis libros, a los que han dejado comentarios y reseñas tanto en Amazon como en sus redes sociales y a los que, de alguna u otra forma, difunden y recomiendan mis obras. Vosotros le dais todo el sentido a este oficio de escritora.

Y en segundo lugar y no por ello menos importante, doy las gracias a mis compañeros de letras, queridos amigos que en este camino tan solitario me han apoyado, sacado sonrisas, animado en mis tristezas, celebrado mis alegrías y, en definitiva, me han hecho sentir su afecto y, por supuesto, menos sola: Alejandra de San Cristóbal, Lara Beli, Pepa Fraile, Raquel G. Osende, Rosa Boliart, Carlos Naza, Gonzalo Fernández, Manuel Torres, Tomás Adrián y, en especial, Mónica Gómez, mi gran y admirada amiga. Enormes escritores y mejores personas. Sin vosotros todo habría sido más gris. ¡Muchísimas gracias por tanto!

Podría añadir a esta lista a otros muchos que en algún momento y de forma desinteresada han dedicado su tiempo a leer y promocionar mis novelas: Catalina Molina, Carmen Redondo, Toñi García, Sarah Wall, Cristy Herrera, Victoria Fernández, Chani Aparicio, Sandra Estévez, Javi Torres, Loli Galeano, Andrea Nusán, Antonio Orozco… Espero que, sin necesidad de nombrarlos a todos, se sientan incluidos.

Por último, expreso mi infinita gratitud a Esther Magar, mi querida y talentosa correctora.

Acerca del autor

Pilar González Álvarez

Pilar González vive en Sevilla. Además de escritora, es terapeuta Gestalt y trabajadora social. Ha publicado varios libros sobre desarrollo personal.

Su pasión por las letras la llevó a dar un giro a su trayectoria y adentrarse en el mundo de la ficción. Todas sus novelas están disponibles en Amazon, tanto en tapa blanda como en digital.

Pueden ponerse en contacto con ella o saber más de sus obras a través de las siguientes vías:

Correo electrónico: info@pilargonzalezescritora.com
Sitio web: https://pilargonzalezescritora.com
Blog: https://pilargonzalezescritora.com/blog
Facebook: https://facebook.com/Pilargonzalezescritora
Twitter: https://twitter.com/pilarescritora
Instagram: https://instagram.com/pilargonzalez586
Página de Amazon: https://amazon.es/Pilar-Gonzalez-Alvarez/e/B016E117TG

POR ÚLTIMO

Quiero darte las gracias por haber elegido mi novela. Espero que la hayas disfrutado. Si es así, recomiéndala a familiares y a amigos, y tómate unos minutos para dejar tu opinión sobre ella en Amazon. Las reseñas son importantes para los escritores porque suponen la mejor forma de dar a conocer nuestras obras y llegar a más lectores. ¡Muchas gracias por tu ayuda!

Libros de este autor

Miradas de humo. Libro 1 de la trilogía La detective.

Novela finalista del Premio Ateneo de Novela de Sevilla 2019.

★★★DE LA GANADORA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2023★★★

Julia Soler no es una detective cualquiera.
Tiene una personalidad arrolladora y un pasado que no querrás conocer.
La investigación en la que colabora con el inspector Diego Jiménez la pondrá en peligro en más de una ocasión, ya que tendrá que infiltrarse en una oscura entidad.
¿Logrará descubrir el misterio que envuelve a los crímenes del Museo del Prado?
Y, sobre todo, ¿conseguirá salvar la vida?

Silencios de niebla. Libro 2 de la trilogía La detective.

★★★DE LA GANADORA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2023★★★

Tras el éxito de Miradas de humo vuelve la detective más admirada: Julia Soler.
Tiene una personalidad arrolladora y un pasado que no querrás conocer.
En esta ocasión, con la ayuda de Diego Jiménez, investiga el suicidio del duque Christofer Wharton o… el posible crimen. Y se encuentra con múltiples dificultades.
Sumérgete en:
Un elenco de sospechosos con coartada, a excepción de Ariadna, la hija del duque.
Un complot extraño que gira alrededor de un libro antiguo y un sello de una enigmática hermandad, que han desaparecido.
Un rapto que pondrá su vida en peligro y…

Secretos e intrigas se van desvelando a lo largo de la obra. Pasado y presente se entrelazan para conformar un gran rompecabezas.
¿Logrará Julia resolver el puzle?

Palabras de ceniza. Libro 3 de la trilogía La detective.

★★★GANADORA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2023★★★

Tras el éxito de Miradas de humo y Silencios de niebla, vuelve la detective más admirada.
Julia Soler tiene una personalidad arrolladora, unas habilidades innatas y un pasado que la persigue.
Junto al comisario Diego Jiménez, a la inspectora Maite Berrocal y a la Guardia Civil, colabora en una investigación para esclarecer una serie de asesinatos que se están produciendo en un ámbito rural: Castaño del Robledo.
Las víctimas aparecen degolladas, con los ojos arrancados, una rosa negra prendida en la ropa y... un mensaje en la piel: «Es de justicia».
Este es el primer caso en el que Julia interviene tras recuperarse de una depresión que la ha mantenido alejada del trabajo e ingresada en una clínica de salud mental.
¿Conseguirá retomar su vida? ¿Seguirá siendo infalible?

El espejo egipcio

★★★DE LA GANADORA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2023 ★★★

¿QUÉ PASARÍA SI UN DÍA AL COMPRAR UN ESPEJO TU VIDA SE CONVIRTIERA EN UNA PESADILLA?

Esto es lo que le sucede a Dago, el protagonista, un escritor que se encuentra en un periodo de bloqueo creativo y distanciamiento de su pareja. Él comienza a tener extrañas revelaciones acerca de los anteriores propietarios del objeto, desde el faraón Akenatón hasta un pintor fauvista, pero esta no será la mayor amenaza a la que se enfrentará. La madre del protagonista desaparece en circunstancias sospechosas antes de recibirlo como regalo y...

Con la ayuda de su amigo Carmelo y una arqueóloga, el escritor inicia una investigación para desvelar el secreto del espejo en un viaje del que no imagina su desenlace. Por otra parte, el inspector Cabrera, tratará de descubrir qué relación ha podido tener el espejo con la

muerte de Miguel.

Esta es una historia con cierta dosis de intriga, aventura y misterio, en la que nadie dejará de preguntarse: ¿Sucumbirá Dago al poder del espejo?

Una novela que no podrás dejar de leer, misteriosa y atrayente, con un final inesperado.

La constelación del olvido

★★★DE LA GANADORA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2023 ★★★

«Volveré, volveré. Lo impediré, lo impediré», son las últimas palabras de Andrea de Luna en el lecho de muerte. Un sueño premonitorio le advierte de que su biznieta Andreíta desvelará el secreto familiar guardado con tanto celo durante más de un siglo. ¿Cumplirá Andrea su promesa? ¿Evitará que el misterio salga a la luz? Esta novela narra la historia de una saga de mujeres intrépidas, marcadas por los designios de sus respectivas épocas, que tienen la fortaleza de lidiar con padres y maridos, con costumbres sociales machistas e intransigentes, con la guerra, la miseria y la enfermedad. Es también un homenaje a las mujeres que, como Andrea y su abuela, Mamá Justina, transmitieron su legado a las siguientes generaciones para que, por fin, estas fueran libres de desarrollar su potencial. Un viaje en el tiempo, con variedad de escenarios: la belleza de Sevilla, el esplendor de Baeza, el exotismo de Tanzania y la idiosincrasia de Porto Venere. Costumbrismo, realismo mágico, misterios y revelaciones, conviven en sus páginas. Una novela acerca del destino que nos forjamos, sorprendente y conmovedora, que a nadie dejará indiferente.

Héroes blancos

★★★DE LA GANADORA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2023 ★★★

Tú también formas parte de esta historia.
Eres protagonista, como tantos otros anónimos.
¿Te atreves a leerla?

Cada uno de los personajes nos cuenta sus vivencias frente al enemigo invisible que asola nuestro planeta.

Destinos unidos por la tragedia global de la pandemia y el confinamiento.
Heroínas y héroes blancos empeñados en salvar vidas.

¿Lograrán vencer al virus y librar a la humanidad del peligro?

Una historia contemporánea. Centrada en la pandemia del Covid-19 y el confinamiento de la población, la novela refleja los acontecimientos que tienen lugar durante el primer periodo de estado de alarma en España y especialmente en Madrid. Es una muestra de gratitud a los sanitarios y también a todos aquellos que se han arriesgado para proteger a los demás.

El despertar de Abelia

★★★DE LA GANADORA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2023 ★★★

Abelia desea alcanzar sus sueños y se encuentra con un sendero marcado por los veintidós arcanos mayores del tarot. Cuenta con un guía ejemplar: su corazón.
Cada arcano le muestra un aspecto de sí misma y las experiencias y obstáculos que ha de superar para llegar a adquirir el conocimiento necesario que la dirija a su destino. Por el camino se tropieza con otros mundos, otras sensaciones jamás vividas.
Alcanzará su meta cuando consiga encontrarse a sí misma y su alma se sienta al fin en casa.

Esta novela nos ofrece una visión diferente de las láminas del Tarot. Se presentan como vehículo espiritual y son el motor del cambio en la vida de Abelia.